CHRISTUS AUCTOR

—— OR ——

WARREN A. CANDLER

Class BT1101
Book .O26
Copyright No.

COPYRIGHT DEPOSIT.

CHRISTUS AUCTOR

CHRISTUS AUCTOR

MANUAL DE

EVIDENCIAS CRISTIANAS

POR

WARREN A. CANDLER,

DOCTOR EN AMBOS DERECHOS, Y UNO DE LOS OBISPOS DE LA IGLESIA METODISTA EPISCOPAL DEL SUR

VERSIÓN CASTELLANA DE

SERVANDO I. ESQUIVEL

NASHVILLE, TENN., ESTADOS UNIDOS,
CASA EDITORIAL DE LA IGLESIA METODISTA EPISCOPAL DEL SUR,
Á CARGO DE LOS AGENTES SMITH Y LAMAR,
1907.

BT1101
.C26

LIBRARY of CONGRESS
Two Copies Received
AUG 2 1907
Copyright Entry
June 27, 1907
CLASS a XXc., No.
181607
COPY B.

COPYRIGHT, 1907,
BY
SMITH & LAMAR.

TABLA DE MATERIAS.

PÁGINA

PRÓLOGO 1

CAPÍTULO PRIMERO. EL CRISTIANISMO PRESENTA CREDENCIALES. LAS EVIDENCIAS. EL USO RACIONAL DE LA RAZÓN 9

II. LA PROBABILIDAD ANTECEDENTE DE UNA REVELACIÓN, PRESUPUESTA LA EXISTENCIA DE DIOS 17

III. ¿EXISTE DIOS? 31

IV. ¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? ¿ES JESÚS UN MITO? 43

V. ¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? ¿ES DIVINO JESÚS, EL DE LOS EVANGELISTAS? 63

VI. ¿HA APARECIDO JESÚS ENTRE LOS HOMBRES? ¿SE LEVANTÓ JESÚS DE ENTRE LOS MUERTOS? EXAMEN DEL TESTIMONIO DE SAN PABLO 77

VII. CONTINÚA EL TESTIMONIO DE SAN PABLO. SU VERACIDAD CONFIRMADA POR LA EXISTENCIA DE LA IGLESIA Y LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO 101

VIII. ¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? ¿RESUCITÓ JESÚS DE ENTRE LOS MUERTOS? EL TESTIMONIO DE LOS EVANGELISTAS. . 119

IX. ¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? TESTIMONIO DE LA HISTORIA SOBRE LA DIVINIDAD DE JESÚS 141

X. ¿Aprobó Dios, durante su permanencia entre los hombres, alguno de los libros sagrados? Testimonio de Jesús acerca del Antiguo Testamento . . 169

XI. Cuando Dios vivió entre los hombres, ¿proporcionó material para libros sagrados, además de los del Antiguo Testamento? ¿Qué autoridad impartió Jesús al Nuevo Testamento? . . 197

XII. ¿Han llegado hasta nosotros en estado de pureza los libros que Dios reconoció como auténticos, durante su permanencia entre los hombres? . . . 233

XIII. ¿Está impreso el sello de Dios sobre el libro reconocido por Cristo como auténtico? Evidencias internas del origen divino de la Biblia 255

XIV. Conclusión 273

PRÓLOGO

"Amados, por la gran solicitud que tenía yo de escribiros tocante á la común salud, háme sido necesario escribiros, amonestándoos que os esforcéis á perseverar en la fe que ha sido una vez dada á los santos."—*San Judas.*

"Estad firmes en la fe."—*San Pablo á los Corintios.*

"Que ya no seamos niños, inconstantes y llevados en derredor por todo viento de doctrina, con artificio de los hombres, que engañan con astucia de error. Antes siguiendo la verdad con todo amor crezcamos, en todo en el que es la cabeza, á saber, Cristo."—*Pablo á los Efesios.*

"Ni la crítica de la alta escuela logrará perturbar las conclusiones de nuestro buen sentido. Ha recorrido su curso y perecido en las contracorrientes de sus propios antagonismos. Acidos y álcalis de teorías hostiles se han neutralizado entre sí. Fuerzas eléctricas contrarias se han equilibrado. El cielo se ha despejado por efecto de sus propias tempestades, y una vez más podemos discernir la simple verdad mediante la razón simple."—*Juan McDowell Leavitt.*

PRÓLOGO

Blas Pascal, en sus *Pensamientos*, nos ha legado un cúmulo de materiales fragmentarios para un tratado apológico sobre el Cristianismo, el cual esperaba llegase á ser la obra maestra de su vida. Para una empresa de tal magnitud, afirmaba que se requerían diez años llenos de salud, mientras que Dios sólo le había concedido cuatro agobiados de enfermedades.

Por espacio de más de veinte años, á medida que las oportunidades se lo han permitido, el que esto escribe ha meditado sobre las evidencias del Cristianismo, no sin estudiar detenidamente las producciones literarias más recomendables que sobre esta tema se han publicado. Pero han sido años de labor y de múltiples atenciones que le privaron del tiempo necesario, si hubiese poseído la capacidad, para adquirir los conocimientos que requiere una justa representación de siquiera el esbozo del gran argumento.

Desde el punto de vista de un *amateur* en apología, sin embargo, ha sentido la necesidad de un tratado en el cual las Evidencias del Cristianismo se expongan en forma distinta de la que tie-

nen cuantas han llegado á sus manos. Los antiguos escritores parecen haber aceptado como ciertas muchas verdades que requieren demostración, y además, desde sus días el campo de la controversia ha sido modificado por completo. No pocos de los escritores modernos, por otra parte, parecen haber hecho concesiones en demasía al racionalismo, concesiones que con justa razón pueden considerarse como algo menos que una traición á la verdad.

Esta moderna política de concesiones al racionalismo, hechas en pro de lo que ha dado en llamarse "una fe aflictiva,"[1] es imprudente é innecesaria. Debe resistirse y combatirse, ó una crítica aniquilante, habiendo mutilado las Sagradas Escrituras, "los Oráculos de Dios," pronto tratará de arrebatar su corona y su trono al mismo Cristo de los profetas y de los apóstoles. Porque, como el obispo Ellicott, con justicia amonesta al mundo cristiano, "El mismo espíritu que ha encontrado dificultades irreconciliables en el elemento sobrenatural del Antiguo Testamento, llegará á desafiar la evidencia sobre que descansa la encarnación. Y con tanta más razón cuanto que todos los testimonios del Antiguo

[1] "Christus Comprobator," por Ellicott, página 11.

Testamento, los vaticinios de todas las promesas saludadas con gozo en todas partes, todas las indudables palabras de las profecías, habrán sido descartadas mediante explicaciones falaces; y entonces sólo permanecerán dos narrativas, las cuales, se dirá, muestran de una manera tan patente las señales de la ilusión, ó cuando menos, de un idealismo que se expresa bajo la forma de verdades confirmadas, que la doctrina del Verbo hecho carne, la doctrina que constituye la esperanza, la luz y la vida del Universo, se someterá á las últimas demandas de lo que habrá llegado á ser, no una fe aflictiva, sino una fe destruida. Cuando se haya rendido esa bendita doctrina, habrá principiado el eclipse total de la fe, y las sombras de una obscuridad terrible invadirán el alma triste y desolada."[1]

Ya comienza á observarse en algunas partes cierta tendencia "á minimizar el conocimiento de Nuestro Señor en su naturaleza humana,"[2] y á formular una defensa de su nesciencia para combatir su testimonio referente á la autoridad de las Sagradas Escrituras, á fin de que las presunciones de una crítica destructora no encuen-

---

[1] "Christus Comprobator," página 31.

[2] Ibid., páginas 85–96 y 97.

tren obstáculos en un conflicto abierto y franco con él mientras se le llama Señor.

Contra todo este movimiento erróneo de concesiones teológicas hay que protestar de una manera enérgica, si ha de permanecer una sola fibra del Cristianismo para su transmisión á las generaciones venideras, ó si ha de mantenerse siquiera la fe de la generación presente. En la actualidad, sobre la vasta extensión del orbe cristiano se observan los parásitos característicos de una religión moribunda, tales como el Mormonismo y el Espiritismo. Á menos que se combata hasta vencer la influencia de la reciente "crítica aniquilante," el mundo debe prepararse para una edad en que predominarán las supersticiones más grotescas. No puede volver al paganismo; los dioses del mundo pagano están muertos, y sin esperanza de resurrección. Después de haber renunciado á la dirección de la Biblia quedará obligado á seguir la voz de un instinto ciego, pero imperecedero, que le conducirá á una era de fantasmas y duendes. Cuando se haya olvidado al Dios de Samuel, habiendo sido disuelto en especulaciones precipitadas y corrosivas de "redacciones" y "redactores," se ocurrirá á la bruja de Endor, ó puede ser que las multitudes huyan hacia la superstición de la infalibili-

dad del Papa, á quien Juan Henry Newman acudió para que derribase los espectros que surgían en su propio cerebro. Cuando en medio de un desordenado racionalismo la cristianidad haya derrochado la preciosa revelación heredada de las edades pasadas, el pródigo despertará en medio de una escasez extrema, "de una hambre no de pan, sino de escuchar las palabras del Señor," y entonces se verá obligado á perecer de hambre, ó á acercarse á algún ciudadano del país distante, á donde, de la manera más incauta, ha encaminado sus pasos.

En prevención contra una calamidad tan grande, debemos unirnos en torno de la personalidad de Jesús y hacer frente á la situacion actual. Su autoridad debe constituir el baluarte de la fe "de una vez y por siempre confiada á los santos." Como el Reverendísimo Cairns ha dicho con tanta verdad: "en la gran contienda entre la fe y la duda, la clave está en la personalidad de Cristo mismo, y mientras el significado obvio de la narración del Evangelio en cuanto á la vida, el carácter y la obra de esa figura central se acepte "como un hecho y no un fraude," ninguna arma que se levante contra el Cristianismo podrá prevalecer. Jesús es el verdadero defensor de la fe. Él es el refugio de la verdad en esta "edad

de la duda," como ha sido su "depositario" en todas las generaciones.

Desde el punto de vista de esta creencia íntima han sido escritas las páginas de esta obra. No abrigamos ninguna pretensión de originalidad respecto de su contenido. Casi todo se puede encontrar en la literatura apológica de nuestro país ó del extranjero. Sin embargo, aquí se haya reunido todo en un argumento de forma distinta á cuantas han empleado aquellos escritores cuyas obras han llegado á manos del autor. La fuerza de esta discusión estriba en el método de su estructura, y no en la originalidad de los elementos empleados. Se publica esta obra con la esperanza de que llegue á confirmar la fe de algunos y á restaurar la confianza de otras almas inconstantes, y así honre á aquel "á quien tributan alabanza, la gloriosa multitud de apóstoles, la reunión de los profetas y el noble ejército de los mártires; á quien la Santa Iglesia reconoce por todo el orbe: al Rey de Gloria, al Hijo Eterno del Padre." Á él sea dada la gloria y el poder y el dominio "por todas las generaciones de los siglos y los siglos."

I

EL CRISTIANISMO PRESENTA CREDENCIALES. LAS EVIDENCIAS. EL USO RACIONAL DE LA RAZÓN

"Examinadlo todo; retened lo que fuere bueno."—*San Pablo.*

"Amados, no creáis á todo espíritu; sino probad los espíritus si son de Dios: porque muchos falsos profetas son salidos en el mundo."—*San Juan.*

"Debemos ensanchar nuestra mente conforme á la magnitud de los misterios divinos, y no limitarlos á la estrechez de nuestro entendimiento."—*Bacon.*

"La última percepción de la razón es comprender que hay una infinidad de cosas que ignora; no llegar á este convencimiento es la más segura manifestación de su flaqueza."—*Pascal.*

I

EL CRISTIANISMO PRESENTA CREDENCIALES. LAS EVIDENCIAS. EL USO RACIONAL DE LA RAZÓN

Sólo el Cristianismo entre todas las religiones que han desafiado la fe del hombre se acerca á él como á un sér racional, presentando credenciales de autoridad divina al demandar sumisión. Hay Evidencias del Cristianismo, pero jamás se han escrito las Evidencias del Budismo, del Brahmanismo, ó del Islamismo.

Las evidencias del Cristianismo son las pruebas sobre las cuales apoya sus títulos como la revelación del único Dios verdadero.

Las evidencias apelan á la razón, y el Cristianismo somete sus credenciales al escrutinio de la razón, insistiendo en que la investigación de sus títulos se efectué con cuidado y hasta con severidad. En ningún sentido exige del hombre que renuncie al uso de esta facultad, don de Dios, al tratar del más alto y más solemne interés de la vida—la religión. Por el contrario, demanda que el hombre haga uso de la razón, á fin de mostrar las revelaciones espurias, establecer la

fe verdadera, é interpretar correctamente la revelación en toda su fuerza.

Pero al demandar el uso de la razón, el Cristianismo insiste en que esa facultad no se emplee de una manera irracional. Nunca puede la investigación llegar á ser demasiado severa, cuando se trata de averiguar si Dios ha hecho alguna revelación al hombre y de encontrar el significado de tal revelación. Al resolver este gran problema, no hay que dejar lugar para fraudes ni engaños. Pero al decidir esta cuestión las credenciales, y no el contenido de la revelación, deben constituir el objeto de consideración. La hipótesis de una revelación es, que se concede para impartir conocimientos que la razón por sí sola sería incapaz de descubrir. Principia donde la razón falta y fracasa. "Por lo tanto se espera que comunique algunas verdades que el entendimiento humano no es capaz de comprender en toda su extensión; pero que pueden aceptarse basándose en la autoridad que las declara exentas de toda amenaza contra la verdad.[1] "Tenemos derecho de juzgar las credenciales del embajador del cielo, mas no de pasar juicio sobre la información que

---

[1] "Institutos Teológicos," por Ricardo Watson, Vol, II, pág. 113.

nos ministra."[1] Rechazar una revelación del todo ó en parte, porque su contenido no concuerda con alguna noción formada de antemano respecto de lo que debiera ó no contener, es hacer uso de la razón de una manera irracional.

Antes de permitir á la autoridad de la razón una extensión tan enorme, habría que demostrar que la mente humana es capaz de construir una filosofía del Infinito y formular un sistema ético suficientemente perfecto para probar la existencia divina. Pero si la inteligencia humana fuera competente para efectuar satisfactoriamente obra de tal magnitud, dejaría de existir la necesidad de una revelación. Si tal fuera su poder, mucho tiempo ha los hombres hubieran encontrado á Dios mediante la investigación, y sin una palabra de lo alto hubieran llegado á conocer perfectamente al Todopoderoso. Mas la razón humana carece de semejante poder. El uso de tal poder sería irracional, porque hace de la mente humana la norma de lo posible, lo verdadero y lo bueno, y todo esto en el momento mismo en que confiesa su debilidad y su insuficiencia. Tal uso de la razón es tan absurdo como absurdo se-

---

[1] "Evidencias del Cristianismo," Chalmers, Vol. III, pág. 445.

ría el que un hombre tratase de hacer de su horizonte visible el límite del espacio."[1]

Al tratarse de una revelación, la razón humana sólo es capaz de aplicar las pruebas generales de la teología natural, esto es: para que la revelación concuerde con los axiomas del pensamiento dentro del cual la vida y acción mentales pueden efectuarse; para que lejos de ser inmoral esté de conformidad con los fines de la santidad, para la cual sólo una revelación puede concebirse que exista; para que se adapte á las necesidades del hombre como un agente libre y moral, no demandando su obediencia sin la evidencia suficiente de que el mandato proviene del cielo, ni constriñendo su obediencia por medio de pruebas coercitivas que no permitirían la libertad de pensamiento y de acción. La razón está obligada de la manera más solemne para con la verdad á aplicar estos juicios generales con sumo cuidado y precisión. Antes de denunciar una revelación como absurda, inmoral ó supersticiosa, mediante la aplicación de estas pruebas, debe poseer la seguridad de que su actitud es enteramente justa, y no semejante á la de un defensor abogando con-

---

[1] "Teología Sistemática," por Carlos Hodges, Vol. I, pág. 50.

tra la jurisdicción del tribunal y la validez de la ley que le amenaza con la condenación. Todas las influencias perturbadoras que surjan del orgullo intellectual, de extravíos mentales ó de excentricidades morales deben excluirse con severidad mientras se escudriñan las credenciales de lo que pretende ser un mensaje del cielo.

Por lo tanto el oficio de la razón en la religión es determinar las siguientes cuestiones:

1. ¿Hay alguna revelación hecha por Dios?
2. ¿Dónde se halla?
3. Habiéndola encontrado, ¿cuál es su verdadero significado?

En la dilucidación de estas cuestiones el procedimiento de la razón no puede llegar á ser demasiado severo, ni por demás minucioso. Estos asuntos son problemas de vida y de muerte. Afectan la vida presente y la venidera. Se relacionan con el deber y el destino. Son por demás importantes para tratarlos con ligereza, demasiado trascendentales para el hombre para que se incurra en peligro de error renunciando á la razón, ó empleándola de una manera irracional. Bajo peligro de su vida el hombre debe considerarlos reverentemente, con conciencia y sinceridad, y resolverlos de una vez y para la eternidad.

No puede, á semejanza de los romanistas, trans-

ferir esta responsibilidad á un Papa infalible ó á concilios infalibles. Estos son hombres como los demás. No hay santificación, ni ordenación capaz de convertir lo falible en infalible. Cada alma debe soportar su propia responsibilidad y gozar de su libertad propia. Entre Dios y el hombre no hay lugar para el oficio de un abogado. Todo individuo debe encontrar y aceptar de por sí la verdad de Dios.

Por otra parte, no puede, á semejanza de los racionalistas, tratar de revisar la revelación de Dios, ó rechazarla con motivo de prejuicios propios. Debe resolver estos grandes problemas basándose en las evidencias que tiene delante de sí. Si llega al conocimiento de que Dios se ha revelado al hombre, debe obedientemente aceptar tal revelación, y buscar con toda reverencia su verdadera interpretación. Hay que encontrar una respuesta satisfactoria á las preguntas: ¿Ha hecho Dios alguna revelación? ¿Dónde está? ¿Qué significa? La última de estas preguntas pertenece á la ciencia de la interpretación, la Hermenéutica, con la cual la discusión pendiente nada tiene que ver. Las otras dos incluyen todo lo que comprenden las Evidencias del Cristianismo, la Apología, y constituyen el tema de la investigación que á continuación se desarrolla.

II

LA PROBABILIDAD ANTECEDENTE DE UNA REVELACIÓN, PRESUPUESTA LA EXISTENCIA DE DIOS

"Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así mi alma suspira por ti, oh Dios."—*El Salmista.*

"¡O si rompieses los cielos y descendieses!"—*Isaías,*

"¡Quién diese que le conociese, y le hablase! yo iría hasta su trono. . . . He aquí, yo iré al oriente, y no le hallaré, y al occidente, y no le encontraré. Si al norte el obrare, yo no le veré: al mediodía se esconderá, y no le veré: mas él conoció mi camino."—*Job.*

"Si él tiene, ó más bien si es un corazón; si las cualidades morales discernibles en nosotros mismos tienen en él alguna contraparte trascendente y majestuosa; entonces, suponiendo que aún no se ha resuelto, ni siquiera examinando la cuestión de si se nos ha concedido ó no una revelación, haríamos bien en recorrer la historia, para tomar consejo de la sabiduría y experiencia de los vivientes, é interrogar las convicciones de los muertos ahí registradas, hasta encontrar la razón que tenemos para esperar que por fin la solución está á la mano; hasta que "la alborada y la estrella matutina surjan en nuestros corazones."—*El Canónigo Liddon.*

II

LA PROBABILIDAD ANTECEDENTE DE UNA REVELACIÓN, PRESUPUESTA LA EXISTENCIA DE DIOS

No hay Dios; hay Dios; pero no se ha revelado al hombre; hay Dios y se ha revelado al hombre. Estas son todas las hipótesis que puede formular la mente humana sobre el tema de Dios y la revelación divina. Por lo tanto las alternativas del pensamiento vienen á reducirse á alguna forma de ateísmo, deismo, panteísmo ó religión revelada. El agnosticismo no merece ninguna consideración, puesto que su propia actitud respecto de la existencia divina lo excluye de esta fase de la discusión. Nosotros asumimos la existencia de Dios—el agnosticismo afirma que tal existencia es desconocida é inconocible.

Por lo pronto presuponemos que hay un Dios, y hacemos la pregunta siguiente: ¿Es probable que se haya revelado al hombre?

Todas las fuerzas del deismo y del panteismo, cualquiera que sea el nombre con que se designen, contestan á una: ¡no! ¿Es racional esta contestación?

Si nos formamos un concepto cualquiera acerca de Dios, debemos considerarlo como infinita-

mente poderoso é infinitamente bueno. No nos es dado atribuir impotencia ó maldad á aquel por quien todo lo que es fué hecho y á quien todos los seres deben su existencia. Pero si es bueno y poderoso de seguro no abandonará á una criatura como el hombre sin concederle toda la luz que requiere para su vida y su felicidad. Y precisamente en la benevolencia de Dios y en las necesidades del hombre encontramos la probabilidad antecedente de una revelación. Como con toda verdad asegura el canónigo Liddon: "Si realmente creemos en Dios como un Sér Moral, debemos estar dispuestos para creer que él nos ha hablado. Y la fuerza de la confianza con que anticipamos una revelación variará proporcionalmente con nuestra fe en la moralidad de Dios.[1] El ateísmo pugna menos con la razón que la creencia en un Dios inmoral, ó en un Dios moralmente neutral. Creer que no hay Dios es más racional que creer en la existencia de un Dios que ha abandonado al hombre, rodeado de las circunstancias del pecado, el dolor y la muerte, sin una sola palabra que le guíe á través de condiciones tan trágicas. El origen del hombre, el deber y el destino presentan problemas cuya solución, aunque afec-

---

[1] "Algunos Elementos de Religión, pág. 205.

ta de una manera vital su bienestar, se encuentra fuera del alcance de sus facultades naturales.

Los seres de orden inferior, los brutos, poseyendo un instinto que los guíe, y siendo incapaces del pecado y sufrimientos de que es susceptible el hombre, no tienen necesidad de una revelación divina, ni capacidad para recibirla. Que criaturas de tal naturaleza carezcan de una guía sobrenatural en nada afecta la bondad divina. Mas el hombre está destinado á una posición más elevada, rodeada de mayores peligros. Á él se le ha concedido la noble y delicada facultad del libre albedrío, con todas las posibilidades de un fracaso ignominioso ó de un éxito coronado por gloria. La luz de lo alto es para él tan necesaria como lo es el aire para las aves, ó el agua para los peces de la mar. Si se le considera desprovisto de una revelación de Dios, no hay argumento capaz de exonerar á su Creador del cargo de crueldad. El deismo, al enseñar que hay un Dios, pero que no se ha revelado al hombre, exige mucho más de parte de la fe que el Cristianismo con todos sus milagros. Y la actitud del panteísmo repecto á la revelación de Dios es esencialmente la misma que la del deismo, con la diferencia de que el último cree en un Dios silencioso, fuera del mundo, "desterrado" de su

creación, mientras el primero reconoce á un Dios mudo, que viene á ser "solo un hermoso nombre para el universo,"[1] bajo el cual queda sepultado. La naturaleza humana y las necesidades del hombre protestan contra semejantes dioses.

Mas pudiera preguntarse, ¿es necesaria para el hombre una revelación objetiva, y es la necesidad de naturaleza tal que justifique la presuposición de que en efecto ha sido concedida á los humanos? ¿Es posible una revelación escrita? Qué, ¿no bastará la razón, la conciencia, la luz de la naturaleza y la influencia que ilumina á todo sér humano que viene al mundo? Los hombres han vivido en el mundo por espacio de sesenta siglos, pecando, sufriendo y muriendo, y la mayoría de entre ellos nunca ha poseído una revelación escrita. Para cuando Moisés y Job escribieron sus libros ya habían transcurrido lo menos dos mil quinientos años de la vida del hombre. Si es necesaria una revelación escrita, ¿por qué se retardó tanto su principio y quedó por tanto tiempo incompleta? ¿Por qué no es universal la revelación escrita? ¿Por qué tantos millones de criaturas humanas viven en sombra de muerte,

---

[1] "Algunos Elementos de Religion," por Liddon, pág. 63–68.

esperando recibir la luz mediante un acto de compasión de parte de las naciones que han sido favorecidas con los oráculos de Dios?

Responder de una manera categórica á todas estas preguntas es imposible. La sabiduría que para ello se requiere no está á nuestro alcance. Basta decir que un estudio de las analogías de la Naturaleza nos conduciría á la creencia de que cierta revelación debe haberse confiado á unos para beneficio de todos. No existe la igualdad de dones naturales ó sobrenaturales. Los altos fines de benevolencia y fraternidad se cumplen transmitiendo las mayores bendiciones á *todos* los hombres mediante la instrumentalidad de *algunos* de ellos. Además, no es posible descartar el plan y objeto del libre albedrío, substituir esta facultad por una revelación, puesto que el fin de la revelación es el bienestar moral de la raza. Los medios siempre deben estar en conformidad, y nunca en pugna, con el fin que se persigue. La cuestión se reduce no á lo que Dios ha hecho en lo abstracto, sino á lo que puede hacer mediante sus relaciones con un sér libre, habiéndose designado que el fin más elevado de la creación se cumpliese en el libre albedrío. La hipótesis de la bondad divina y la divina omnipotencia no requiere un método de revelación, el más

adaptable á cualquier sér posible. Requiere la mejor forma de revelación para el sér actual, el hombre. Un Dios bueno no sólo debe impartir luz á su hijo, el hombre, sino que debe concederle la mejor luz y de la mejor manera, siendo el hombre de tal naturaleza como la de que está revestido.

Hay sólo tres métodos que Dios pudiera adoptar para revelarse al hombre:

1. Revelarse independientemente á cada criatura.

2. Revelarse á uno ó más individuos, y hacer que la revelación fuese transmitida oralmente á todos los demás.

3. Hacer una revelación y transmitirla de unos á otros por escrito, así como por la palabra hablada.

¿Cuál de estos métodos es el mejor?

Si Dios adoptara exclusivamente el primer método, debería revelarse á cada individuo por medio de influencias y sugestiones naturales, ó acercarse á cada criatura con manifestaciones de tal naturaleza que comprobasen la inmediata presencia de la Divinidad. Si la revelación fuese revelada mediante sugestiones naturales, incurriría en el peligro de ser desatendida. Además, siendo que en tal caso cada individuo oiría para

sí, sin las miradas de otros que atestiguaran la presencia divina, ni otro oído además del suyo que escuchara la divina voz, la depravación sin temor de ser descubierta declararía con falsedad la expresión divina. Prestamente se propagarían en el mundo revelaciones contradictorias, mutuamente destructivas, y todo vestigio de religión verdadera desaparecería ante un diluvio de contrariedades peor que todos los politeísmos de las edades todas. Empleando semejante método, los humanos extenderían la confusión de lenguas en Babel, y confundirían el lenguaje de la Divinidad. Dios mismo aparecería en tal caso como un poliglota, y el monoteísmo daría lugar al politeísmo. La hermosa atalaya de la fe entre la tierra y el cielo sería una imposibilidad, y la ciudad de Dios jamás podría establecerse entre los humanos. Para que una revelación sea eficaz, debe ser pública, no privada y personal.

Por otra parte, si la revelación divina á cada individuo fuese públicamente confirmada por manifestaciones milagrosas, las teofanías llegarían á ser tan comunes y universales, que cesarían de ejercer poder para impresionar al hombre ó confirmar la divina palabra. O se manifestarían con tal terror que abrumarían la voluntad y destruirían el albedrío. En ambos casos todos los

fines de la revelación serían destruidos por el *método* empleado.

Entonces, claro está que las necesidades del hombre determinan el método de la revelación divina. La misericordia para todos requiere que la revelación sea concedida á cierto número de ellos, quienes quedarán solemnemente obligados á transmitirla en toda su pureza á los demás. Está igualmente demostrado que el instinto humano, así como el impulso divino, conducirían inevitablemente á la conservación de estas revelaciones en forma escrita. La piedad que recomendaría á uno ante Dios, como medio propio para la revelación, así como la autoridad divina que la concedió prohibirían el que se expusiese la palabra celestial á las vicisitudes de la tradición oral. Las ciencias degeneradas entre los hombres declaran actualmente al estudiante de teología comparativa lo ineficaz de la tradición como medio para preservar la Palabra del Señor contra las corrupciones humanas. La regla general de la evidencia, que excluye el testimonio de rumores, señala la inseguridad de las declaraciones transmitidas mediante la palabra hablada, y demuestra el poco peso que tendría entre los hombres una revelación basada exclusivamente en la tradición.

"El hombre del libro" es buscado en todas partes. La demanda universal de una revelación escrita ha dado origen á la satisfacción casi universal que encontramos en las Zend-Avestas, Vedas, Coranes y Biblias del mundo. La contribución de los Judíos, consistente en sus libros sagrados, su única contribución á posesiones permanentes de la raza humana, los ha separado de entre las naciones para colocarlos en sublime singularidad. Y la pureza majestuosa de su fe confirma, en medio de la superstición universal, la superioridad de una revelación escrita, sobre las tradiciones orales.

Atendiento á las consideraciones anteriores, se comprende lo irracional del dogma del deísmo al afirmar que Dios no ha hecho ninguna revelación al hombre. "Las presunciones de la razón, cuyo origen se encuentra en las necesidades del hombre y la bondad de Dios, todas pugnan con semejante dogma. Presuponiendo la existencia de Dios, las probabilidades antecedentes nos hacen creer que en alguna parte y en cierto tiempo se ha revelado al hombre y que su revelación se ha confiado á la escritura. Sólo una "religión explicada en algun libro" parece satisfacer los requisitos de la necesidad del hombre. Nadie confiaría una comunicación importante, designada

para todos los humanos y por todo el tiempo, á una incierta tradición oral. Todo el mundo sabe cuán improbables son todas las tradiciones orales; cuán pocas de las expresiones y actos de Moisés y los profetas, de Cristo y los apóstoles, fuera de las Sagradas Escrituras, han llegado hasta nosotros, y de ellas ni una sola merece nuestra confianza! Por lo tanto, deberíamos esperar que si Dios revelase su voluntad á los profetas y evangelistas, les recomendaría no sólo que la enseñasen oralmente á los de su propia generación, sino que la perpetuasen en forma escrita, bajo la infallible dirección del mismo Poder que hizo la revelación. Á menos que se efectuase un constante milagro para conservar viva la verdad en el mundo y preservarla exenta del error, consignarla á la escritura es el único método concebible por el cual se puede conseguir este fin."[1]

Pero una vez confiada la verdad á la escritura, y ésta aceptada como una revelación del cielo, no se requiere ningún milagro para preservarla pura é imperecedera. Bien puede el celo piadoso multiplicar los ejemplares de la Escritura, y la Providencia impartir su protección a la obra

---

[1] "Teología Sistemática," por el Dr. T. O. Summers, pág. 438.

del celo consagrado, al cual se ha confiado la milagrosa comunicación. El Dios de la Providencia y el Dios de la inspiración no son dos dioses, sino uno, y podemos estar seguros que el único Dios, verdadero en su gobierno providencial del mundo, no abandonará la obra de sus propias manos. Su libro sobrenatural será siempre el objeto de su especial cuidado. Ni tendrá necesidad de apelar á los extraordinarios medios del milagro para su conservación. Hará uso del milagro para confirmar su origen, pero la fe y el amor que inspira, juntamente con la vigilancia providencial, bastará para su perpetuación. Por estos medios quedará de tal manera establecido que aunque pasen los cielos y la tierra él no pasará.

III

¿EXISTE DIOS?

"Porque las cosas invisibles de él, entendidas son desde la creación del mundo, por medio de las cosas que son hechas, se ven claramente, es á saber, su eterno poder y divinidad."—*San Pablo.*

"Los cielos cuentan la gloria de Dios; y el extendimiento denuncia la obra de sus manos."—*David.*

"Porque en él vivimos, y nos movemos, y tenemos nuestro sér."—*San Pablo.*

"Que Dios existe, toda la naturaleza lo proclama en alta voz."—*Catón.*

"Dista tanto de ser cierto que la explicación de los fenómenos por medio de causas naturales nos aleja de Dios, que aquellos filósofos que han consagrado sus vidas al descubrimiento de tales causas, no pueden encontrar nada que proporcione una explicación final sin recurrir á Dios y á su Providencia."—*Bacón.*

III

¿EXISTE DIOS?

Á MENOS que se acepte el excepticismo filosófico y se niegue la posibilidad de todo conocimiento de cualquiera especie, hay que reconocer que existimos, y que el universo que nos rodea tiene una existencia real. Nosotros mismos y todas las cosas requieren una explicación acerca de su razón de ser, y en tal caso nos vemos obligados á dar alguna de las siguientes explicaciones:

1. La materia y la mente, en el estado en que las conocemos, son eternas;

2. O son el último efecto de una infinita regresión de causas;

3. O existe una Gran Primera Causa de donde provienen todas las cosas.

Se observará que los conceptos de lo Infinito y de lo Eterno se hallan comprendidos en cada una de las tres hipótesis, de entre las cuales, conforme á las leyes del pensamiento, debemos escoger una explicación del problema de la existencia. Se ha presupuesto con frecuencia que la religión, especialmente la religion revelada, dió

origen al concepto de Eterno y debe por sí sola asumir la responsibilidad de vindicar le validez de tal noción. Mas esta presuposición es errónea. El concepto de lo Eterno, de lo Absoluto, de lo Incondicional, es una necesidad de la razón, y no se puede evadir renunciando á la religión y substituyendo los términos de la filosofía por el nombre de Dios. Pueden los hombres escoger entre las varias teorías del Eterno, pero no les es posible despojarse ellos mismos del concepto de la Eternidad. Así como la percepción de un cuerpo hace surgir la idea del espacio, la percepción de la sucesión de acontecimientos sugiere la noción del tiempo, la noción de tiempo infinito presupone la eternidad.

¿Cuál, entonces, de las tres teorías, de entre las cuales debemos escoger al dar cuenta de nuestra existencia y de la existencia de todas las cosas conocidas, es la más racional? ¿Cuál resuelve más satisfactoriamente el problema de la existencia?

¿Son los hombres y las cosas manifestaciones kaleidoscópicas de la materia eterna? Cada impresión de sentido y conciencia conduce á la negación de esta hipótesis. Ni la investigación científica nos lleva á una conclusión distinta. Tanto la común observación como la investiga-

ción científica, nos enseñan que todo objeto en el universo que es conocible por medio de los sentidos, en algún tiempo ha tenido principio. "Los instrumentos más poderosos, penetrantes y perfeccionados que hasta ahora se han inventado para auxiliar nuestros sentidos, no han logrado descubrir una sola causa que á la vez no sea un efecto. El progreso de la ciencia no ha combatido de una manera convincente la noción, que por tanto tiempo prevaleció, de que el universo fué creado hace seis mil años, como ha establecido de una manera convincente que todo aquello de lo cual nuestros sentidos nos dan cuenta, ha tenido un principio y es de una naturaleza compuesta, derivativa y dependiente. No hace mucho que el hombre carecía de medios para probar que las rocas, por ejemplo, no eran tan antiguas como la tierra misma—carecía de medios directos para probar siquiera que no eran eternas; más la ciencia geológica en nuestros días es capaz de determinar bajo qué condiciones, en qué orden y en qué época fueron formadas. Con toda probabilidad poseemos conocimientos más satisfactorios acerca de la formación del carbón de piedra que del establecimiento del sistema feudal. Sabemos que los Alpes, aunque parecen haber existido siempre, no son antiguos, según los

geólogos consideran la edad. La mañana y la noche, el origen y desaparición de las innumerables especies de seres vivientes que han poblado la tierra desde los remotísimos tiempos en que se formaron los depósitos de rocas del período Lorenciano hasta el nacimiento y muerte de los animales contemporáneos, todo, mediante el poder de la ciencia, ha vuelto á la luz del día. Y aún no se han fijado los límites de la investigación; la ciencia, en su poderoso vuelo, franquea los límites de la vida conocida; alcanza aun más allá de la época de formación de las rocas más antiguas, llega hasta el período cuando la tierra, el mar y la atmósfera mezclados entre sí formaban una masa nebulosa; y aun más allá, hasta una época en que nuestra tierra no tenía existencia propia, y los soles, lunas y estrellas aún no se dividían en sistemas. Si buscamos, entonces, aquello que es eterno, la ciencia nos enseña que no lo encontramos en la tierra ni en los elementos que contiene, ni en el mar, ni en el aire, ni en el sol, ni en la luna, ni en las estrellas."[1]

Este elocuente é incontrovertible argumento del Profesor Flint no es menos enfático y con-

---

[1] "Teísmo," por Flint, págs. 102, 103.

clusivo que las palabras de Profesor Clerck-Maxwell: "Ninguno de los procedimientos de la naturaleza, desde que natura tuvo su principio, ha producido la más leve diferencia en las propiedades de las moléculas. Por lo tanto no se puede atribuir al efecto de las causas que llamamos naturales, ni la existencia de las moléculas ni la identidad de sus propiedades. Por otra parte, la afinidad entre cada molécula y todas las demás de su especie, le imparte, como afirma Sir John Hérschel, el carácter esencial de un artículo manufacturado, y excluye la idea de que ha sido eterna y de existencia propia."[1]

La mente se rehusa á creer que la materia tiene existencia propia. Tal hipótesis es inconcebible. Ni puede quedar satisfecha la razón atribuyendo el orden actual de cosas á causas precedentes, y éstas á su vez á otras causas; y asi sucesivamente á través de una serie infinita. Bien dice el Profesor Flint: "La mente humana la rechaza universal é instantáneamente como inconcebible, contradictoria y absurda. Podemos creer en un Dios de existencia propia ó en un mundo capaz de existir por sí solo, y necesaria-

[1] Conferencia pronunciada ante la Asociación Británica.

mente tenemos que creer lo uno ó lo otro; no nos es posible creer en un regreso infinito de causas. Las alternativas de una causa de existencia propia, y un regreso infinito de causas, no son, como algunos las representan, alternativas igualmente capaces de creerse. La una es una verdad indudable, la otra es á todas luces un absurdo. La una es creída de todo mundo, la otra no hay persona que la acepte."[1]

La validez de este argumento en nada ha sido afectada por las modernas teorías de la evolución. Recorramos cualquiera distancia, considerando los distintos eslabones en la cadena: finalmente tendremos que llegar á uno que está fijo á una causa de existencia propia. Llámese á esa causa como se quiera, Dios ó protoplasma, siempre es digna de nuestra alabanza y reclama nuestra reverencia.

¿Qué ó quién es esta Primera Causa?

La naturaleza es una unidad. El término mismo, universo, implica esto. Todo lo que se sabe acerca de la naturaleza viene á confirmar esta verdad. La Primera Causa debe poseer atributos que ninguna pluralidad de seres puede tener. Toda la naturaleza, correctamente interpretada,

---

[1] "Teismo," por Flint, pág. 120.

rechaza el dualismo y el politeismo. La voz del universo clama á una con la voz de la revelación: "Oye Israel, Jehová nuestro Dios, Jehová uno es."

En la naturaleza hay vida y mente. Un efecto nunca puede contener un elemento superior á su causa. La primera causa, por lo tanto, debe ser una causa viviente é inteligente.

La primera causa debe ser una causa libre. "No puede ella misma haber sido causada." Sería un absurdo buscarla entre los efectos. Pero nunca salimos de la esfera de los efectos hasta que entramos en la del albedrío, hasta que pasamos de lo natural á lo espiritual, hasta que abandonamos la materia y llegamos á los dominios de la mente. La primera causa debe, en verdad, estar en todo el universo; pero á la vez debe encontrarse fuera del universo, anterior á él y sobre él. El concepto de causa sería una ilusión, y la investigación en pos de causas sería una falacia inexplicable, si no hubiese una primera causa y si esa primera causa no fuera una causa libre, una voluntad, un espíritu, una persona. La razón, cuando es fiel y consistente, no puede en la persecución de causas detenerse antes de llegar á una voluntad racional. Sólo esta es capaz de satisfacer la idea de una causa. La

constitución compleja y armónica del universo es la expresión de un concepto divino, de una razón creativa.[1]

La hipótesis de una gran primera causa digna de ser llamada Dios y adorada como tal, es la explicación más racional de lo que sabemos que somos nosotros mismos y de lo que percibimos que es el universo que nos rodea. Reduce el misterio de la existencia á su más simple expresión. Demuestra el teorema de la existencia de Dios, hasta donde es posible á la mente finita comprender proposición tan transcendental. Todas las demás explicaciones del universo, cuando las seguimos hasta sus consecuencias lógicas, nos conducen á lo absurdo. La explicación más racional acerca del universo es la que sostiene que "Naturaleza es solo el nombre de un efecto cuya causa es Dios." El orden, sus admirables adaptaciones, la existencia de seres morales é inteligentes como su clímax, todo señala inequívoca é invariablemente hacia una personalidad eterna de infinito poder, sabiduría y bondad, cuya obra tiende hacia una gran consumación moral y espiritual, un suceso remoto y divino hacia el cual marcha la creación entera.

---

[1] "Teismo," por Flint, pág. 130.

Tanto la grandeza del universo material, como la grandeza esencial de la naturaleza humana, nos aseguran que no pueden ser el resultado de fuerzas ciegas é indefensas, obrando sin sentido en un espacio infinito y en un tiempo sin límites, cuyo origen se pierde no sabemos dónde, ni cuándo, ni cómo. La existencia de la vida y de la mente, y el sentido moral señalan de una manera inequívoca hacia un Autor viviente, inteligente y moral. Los hechos que se palpan en nuestro derredor y los que en nosotros mismos sentimos, vienen á convencernos de que el universo y el hombre son la expresión visible de un fin inteligente y moral. Sobre la superficie de ambos, el mundo material é inmaterial, en la mente y en la materia, se palpan las huellas de un Creador omnisciente, omnipotente, y de una pureza infinita, más grande que el hombre y que el universo, antes que todas las cosas, y sobre todas las cosas. "Todas las causas con las cuales aquí nos ponemos en contacto, son, según las designamos, segundas causas; pero señalan una causa más allá de sus dominios, hacia una causa de causas, hacia una causa suprema, incausada é inoriginada. Los cuerpos celestes giran incesantamente en sus órbitas, obedientes á las leyes de gravitación, pero no hay ley de gravitación que

fije sus lugares en el espacio. El universo entero nos invita á buscar fuera de su propia esfera una explicación adecuada acerca de su existencia."[1]

---

[1] "Elementos de Religión," por Liddon, pág. 58.

IV

¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? ¿ES JESÚS UN MITO?

"Porque nosotros no os habemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas por artes compuestas; sino como habiendo con nuestro propios ojos visto su majestad."—*San Pedro.*

"¡Oh mito! ¡Cuán exaltada sobre toda humana mitología es esta representación de Cristo! Aquel que pudo crear tal ficción es capaz también de crear mundos, de llamar espíritus á la existencia, y de inspirar vida y las más elevadas bienaventuranzas, por un sólo acto de su voluntad. Los hechos todos confirman que aquí no se trata de un mito, sino de una verdad abrumadora."—*Jacobi.*

"¿Medir á Jesús por la sombra que ha proyectado en el mundo? Nó, antes bien por la luz que sobre él ha derramado. ¿Que nunca ha existido? ¿Que su biografía entera es una falsedad? Suponed que ni Platón ni Newton han existido. Entonces ¿quién efectuó sus obras y pensó sus pensamientos? Se necesita un Newton para falsificar á otro Newton. ¿Qué hombre pudo haber inventado el carácter de Jesús? Nadie, sino un Jesús."—*Teodoro Parker.*

IV

¿Ha aparecido Dios entre los hombres? ¿Es Jesús un mito?

Habiendo considerado las evidencias de la existencia de Dios, y encontrado que si existe tal sér probablemente se ha revelado al hombre, surge ahora la cuestión: ¿Ha aparecido Dios entre los hombres?

Al buscar una contestación á esta pregunta sería inoportuno discutir la posibilidad de la encarnación. Ese es un problema especulativo que puede ser pertinente en algunas discusiones, y es en sí un asunto de importancia, mas ahora nos preocupa una realidad. Si hay evidencias concluyentes de que se ha efectuado una encarnación, de que Dios ha aparecido en este mundo, entonces desaparece la controversia acerca de la posibilidad de una encarnación. Ni nuestra incapacidad para comprender el modo de la encarnación afecta en grado alguno la validez de la prueba de su existencia. Los hombres deben respetar hechos sin tomar en consideración su propia ineptitud para comprender modos y procedimientos, y sobre este principio obran cons-

tantemente con la mayor confianza al tratar los asuntos de la vida diaria.

Poco lugar hay para el engaño acerca de la encarnación, como un hecho, si Dios ha aparecido en verdad entre los hombres. La naturaleza divina se levanta muy por encima de la naturaleza del hombre para efectuar fácilmente una semejanza entre las dos. Cualquier teofanía, cualquier impostura, se descubre con facilidad. Los tonos de la voz divina no pueden reproducirse con tal perfección que los hombres equivoquen la voz de un impostor por la voz de Dios. La aparición del Dios verdadero, si apareciese, podemos estar seguros que sería tan inequívoca como el relámpago que viene del Oriente é ilumina hasta el Poniente, y que no es posible ocultar ni falsificar.

Si Dios ha aparecido entre los hombres apareció ciertamente en la persona de aquel á quien llamamos Jesús. Todos los que vinieron antes de él ó después de él, son evidentemente "de la tierra, terrenales." Si él no es Dios no hay que esperar á otro. Podemos entonces limitar nuestro pregunta y enunciarla como sigue: "Apareció Dios entre los hombres en la persona de Jesús de Nazaret?"

Al seguir nuestras investigaciones en este sen-

tido no hay que dar por supuesto más que lo que permite la razón. Demos por entendido sólo aquello que nadie se atreve á negar, esto es: que en cuatro memorias breves reconocidas comúnmente como los Evangelios se delinea el carácter de un personaje llamado Jesús. No damos por establecido que estos bosquejos fueron escritos por los sujetos cuyo nombre llevan, ni que estos documentos históricos son auténticos. Simplemente afirmamos que el personaje llamado Jesús es el tema de estos libros.

Surge, entonces, la pregunta: ¿es este sujeto un mito ó un personaje histórico? Y nosotros afirmamos que ni los cuatro evangelistas, ni hombre alguno de aquella época ó de otra época cualquiera, pudieron haberlo inventado ó construido de materiales que existían ó existentes hoy.

Consideremos algunos de los rasgos salientes de este personaje.

1. Es un personaje *original*. No tiene semejante en ninguna literatura, antigua ó moderna. El que más se le aproxima es la personalidad mesiánica á grandes rasgos delineada en los libros sagrados de los judíos. Mas ni los judíos antiguos ni los modernos reconocen en Jesús el cumplimiento del ideal de su Mesías. Y ciertamen-

te, ningún escritor, judío ó pagano, en la edad de Tiberio, podía haber dibujado un cuadro de Jesús valiéndose sólo del contorno mesiánico que contienen las escrituras hebreas.

2. Es un personaje *perfecto*. "El único personaje perfecto que jamás haya aparecido en la historia ó en el pensamiento de los hombres." Aparece en medio de la mayor pobreza y destituido enteramente de amigos, asediado por implacables adversarios, y rodeado de circunstancias contrarias á la piedad y la virtud. Mas en su representación nunca peca y nunca se arrepiente. Refiriéndose á la impecabilidad de este personaje, ha dicho cierto historiador: "Al Cristianismo estaba reservado presentar al mundo un personaje ideal, el cual á través de todas las vicisitudes de dieciocho siglos, ha inspirado el corazón de los hombres con un amor ardiente; ha mostrado ser capaz de ejercer marcadísima influencia sobre todas naciones, edades, temperamentos y condiciones, ha sido no sólo el más perfecto modelo de la virtud, sino también el más poderoso incentivo para su práctica, ha obrado de tal manera que con verdad puede decirse que la simple memoria de tres breves años de vida activa ha hecho más por la regeneración de la humanidad que todos los desquicios de filósofos,

que todas las exhortaciones de los moralistas."[1] Acerca de este personaje Juan Stuart Mill escribió: "Cuando este genio preeminente se combina con las cualidades del que con toda probabilidad es el primer reformador moral y mártir de misión tan noble, no puede culparse á la religión de haber hecho mala selección al designar á este hombre como el representante ideal y guía de la humanidad; ni aun en nuestros días sería fácil, hasta para un incrédulo, encontrar una traducción mejor de la regla de virtud de lo abstracto á lo concreto que el esfuerzo para vivir de tal manera que Cristo aprobase nuestra vida."[2]

3. La perfección de su carácter se manifiesta de una manera especial en su *perfecta simetría* y equilibrio de sus excelencias. Presenta una combinación de virtudes activas y pasivas en una proporción tan perfecta como no se encuentra en ninguna otra persona histórica ó ficticia. Combina la piedad y la filantropía, santidad y compasión, justicia y amor, pureza y ternura, gozo y tristeza, de un modo nunca visto en la vida, ni concebido

---

[1] "Historia de la Moralidad Europea," por Leckey, Vol. II, pág. 9.

[2] "Ensayos sobre el Teismo," pág. 255.

en la imaginación de los hombres. "Nunca jugueteó en su semblante la sonrisa de la alegría, y sin embargo, nunca aparecía como austero, melancólico, ó infortunado."[1] Sufre las privaciones más severas, y sin embargo hay en él cierta majestad que hace desaparecer toda idea de incapacidad. "En verdad no nos permite pensar mucho acerca de sus privaciones; al recordarle, lo consideramos siempre como un sér de inmensos recursos, mostrándose más sublime por representar el papel de la destitución. En su corazón no abriga un solo deseo por las cosas de este mundo; nunca se le sorprende anhelando sus beneficios, es impasible ante sus encantos, y sin embargo, en él no se nota ni el enfado del ascético, ni el tedio del misántropo, ni aparece como esforzándose por guardarse del mundo. Á la hora de la boda felicita; en las fiestas adoctrina; y en los funerales derrama llanto; mas ningún avaro ha sentido mayor atracción hacia su dinero que él hacia los mundos del más allá. Los hombres procuran ser espirituales y caen en el ascetismo; tratan de sostener una idea liberal acerca de los placeres que ofrece la sociedad, y pronto se

---

[1] "La Naturaleza y lo Sobrenatural," por Bushnell, página 288.

encuentran sepultados en el mundo y esclavos de sus costumbres; vigilando constantemente para no incurrir en pecado, y llegan á perder su libertad, ó fascinados por la libertad noble y celestial, caen en una vida de negligencia y desprovista de responsibilidades, así los prudentes se convierten en insensatos, los fervientes en fanáticos, flaquean los débiles, se hacen insolentes los fuertes, libertinos los liberales y ostentosos los benévolos. La flaqueza en nada permite la estabilidad. Y sin embargo, el carácter de Cristo nunca sufre una modificación. Siempre es el mismo. No introduce mejoras, no hace desaparecer extravagancias, no incurre en excentricidades. El nivel de su carácter nunca sufre perturbaciones, y la admirable asunción sobre que descansa nunca se afecta ni siquiera por la sospecha de la flaqueza."[1]

4. El carácter de Jesús es *universal.* En él nada hay local ni temporal. Ningún característico provincial ni transitorio se encuentra en él. No hay frase más idónea para describirle que las palabras "El Hijo del Hombre."[2] Como dice

---

[1] "La Naturaleza y lo Sobrenatural," por Bushnell, página 286.

[2] "Vida de Jesús," página 457.

Renán: "Jesus es la columna más elevada que enseña al hombre de dónde viene y hacia dónde debiera dirigirse. En él se halla condensado todo lo bueno y todo lo exaltado en nuestra naturaleza." O como afirma Strauss: "En todo sentido Jesús figura en primera línea entra aquellos que han desarrollado el ideal de la humanidad."[1] Muchas peculiaridades han surgido de circunstancias personales é históricas, las cuales son incidentales á los más altos caracteres humanos, é impedirían á cualquiera de ellos ser en sí un tipo universal. Mas el tipo que encontramos en los evangelios y que reconocemos como el tipo cristiano, parece haber escapado todas estas peculiaridades, y aparece revestido de una pureza incomparable y de una incomparable perfección de excelencia moral. . . . Si este tipo de carácter fué forjado por el intelecto humano, debemos recordar cuando menos, que fué forjado en el punto de confluencia de tres razas: la judía, la griega, y la romana, cada una de las cuales poseía propias y bien marcadas peculiaridades nacionales. Un solo rasgo, una sola insinuación de cualquiera de aquellas peculiaridades, hubiera bastado para que el personaje resultase nacional y no universal;

---

[1] "Leben Jesús," pág. 625.

transitorio, no eterno. Hubiera logrado llegar á ser el más elevado personaje en la historia; mas no el ser ideal. Suponiéndole humano, ya sea que representase el mayor esfuerzo del hombre para alcanzar la excelencia moral, ó una imaginación moral de los escritores de los Evangelios, las circunstancias eran por demás desfavorables á la creación de un personaje en quien no se notara ni el más leve tinte del fanatismo, formalismo y exclusivismo del judío, libre por completo del orgullo político del romano, y exento del orgullo intelectual del griego. Y sin embargo, escapó todos esos rasgos característicos. Es la esencia de la naturaleza moral del hombre revestida de una personalidad tan vívida y tan intensa que despierta á través de todas las edades el cariño más intenso, sin embargo de estar despojada de todos aquellos característicos peculiares, las circunstancias de tiempo y lugar, mediante las cuales se diferencian las personalidades humanas.[1]

5. Este personaje admirable no aparece en las páginas de los evangelistas como forjado mediante el esfuerzo. "No está delineado su carác-

---

[1] "Elementos de Religión," por el canónigo Liddon, páginas 216, 217. Cita de una Conferencia por Goldwin Smith.

ter en una serie de epítetos, ó aclaraciones abstractas, ó alabanzas vagas é indistintas."[1] Su carácter aparece dibujado en narrativas claras y que sin revelar estudio poseen inequívocas señales de realidad.

6. Este notable personaje es el mismo *en cada uno de los cuatro libros* en los cuales figura. Cuatro escritores, cuya independencia es indiscutible, han dibujado esencialmente el mismo cuadro. Bien dice Cairns: "Un evangelio es una maravilla; pero ¿qué diremos de cuatro, cada uno con un plan distinto, su ensanchamiento y sus omisiones, sus variaciones, aun cuando su coincidencia es más exacta, sus problemas aun por resolver, pero siempre cediendo en parte á nuevas investigaciones, y sólo poniendo en evidencia la inmutable unidad y dignidad de la historia? Las dificultades de los Evangelios motivadas por divergencias son nada, comparadas con la impresión que todos ellos han hecho como una creación trascendental.[2]

7. Además, la obra de los evangelistas no que-

---

[1] "Manual de Evidencias del Cristianismo," por G. P. Fisher.

[2] "Cristo, la Evidencia Central del Cristianismo," en "Folletos para todos los tiempos," Vol. I, pág. 4.

dó terminada al haber dibujado un personaje impecable. Deben poner en sus labios palabras que estén en consonancia con la majestad de sus pretensiones. Si se imaginaron al hombre, deben haberse imaginado también sus enseñanzas, y lo que dice, según lo representan, es tan admirable como él mismo según la representación que de él hacen. Sus doctrinas son terminantes. Son verdades finales que el mundo nunca podrá mejorar. No es posible concebir un pensamiento más elevado que su doctrina de la paternidad de Dios, ni uno más amplio que su dogma de la fraternidad del hombre, ni uno más profundo que su concepto de la santidad del corazón. La esperanza no puede vislumbrar una visión más esplendorosa que la que brilla en sus enseñanzas relativas á la resurrección del cuerpo y á la vida eterna después de la muerte. Su concepto de un "reino celestial" que comprende al mundo entero y que debe durar por siempre, es absolutamente singular; ni videntes, ni filósofos, han logrado concebir otra idea semejante. Las expresiones de Jesús no fueron anticipadas por discurso alguno antes de su tiempo, y ni una sola partícula de verdad se les ha añadido desde la publicación de los Evangelios.

8. Aun más, los evangelistas registran estas

expresiones admirables como parte de una narrativa reposada. Al escribir no revelan la excitación de descubridores, antes bien manifiestan la serenidad de testigos oculares que simplemente repiten las palabras de uno que habla delante de ellos, las cuales concuerdan de tal manera con la naturaleza sobrenatural del que las pronuncia, que no dan lugar á sorpresa. Lo representan hablando con la más perfecta serenidad. "Proclama las verdades más tremendas con la mayor compostura de espíritu. Si mortal alguno llegase á penetrar claramente y por primera vez el contenido del sermón en el monte, el tercer capítulo de Juan, la parábola del Pródigo, y otros muchos discursos y revelaciones semejantes; si mortal alguno llegara á concebir repentinamente tales pensamientos, concepciones tan vastas, tan profundas, tan elevadas, le desequilibrarían por completo. Su cerebro se encendería y su corazón estallaría de santo entusiasmo;[1] empero los evangelistas no entonan rapsodias al registrar sus palabras.

¿Es este personaje admirable un mito? ¿Son sus discursos invenciones de novelistas y roman-

---

[1] "El Hombre de Galilea," por el Obispo Haygood, pág. 77.

ceros? ¿Es acaso criatura de la imaginación y sus doctrinas el producto de la colaboración de cuatro judíos rústicos del tiempo de Tiberio, ó de alguna otra época?

Ni la edad de Tiberio, ni ninguna otra edad pudo haber producido elementos intelectuales idóneos para la creación del carácter y discursos de Jesús. Han transcurrido dieciocho siglos desde que se escribieron los cuatro evangelios y aún no es posible producir, ni escritor alguno ha sido capaz de imaginarse un personaje que se aproxime á éste. La obra está muy por encima de las aptitudes de los escritores modernos, por grandes que éstos sean; mucho más allá del alcance de cualquiera de los escritores de los primeros siglos de la era cristiana; y viene á ser un verdadero imposible al tratarse de las aptitudes de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, á quienes generalmente se atribuyen los cuatro evangelios. "Si se les hubiese concedido todas las cualidades personales, las condiciones en que vivían hubieran hecho imposible la creación de un personaje de tal naturaleza; no podrían haber respirado la atmósfera intelectual, moral y social en que se movían y efectuar semejante obra. Porque este personaje, el Jesús de los evangelistas, no está en armonía con las influencias predominantes de

aquella época; antes bien, está en antagonismo con estos característicos y estas influencias en todos sus puntos.[1] Igualmente increible es la suposición de que estos cuatro individuos llegaron á concebir las enseñanzas de Jesús, ellos que carecían de todos aquellos atributos que según la historia y la filosofía se requieren para la concepción de tales pensamientos. ¿Por qué razón hombres tan grandes, sabios y buenos como Sócrates y Platón, quienes llegaron á vislumbrar algo más que reflejos de las verdades celestiales, no llegaron á concebir las doctrinas contenidas en el Sermón en el Monte? Sócrates y Platón, si á humanos fuese dado concebir tales enseñanzas, debieron haber llegado á pensar tan alto como se requiere para pronunciar un discurso semejante al de la montaña, puesto que ellos poseían todas las dotes naturales y á su alcance tenían todas las oportunidades que la cultura ateniense ofrecía. Y en efecto se esforzaron por llegar á posesionarse de las verdades que unen al hombre con Dios; pero fracasaron, llegando Platón á suspirar por la venida de un personaje divino que aclarase lo que para él era tan obscuro.

---

[1] "El Hombre de Galilea," por el Obispo Haygood, página 19.

Y sin embargo, si Jesús no existió, los cuatro evangelistas, ú otros escritores semejantes á ellos inventaron doctrinas tan admirables. Esto es simplemente inconcebible."[1]

La vida y las palabras de Jesús están muy por encima del alcance de la inventiva humana. Su vida fué un hecho, sus palabras una realidad; de lo contrario los evangelios constituyen en sí un milagro tan magno como la misma encarnación de Dios. Según Rousseau, "el Evangelio contiene señales de una verdad tan grande, tan notable, tan perfectamente inimitable, que su inventor tendría que llegar á ser más sorprendente que el héroe mismo."

Y esta conclusión se confirma aun más, al considerar las poderosas y benéficas fuerzas que han emanado del Cristianismo. ¿Podrían acaso haber surgido de un mito influencias tan puras é instituciones tan duraderas, y eso en una época en que los hombres escriben la historia auténtica? Refiriéndose á esta teoría mitológica, afirma Row con gran énfasis: "Su significado, despojándole de todo fingimiento, quiere decir que está basado en un engaño el poder más grande que por más

---

[1] "El Hombre de Galilea," por el Obispo Haygood, págs. 20, 21.

de dieciocho siglos ha desarrollado energías para bien de los hombres, y el cual en la actualidad es motivo y sostén de una inmensa mayoría de las instituciones que en Europa y América se han establecido para promover la felicidad del hombre. Si el Jesús de los evangelios es una creación imaginaria y no una realidad histórica, entonces hay que creer que una sombra, un fantasma ha sido el centro de un poder supremo, y ha ejercido mayor influencia para bien que todas las realidades del mundo. Si esto es cierto, una sola deducción nos confronta: que el hombre anda en sombras de vanidad y todas sus preocupaciones son en vano. ¿Para qué, entonces, luchar por la verdad, si el engaño es más poderoso que las realidades, y su influencia para el bien más eficaz que la de todos los sacrificios de los sabios y los buenos? En tal caso, todo sería vanidad; la vida presente sería sólo un sueño, la vida venidera una ilusión, y la única esperanza del hombre—¿por qué no decirlo?—su mejor esperanza, se hundiría en el silencio eterno de donde él vino, hacia donde se apresura, y en donde no habrá resurrección.[1]

La personalidad de Jesucristo descansa sobre

---

[1] "Manual de Evidencias del Cristianismo," pág. 93.

inamovible base en la historia humana. Es en verdad más firme, más duradera que cualquiera forma de materia ó modo de fuerza que haya preocupado á la mente humana. Los conceptos acerca de la tierra, el aire, el fuego y el agua, cambian y desaparecen en su derredor como cambian y desaparecen las nubes en torno de la cima de una montaña eterna. Todos los esfuerzos para hacerla aparecer como un mito—y estos son innumerables—se han estrellado contra la potente realidad de su carácter, y de ellas quedan sólo vestigios. El resultado de toda crítica, el dictamen final del buen sentido, es que Cristo es un personaje histórico. Tal es su personalidad, que los hombres no la hubieran imaginado si hubieran podido, y no hubieran podido si lo hubieran pretendido. No es ni mito griego, ni leyenda hebrea. Imposible hubiera sido encontrar un artista capaz de modelarlo, é imposible también encontrar los elementos que para ello se requieren. Un Cristianismo que no existía no pudo haber emanado del aire y creado á un Cristo. Un personaje real llamado Cristo apareció en el mundo y creó el Cristianismo.[1]

---

[1] "El Evangelio para una Edad de Dudas," por Henry Van Dyke, pág. 59.

Es tan real y duradero el Cristo de que tratamos, que los autores que formularon la "doctrina mitológica" no pudieron publicar los libros que la contienen sin reconocer en la fecha de publicación la fecha del nacimiento de Jesús. Las pequeñas cifras al pie de lo carátula de sus obras, refutan por completo todos los argumentos que contienen los capítulos subsecuentes. Los portentos que según los Sagradas Escrituras tuvieron lugar en la fecha de su advenimiento, y los cuales no han podido sus críticos hacer aparecer como milagros legendarios, no son tan sorprendentes como el hecho de parte de Jesús de Nazaret, al hacer girar el horario de los tiempos alrededor de su humilde cuna. Cuando el comercio anota sus operaciones, cuando el Gobierno publica sus decretos, cuando nacen los niños y mueren los ancianos, cuando potentados ó labriegos vienen al mundo ó parten de aquí para su morada eterna, todos rinden homenaje al humilde niño de Belén. Los calendarios que fijan fechas no pueden basarse en un mito movible. Bien pueden carecer de absoluta precisión, como sucedió cuando se contaba el tiempo desde la creación del mundo ó desde la fundación de Roma; pero señalan acontecimientos reales que jamás llegarán á convertirse en hechos mitológicos.

V

¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? ¿ES DIVINO JESÚS, EL DE LOS EVANGELISTAS?

"Y el verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros; (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre,) lleno de gracia y de verdad."—*San Juan.*

"Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente."—*San Pedro en Cesarea de Filipo.*

"Mi Señor y mi Dios."—*Santo Tomás.*

"Rabí, tú eres el Hijo de Dios."—*Natanael.*

"¿Cuál es el misterio que encierra su personalidad? ¿Qué es lo que él dice acerca de sí mismo? Qué la contestación á estas preguntas determinará en todo tiempo la decisión final. Porque tal es la confianza que nos inspira, por grande que sea nuestra inseguridad en otros respectos, que no podemos menos que reconocer que él mismo sabía quién era, y que no se expresó contrario á lo que sabía."—*Lutard.*

"El se llamó á sí mismo el Hijo de Dios: ¿quién entre los mortales se atreve á afirmar lo contrario?"—*Lequinia.*

V

¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? ¿ES DIVINO JESÚS, EL DE LOS EVANGELISTAS?

La biografía de Jesús es histórica, no ficticia. Ni los evangelistas ni ningún otro escritor pudieron haberse imaginado un personaje de tal naturaleza. Y si á la imaginación humana no es posible concebir vida tan perfecta, cuánto menos es dable á las apitudes de los hombres la realización de tan elevado ideal. Es más fácil concebir ideales que ejecutarlos.

Contra esta conclusión ningún argumento tocante á la posibilidad ó credibilidad de los milagros posee fuerza alguna. Se presenta Jesús, y es tal su naturaleza, que trasciende la capacidad inventiva y creativa de los hombres. Aun en nuestros días, cuando su personalidad ha llegado á ser conocida de los hombres, los más sabios entre ellos no han sido capaces de interpretar á fondo todas sus expresiones, ni los más santos han logrado imitar su ejemplo con toda la perfección de que está revestido. He aquí un milagro ante nuestros propios ojos, mucho más grande que cualquier incidente de cuantos se mencionan en las breves memorias de los evangelistas. Si los

hechos que se le atribuyen, y que los hombres llaman milagros, se extractasen de los cuatro evangelios, quedaría un fragmento de historia más difícil de comprender que todo el conjunto. Los hechos ordinarios de su vida, los cuales nadie se atreve á negar, vienen á constituirse en milagros los más estupendos si no se le considera como Dios, porque mostraría en tal caso una pureza sobrenatural, sin ningún poder extraordinario. La descripción que de él hacen los evangelistas reviste en sí un carácter netamente histórico, y la vida allí descrita vindica el título de su divinidad. Los hechos de su historia "impiden que se le clasifique entre los hombres."

Á grandes rasgos estos hechos son: un nacimiento en humilde choza; una infancia que se desarrolló en despreciada villa de impopular provincia, situada en un país estrecho á orillas del Mediterráneo, y el cual durante su vida constituía una parte insignificante del Imperio Romano; una juventud y el primer período de una virilidad que comprendió el rudo trabajo del carpintero, sin la educación formal de escuela alguna; una vida pública de menos de tres años y una muerte ignominiosa antes de llegar á los treinta y cinco años de edad. Durante el período com-

prendido entre su advenimiento y su muerte sufrió la mayor pobreza; sin mentores ni amigos entre los sabios y los poderosos, fué más bien el objeto de oposición y de odio de las clases privilegiadas; sin más asociación que la que le proporcionaba el pueblo ignorante de su época y de su país, y sin la simpatía siquiera de sus más íntimos amigos ni de sus parientes más queridos. En medio de condiciones tan deplorables se formó su carácter y dió expresión á sus grandes concepciones. Rodeado de circunstancias tan difíciles y de limitaciones sin cuenta, llevó una vida de inocencia sin flaquezas, de pureza sin penitencias, adunando en la más perfecta armonía las virtudes activas y pasivas, como jamás se habían combinado en ninguno de los seres que han aparecido entre los hombres.

Y al presentar al mundo este perfecto ejemplo de pureza personal y de virtud inmaculada, asumió una actitud de supremacía para con todos los hombres y de igualdad para con Dios. Había en él, además, tal majestad inherente, y estaba poseído de un porte real tan marcado, que bien podía expresar pretensiones tan elevadas sin asombrar á la humanidad. "Durante dieciocho siglos se han venido publicando y predicando tan prodigiosas asunciones, y sin embargo, el mundo

que tan pronto sabe descubrir el amor propio y rebajar las pretensiones de impostores, en naciones enteras, formadas por sabios y poderosos, así como por ignorantes y humildes, ha rendido homenaje al nombre de Jesús, sin encontrar jamás una sola contradicción entre sus méritos y sus pretensiones, sin considerarse ofendido ni una sola vez por cualquiera idea de su extravagancia. Antes bien, á nadie se oculta que en el común concepto de la raza humana, sostiene el mérito de una modestia singular, engendrando la más profunda convicción de su humildad."[1]

De conformidad con estas pretensiones sin precedente, este carpintero que jamás había sido enseñado de los hombres, natural de una provincia despreciada, en una tierra poblada por vasallos, se propuso fundar un reino que debería ser universal en extensión, eterno en duración, y que poseyese la propiedad de elevar á sus súbditos á la altura que se requiere para llegar á ser hijos de Dios. Al principio de su carrera pública expuso este extraordinario proyecto con todos sus detalles, sin dejar lugar para modificaciones, ya por añadidura ó mediante sustracciones. Nunca

---

[1] "La Naturaleza y lo Sobrenatural," por Bushnell, página 291.

se desanimó respecto de su éxito, y á la sombra de la cruz abrigaba la misma confianza en la victoria que cuando gozaba de la mayor popularidad. Una mujer devota le ungió en una fiesta, y al alabar aquel acto predijo que pronto tendría que morir, pero su evangelio debería ser predicado por todo el mundo, y aquel incidente relatado en memoria de ella.

Los medios empleados para la fundación de su reino son muy distintos de los que han empleado los hombres. Excluyó la fuerza; la cimitarra no fué en sus manos, como en las de Mahoma, el instrumento de su apostolado. Nunca dependió de la diplomacia, ni del sacerdocio, ni de credos, ni de filosofía, ni de argumentos, ni de sistemas. No escribió un solo renglón, ni fundó escuela, ni formuló ostentoso ceremonial ó ritual complicado. Prefirió morir, declarando: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, á todos atraeré á mí mismo."

Se colocó al lado de los pobres y entre ellos encontró el mejor material para la ciudadanía del reino que se proponía fundar. Y sin embargo, su carácter distaba mucho de asemejarse al de un revelucionario socialista. Nunca apeló á los prejuicios de raza, ni aspiró á la dirección de algún partido que tratase de obtener venganza

contra la sociedad por alguna ofensa, real ó imaginaria. No despertó el espíritu de partido entre el pueblo que con gusto le escuchaba. Se compadeció de las multitudes, pero jamás se desvió del plan que se había trazado para conquistar la aprobación popular. En una edad de superstición apelaba á las masas supersticiosas sin hacer la menor concesión respecto de las nociones que abrigaban. Habló á su época y para todas épocas desde el punto de vista de uno que está muy por encima de toda distinción de tiempo y de circunstancia. Su voz era la expresión del amor emanada del cielo.

El espíritu en que viviera y trabajara forma una aureola al rededor de la vida que observó y el plan que desarrolló. "En toda la historia de su vida no es posible descubrir la más ligera indicación del desvío ó del fracaso. Y esto es aun más sorprendente cuando recordamos que perseguía obra tan magna con tan grande entusiasmo, llegándole á llamar su comida y su bebida, y consagrándole todas las energías de su vida. Pues cuando los hombres tienen grandes obras en proyecto, su entusiasmo mismo se convierte en impaciencia. Cuando se les obstruye, ó sin razón se les estorba, arremeten con furia contra los obstáculos que encuentran, prorrumpen en imprecacio-

nes ante el menor tropiezo, y cualquier incidente desfavorable les hace estallar en ira. Mas Jesús aparece siempre tan sereno, tan reposado ante las dificultades y pruebas, como si nada tuviese en proyecto. Siempre está revestido de una especie de santa paciencia. Está pobre y hambriento y fatigado, es despreciado, sus enemigos le insultan, sus amigos le abandonan; pero él nunca se desalienta, ni se enfada, ni se incomoda. No parece dominar su genio, sino mas bien parece carecer de él."[1]

¿Con qué nombre nos aconseja la razón que designemos á uno que así ha vivido y así obrado? ¿Acaso sería contrario á la razón confiar á un sér tan bueno, tan sabio, y tan reposado, el que designase su propio puesto en el Universo? ¿No es por ventura asaz verídico para engañarnos? ¿No es él mismo demasiado sabio y demasiado reposado para ser engañado? ¿Quíen se atreve á negar que el cargo de impostura ó fanatismo es del todo inadmisible en su caso? Con Channing digamos: "Cuando considero la majestad real que acompaña á Jesús en todos sus actos, y nunca desmintiendo en lo más mínimo

---

[1] "La Naturaleza y lo Sobrenatural," por Bushnell, página 294.

sus sublimes títulos, en medio de la pobreza y el escarnio, en su última agonía, me posesiono de una conciencia de la realidad de su carácter que me es imposible expresar. Comprendo que al carpintero judío no hubiera sido más fácil concebir y sostener este papel, impulsado por la impostura, que á un niño el repetir las proezas de Hércules ó comprender en su mente infantil las incomparables obras del genio." Y si en razón no podríamos tildarle de impostor, menos podríamos acusarlo de haber sido engañado por la locura del entusiasmo ó la insensatez del fanatismo. Todo el mundo reconoce que en su carácter no hay mácula. Mas si admitimos que en rectitud es perfecto y, sin embargo, sostenemos que se engañó respecto de sí mismo, resulta que á la virtud más perfecta no fué dado encontrar y sostener la verdad. Entonces sí habremos llegado al más fatal agnosticismo. Si Jesús fué engañado, bien pueden todos los demás hombres renunciar á toda esperanza de encontrar la verdad. Toda pesquisa sería, en tal caso, sólo una indagación de insensatos.

Pero si Jesús no fué engañador ni engañado, toda consideración respecto del concepto que de sí mismo tenía viene á ser de la más alta importancia. ¿Qué concepto tenía acerca de sí mismo?

Escuchadle: "Yo soy la luz del mundo." "Nadie viene al Padre sino por mí." "Venid á mí, todos los que estáis trabajados, y cargados, que yo os haré descansar." Si él no es Dios, ¿puede haber presunción más desmesurada que la suya? Si él no es Dios, existe en su naturaleza un verdadero caos en donde la verdad está mezclada con la falsedad, el orgullo con la humildad, la reverencia con la profanación, la sabiduría con la insensatez, la flaqueza con el poder, y la piedad con la maldad. La crítica que niega su divinidad y á la vez reconoce su sin par sabiduría y su virtud sin paralelo falta á la lógica y se destruye por sí sola. Si él no es Dios, no puede ser bueno. El reconocimiento de su divinidad es la única solución racional de los problemas que ofrece su humanidad.

"A un hombre bueno le es más fácil creer que en un mundo donde está rodeado de misterios, donde su propio sér es un misterio consumado, el Autor Moral de los milagros que le rodean para la consecución de fines morales haya revestídose de una forma creada, que aceptar la teoría de que la única vida humana que ha llegado á realizar la idea de la humanidad, que es á la vez fuerza perfecta y perfecta ternura, el único modelo de nuestra raza en el cual están combinadas

sus virtudes, y del cual todo vicio se halla eliminado, haya pecado al hablar de sí mismo, de tal arrogancia, de un amor propio y de insinceridad, que, en caso de que se admitiese, la degradaría hasta colocarlo muy por debajo del nivel moral que han alcanzado millones de sus adoradores. Es más fácil, en resumen, creer que Dios ha consumado sus portentos y sus misericordias por medio de una revelación propia, en la cual la misericordia y la belleza alcanzan su más alta expresión, que apartar la mirada moral del punto más resplandeciente que ofrece la historia humana y ver al fin, en el destino inexplicable del hombre, la justificación más completa de su desesperación."[1] "Porque si, sin ser divino, presumía divinidad, deberíamos alejarnos de él poseídos del más profundo disgusto y del aterramiento más grande. La capacidad más raquítica alcanza á reconocer la incomensurable distancia que separa al hombre de Dios; y ¿cómo podríamos respetar á uno que, sin ser Dios, aun en medio de su obscuridad y su flaqueza, aun en lo profundo de su indecible humillación, y en la absoluta impotencia de debilidad humana, se hizo igual á Dios? ¡Oh! no hubiera sido esto la peor

[1] Conferencias de Liddon, páginas 204 y 205.

blasfemia de la impostura, la locura misma del engaño, la fatuidad de la arrogancia, todo combinado en la vida de un sér á quien el mundo reconoce como el más sabio, el más humilde, el más santo de los hijos de los hombres. En verdad que si no reconocemos su divinidad, aunque no le hayamos apedreado, debiéramos huir de él impulsados por la ira y poseídos del más acerbo dolor.[1]

Aquellos que alaban su sabiduría y su bondad, pero que niegan su divinidad, incurren en las más graves contradicciones lógicas y en inconsecuencias morales que un hombre sincero nunca será capaz de reconciliar ni comprender. Cual Judas en el huerto, pretenden aclamarlo como su señor mientras le traicionan con un beso. Le tratan como los antiguos paganos trataban al buey expiatorio, le cubren con guirnaldas para conducirlo luego al sacrificio.

Pero al tratar así de crucificar de nuevo al Hijo de Dios, sólo avanzan hacia su propia destrucción y apresuran el derrumbamiento de sus falsos sistemas. Cuando San Pedro, ante la opinión popular, pero falsa, que consideraba á Jesús co-

---

[1] "Testimonio de la Historia acerca de Cristo," por el canónigo Farrar, pág, 85.

mo uno de los profetas, al mismo tiempo que negaba su divinidad, afirmó: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente," expresó la inamovible conclusión de la lógica invencible, así como la firme creencia de una fe verdadera.

VI

¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? ¿SE LEVANTÓ JESÚS DE ENTRE LOS MUERTOS? EXAMEN DEL TESTIMONIO DE SAN PABLO

"Empero os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, y en el cual estáis firmes; por el cual asimismo sois salvos, si retenéis en la memoria lo que os he predicado, si no es que habéis creído en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo yo recibí, es á saber: que Cristo fué muerto por nuestros pecados, conforme á las Escrituras; y que fué sepultado, y que resucitó al tercero día, conforme á las Escrituras; y que fué visto por Cefas; y después por los doce; que después fué visto de más de quinientos hermanos á la vez: de los cuales los más viven aún, empero algunos han dormido. Que después fué visto por Santiago; después por todos los apóstoles. Y á la postre de todos, fué visto por mí también, como por uno nacido fuera de debido tiempo."—*San Pablo á los Corintios.*

"Los escritores apostólicos hacen estribar la verdad del Cristianismo en un solo milagro, la resurrección de Cristo de entre los muertos. Acerca de esto hay pruebas más convincentes que acerca de cualquier otro suceso en la historia del pasado. Aceptada esta verdad, permitir que se base la verdad del Cristianismo sobre cualquiera de las múltiples cuestiones que han surgido en los últimos tiempos, como si su verdad ó su falsedad dependiese de nuestra habilidad para resolverlas, no sólo es innecesario, sino en muchos casos extremadamente peligroso. ¿Qué señal nos muestras, dicen los judíos, siendo así que tú haces estas cosas? refiriéndose al acto de expulsión en el templo. Destruid este templo, y en tres días yo lo levantaré. . , . Mas él hablaba del templo de su cuerpo."—*Prebendado Row.*

VI

¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? ¿SE LEVANTÓ JESÚS DE ENTRE LOS MUERTOS? EXAMEN DEL TESTIMONIO DE SAN PABLO

NINGÚN milagro de Jesús se ha presupuesto, ó dado por cierto, en los capítulos anteriores, para probar su divinidad. Sólo los hechos ciertos é innegables de su vida terrenal, hechos comunes, se han asentado para establecer su divino carácter y autoridad. Tales verdades han sido aceptadas por los más célebres incrédulos del mundo. Ninguna persona competente para juzgar en asuntos de tal naturaleza se atreve á negar que durante el reinado de Tiberio un eminente judío llamado Jesús, reunió en Palestina cierto número de adeptos que creían en él como el Mesías de las profecías judaicas, que continuaron en su creencia hasta después de que hubo desaparecido de entre los hombres, y que de la misma manera que aquellos primeros creyentes, hay en la actualidad millones de discípulos de este mismo Jesús, los cuales afirman que después de haber sido juzgado por Poncio Pilato, muerto y sepultado, resucitó de entre los muertos.

¿Se funda la afirmación de los discípulos en al-

gún hecho cierto, ó es una falsedad? Si no es posible mostrar que la resurrección de Cristo es un hecho histórico, es por demás defender ó atacar cualquiera otro de los milagros que se le atribuyen. Su muerte, si no resucitó, vendría á echar por tierra la creencia en su divinidad, y su carrera en este mundo vendría á añadir otro problema al conjunto de perplejidades religiosas. Si no resucitó de entre los muertos, todos los demás milagros registrados en el Nuevo Testamento, aunque sus memorias se multiplicasen en gran manera, no bastarían para probar su divinidad ó mostrar que el Cristianismo es una revelación divina. En verdad, mientras mayores fueran las tendencias de tales milagros á hacerlo aparecer como una personalidad sobrenatural, mayor sería la confusión de sus adherentes, porque si fuera sólo un hombre, lo más que á su muerte pudiera decirse sería, que el mejor entre los hombres no pudo escapar la muerte; pero si apareció como Dios y después murió, murió para siempre sin resurrección, entonces Dios dejó de existir! Lamentable sobre toda expresión sería el caso que se presentaría si el hombre más santo hubiese cedido ante la muerte para no resucitar jamás; pero horrible sobre toda ponderación sería el hecho de que Dios mismo sucumbiese ante

la muerte! Si los milagros por él efectuados antes de su muerte indujeron á muchos de los que le seguían á creer en su divinidad, y después resulta que no ha resucitado de entre los muertos, entonces, como alguien ha dicho, "entre todos los hombres los más miserables son ellos," y aquellos que les han sucedido en la fe han heredado un legado de tinieblas y tristeza.

Si, por otra parte, Jesús resucitó de entre los muertos, desaparece toda controversia. Se han franqueado las fronteras de lo natural. Algo de sobrenatural conforta á la humanidad. La vida y la inmortalidad han sido por él traídas á la luz. Cualquiera y todos sus demás milagros merecen nuestra fe, á pesar de toda presunción contraria.

La clave de la posición que el Cristianismo ha tomado descansa sobre esta verdad, y eso precisamente es lo que nos proponemos tratar.

Por el momento dejad á un lado el testimonio de los evangelistas, tomando en cuenta el aserto de los incrédulos, quienes afirman que esas "memorias" no fueron aceptadas, ni aun por las iglesias, sino hasta en las postrimerías de la segunda centuria de nuestra era. Más luego tendremos ocasión de mostrar lo insostenible de esta hipótesis; por ahora quede como si fuese una verdad

histórica, mientras nos ocupamos del testimonio de otro testigo, respecto del cual testimonio, en algunos de sus puntos cuando menos, todos estamos de acuerdo, y acerca de los cuales no puede haber ninguna duda.

Por más que los hombres discutan acerca de la fecha, autenticidad y autores de los cuatro libros llamados "Evangelios," todos reconocen á San Pablo como el autor de las Epístolas á los Gálatas, los Romanos y los Corintios.

Baur asegura: "No solo no ha surgido jamás la menor sospecha acerca de la autenticidad de estas Epístolas, sino que de tal manera llevan en sí impresa la originalidad de Pablo, que no es posible comprender por qué los críticos pudieran presentar objección alguna contra ellas."

M. Renán, en "Los Evangelios," páginas 40 y 41, afirma: "Las Epístolas de Pablo poseen una ventaja incomparable en esta historia, es decir, su absoluta autenticidad. Ninguna duda de peso se ha presentado jamás acerca de la autenticidad de la Epístola á los Gálatas, las dos Epístolas á los Corintios y la Epístola á los Romanos." En su obra intitulada "San Pablo," las clasifica como "incontestadas é incontestables."

¿Qué pruebas nos proporcionan estas Epís-

tolas indudables acerca de la resurrección de Jesús?

Antes de considerar el testimonio de las Epístolas, examinemos algunos de los puntos que afectan su carácter general.

Fuera de toda duda estos cuatro documentos históricos nos remontan á los primeros días del Cristianismo. La fecha más reciente que se les puede asignar, es veintiocho años después de la crucifixión. Fueron escritos durante un intervalo de tiempo después de la crucifixión, tan corto como el período comprendido entre la fecha actual y aquella en que el Príncipe Bismarck sostuvo su célebre disputa con Pío IX, dos años más corto que el período transcurrido desde que Victor Emanuel entró en Roma y la declaró capital de la Italia Unida. "No sólo fueron escritos dentro de los veintiocho años posteriores contados desde el día de la crucifixión, por un misionero del Cristianismo, cuyas labores se extendían á través de los veinte años precedentes, sino que su autor era de tal edad en la época en que escribió, que su memoria comprendía sucesos acaecidos quince años ante de la crucifixión.[1]

---

[1] "Evidencia Histórica de la Resurrección de Jesús," por C. A. Row. pág. 14.

Por lo tanto, tal era el conocimiento que acerca de las creencias de la Iglesia primitiva poseía el autor de estas Epístolas, y tales eran los datos que en su poder tenía, acerca de los sucesos contemporáneos, que por su parte no había motivo para cometer equivocaciones, á menos que hubiera sido víctima de algún alucinamiento, ó que fuese un autor de falsedades. Además, según él mismo refiere en su primera Epístola á los Corintios (15.9), al principio persiguió á la Iglesia, con la cual más tarde se identificó, y procuró en un tiempo extirpar la fe que más luego debería abrazar. Al acercarse á ella, como se deja comprender, se hallaba poseído de todo género de prejuicios.

Pablo da su testimonio en forma de cartas,[1] no en la de historias ni argumentaciones. Es inestimable el valor de cartas contemporáneas como documentos históricos, al determinar los sucesos de cualquiera época. Sus alusiones relativas á los acontecimientos ordinarios no sólo los

---

[1] N.B.—El Cristianismo es la única religión cuyos libros sagrados contienen epístolas. Es una religión de verdades concretas, pues no es posible que haya cartas sin la intervención de personas y sucesos de historia personal.

comprueban, sino que también contribuyen en gran manera á la comprensión de su significado. ¡Cuánta luz arrojan las epístolas de Cicerón sobre los sucesos acaecidos en el mundo romano de su época!

Ahora bien, ¿qué nos dicen las cuatro epístolas de San Pablo acerca de la resurrección de Jesús?

Nos enseñan que tanto su autor como las personas á quienes fueron dirigidas, profesaban la fe más firme en la resurrección como una verdad, y que reconocían esa verdad como la base de sus creencias religiosas. Al principio de la Epístola á los Romanos dice respecto de Cristo, que fué "declarado ser el Hijo de Dios con poder, según el espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos." (Romanos 1.4.) En la salutación con que principia la Epístola á los Gálatas, declara su apostolado, el cual había sido desconocido por sus enemigos, en estas palabras: "Pablo, apóstol, no de los hombres, ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre, que le levantó de entre los muertos." (Gálatas 1.1.) En la primera Epístola á los Corintios afirma con gran énfasis: "Y si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicación y vana es también vuestra fe. Y también somos hallados falsos

testigos de Dios: porque hemos testificado de Dios, que él haya levantado á Cristo: al cual empero no levantó, si es así que los muertos no resucitan." (I Corintios 15.14, 15.)

Se manifiesta en estas Epístolas que la creencia en la resurrección prevalecía universalmente en todas las iglesias cristianas, aun en aquellas que estaban tan distantes unas de otras, como las de Galacia, Corinto y Roma. Encontramos esta misma creencia en iglesias que Pablo no había establecido, así como en aquellas que habían sido fundadas por él, pues cuando escribió la Epístola á los Romanos aún no había estado en Roma.

Estas Epístolas demuestran que todos los apóstoles (entre quienes Pablo menciona á Pedro, Santiago y Juan como apóstoles con quienes tuvo entrevistas personales) sostenían que su Señor había resucitado de entre los muertos, y que le habían visto y hablado con él después de su resurrección. (Gálatas 11.9; I Corintios 15.5.) La primera Epístola á los Corintios muestra que cuando fué escrita vivían aún nada menos que doscientas cincuenta personas que aseguraban haber visto á Jesús después de su resurrección. (I Corintios 15.6.)

Es, además, una verdad inconcusa que parti-

darios de todos los credos y opiniones, por más que difieran en otros particulares, aceptaban como cierta la resurrección de Jesús. Las Epístolas á los Corintios y á los Gálatas son documentos de controversia, mas en ellos San Pablo resiste á sus impugnadores apelando á la resurrección de Jesús como el axioma central de la fe, de tal manera establecido y confirmado que toda disputa debería terminar al entrar en los dominios de esa verdad. En la iglesia de Corinto había partidos que con tenacidad le contrariaban. Algunas de esas facciones se agruparon al rededor de Apolo, Pedro y "Cristo." Una de ellas llevó su oposición al grado de poner en duda su autoridad apostólica, porque no había sido él personalmente uno de los compañeros de Jesús, que le habían visto después de su resurrección. Resiste el ataque preguntando con ardor, "¿No he visto á Jesucristo el Señor nuestro? (I Corintios 9.1.) Ya sea que estas palabras prueben ó no que Pablo había realmente visto al Salvador después de su resurrección, sí confirman la verdad de que sus antagonistas creían que el Salvador se había levantado de entre los muertos, que todos los apóstoles le habían visto, y que haber visto al Señor resucitado era uno de los requisitos necesarios para el apostolado. De otra ma-

nera la cuestión caracería de toda fuerza en la controversia.

En las iglesias gálatas había una facción que no sólo ponía su apostolado en tela de duda, sino que sostenía una doctrina tan distinta y diametralmente opuesta á sus enseñanzas, que el apóstol la llegó á llamar "otro Evangelio." (Gálatas 1.16.) Al combatirlos afirmó Pablo, como ya se ha dicho, que la autoridad de que estaba investido provenía de "Jesucristo y Dios el Padre, quien lo levantó de entre los muertos."[1] Si la creencia de San Pablo y la de sus antagonistas no hubiera estado completamente de acuerdo respecto á la resurrección, ninguno que estuviese en uso cabal de sus sentidos hubiera lanzado un reto como el que contienen estas palabras, y el cual se halla enunciado con igual fuerza en otros pasajes de la Epístola." Además en su Epístola á los Gálatas, Pablo expresa su completa armonía con Pedro, Santiago y Juan, y desafía á sus contrarios, quienes procedían de las iglesias donde estos apóstoles vivían y trabajaban, á que probasen lo contrario. Este hecho viene á comprobar que la creencia en la resurrección de Jesús, la

---

[1] "Evidencias Históricas de la Resurrección de Jesucristo," página 20.

cual prevalecía en Corinto, Roma y Galacia, imperaba también en las iglesias de Antioquía y Jerusalén. (Gálatas 11.11, 12.)

Queda, por lo tanto, mostrado hasta la evidencia, que la creencia en la resurrección de Jesús no es una invención de últimas fechas en la historia del Cristianismo, sino una verdad aceptada por las iglesias más antiguas, aun por la Iglesia de Jerusalén, la ciudad donde tuvo lugar el gran portento, y donde residían testigos oculares que decían haberle visto después de su muerte, y donde moraban acérrimos enemigos de la fe, personalmente interesados en negar la veracidad del suceso, si les hubiera sido posible.

Del contenido de las cuatro Epístolas se deduce claramente que dentro de unos cuantos meses después de la crucifixión, la Iglesia debe haber sido reconstruida sobre la creencia fundamental de que el Mesías crucificado se había levantado de entre los muertos.[1] Es evidente que el intervalo de tiempo comprendido entre la crucifixión y la reconstrucción de la Iglesia no puede haber sido más que unos cuantos meses ó semanas, pues como asegura Row: "Si el intervalo se hubiera

---

[1] "Evidencias Históricas de la Resurrección de Jesucristo," por Row, pág. 27.

prolongado mientras se arraigaba la creencia, la Iglesia habría perecido en el sepulcro de su Fundador."

Al considerar estos datos acerca de la fe primitiva y del establecimiento de la Iglesia, sólo tres teorías se pueden deducir:

1. La creencia en la resurrección fué fraude premeditado por los apóstoles y sus adictos del siglo primero.

2. Ó fueron engañados por alguna alucinación.

3. Ó Jesús en verdad resucitó de entre los muertos.

Consideremos estas alternativas en el orden que les corresponde.

Los primitivos cristianos carecían de la habilidad y no tenían motivo para inventar un fraude tan estupendo como el que implicaba la predicación de "Jesús y la resurrección." ¿Qué podían haber ganado en éste, ó en el otro mundo, con predicar que Jesús se había levantado de entre los muertos, si en realidad tal portento no se hubiese efectuado? Si sus asertos eran falsos, se hubieran hecho acreedores al odio de sus amigos, á la persecución de sus enemigos, al destierro, á la tortura y á la muerte, y todo esto sin ninguna esperanza de alcanzar el triunfo;

pues no debemos olvidar que cuando los apóstoles dieron principio á la obra que se les había encomendado aún no se vislumbraban los portentosos triunfos que el Cristianismo estaba destinado á conquistar al través de las edades. Sin la resurrección estaban destinados á sufrir el más lamentable de los fracasos, y expuestos al más grande de los fraudes. Nada absolutamente podían haber ganado en tal caso, y quedaban expuestos á perderlo todo. Esto era cierto, sobre todo, con respecto de San Pablo.

Además, ¿qué motivo pudo haberles impulsado á esforzarse por atraer á otros á su partido? Proponían á sus conversos (perversos si sólo se les conducía al fraude) las más rigurosas reglas de abnegación. Sin convencer á los hombres que la resurreción era un hecho, ¿cómo hubieran podido desarrollar vidas tan abnegadas?

"Si en verdad Cristo se levantó de entre los muertos, todo esto se explica con la mayor facilidad. Pues en tal caso podemos creer que, como se nos dice en Hechos 1.3, se mostró con pruebas infalibles despertando y confirmando en ellas la más completa confianza de que su maestro había vencido á la muerte.

Entonces sí podemos comprender el valor que

desafió las amenazas y el poder de los más poderosos en Jerusalén.

Hombres que el viernes vieron á Cristo pendiente de la cruz ó que supieron que había muerto, y que el domingo le vieron vivo y fuerte, bien podían haberse mostrado indómitos ante el peligro, pues su Maestro era á todas luces el Señor de la vida y de la muerte, y les había prometido estar con ellos hasta el fin. Al afirmar, sin ningún temor, que Cristo había resucitado, ante personas que por muchos motivos hubieran deseado imponerles silencio y que aparentemente poseían todo el poder necesario para ello, llevaban el convencimiento al ánimo de muchos. Y como lo demuestra el desarrollo del Cristianismo, muchos fueron persuadidos. Si Cristo resucitó, fácil es comprender cómo la obra de Pablo, aun cuando se reducía á perseguir á los cristianos, contribuía á su propia conversión.

Pues es fácil concebir que al escuchar sus declaraciones francas y sinceras, y sus relaciones acerca de las enseñanzas de Cristo, encontrase mayor dificultad para contrarrestar la evidencia incontrastable que cada día conquistaba terreno respecto del Crucificado como el Salvador prometido. La convicción cuyos albores comenzaron pronto á iluminar el camino, preparaba el

ánimo para la crisis que debería confirmar la verdad. Así es que, la resurrección de Cristo explica abundantemente el desarrollo del Cristianismo primitivo. Explica también los efectos del Evangelio en el mundo.[1]

Por otra parte, dichos efectos no pudieron haber sido producidos por hombres que tenían la conciencia de estar propagando un fraude. La falsedad no puede ser nunca tan poderosa ni benéfica. De otra manera no valdría la pena cultivar la honradez, la sinceridad ni la veracidad; porque si Cristo no resucitó de entre los muertos, entonces el fraude y la mentira hicieron más en pro de la humanidad en una gran crisis histórica que cuanto la sinceridad y la verdad habían hecho hasta entonces. No puede sostenerse la teoría de que la creencia en la resurrección se debe á un fraude.

¿Se explica más satisfactoriamente con la teoría de que fué una alucinación, la creencia en la resurrección, que se extendió por todas partes en menos de treinta años después de la crucifixión, como lo muestran las Epístolas de San Pablo á los Romanos, los Corintios y los Gálatas.

No hay que tomar á lo serio la infundada ver-

---

[1] "Credenciales del Evangelio," por Beet, págs. 122 y 123.

sión propalada por aquellos que sostienen que Jesus no murió en la cruz, sino que fué arrebatado del madero durante un síncope, y que al recobrar sus sentidos logró alejarse á un lugar de retiro. Absurdas por demás, inconcebibles, son las suposiciones sobre que descansa tan mal urdida teoría. Creer que Jesús, el sér más bueno que hayan contemplado las edades, consintiera en que sus discípulos fueran víctimas de tan lamentable engaño, pugna contra el buen sentido; creer que un hombre exhausto escapa á la vigilancia de sus enemigos, remueve la pesada mole que cierra la puerta del sepulcro, induce á unos cuantos de sus amigos á que se presten á cometer un fraude, y le ayuden á ocultarse; que logra ocultarse de tal manera que todas las influencias odiosas que le condenaron á la crucifixión fracasan en sus esfuerzos por encontrarle; que engaña á la mayoría de sus amigos, y que desde su escondite les inspira tal confianza en su resurrección, que recorren toda la Galilea convirtiendo á hombres de la talla de Saulo de Tarso, y dan origen á todo un mundo nuevo, basados siempre en una impostura que ni la gente poseída de mayor simpleza aceptaría por un solo momento; y creer que todo eso se haya efectuado sin la connivencia de sus enemigos, y con el apoyo de ami-

gos que no están dementes ni impulsados por la falsedad, es una verdadera imposibilidad dentro de los límites de la sana razón. Proponer nociones tan forzadas como las que implica el sostenimiento de esta teoría, para explicar los fenómenos religiosos del siglo primero, es mostrar una credulidad fenomenal en el siglo XIX ó XX. Es mucho más fácil creer que Dios, habiendo encarnado, vivió entre los hombres, murió y resucitó, y que mediante su poder ha dado origen á los sucesos históricos desarrollados después de la vida y muerte de Jesús de Nazaret; que creer que un carpintero judío, que recobró sus sentidos después de un desmayo sufrido en la cruz, haya logrado escapar del sepulcro, y después imponer á la humanidad una fe absoluta en su resurrección.

Mas ¿qué conceptos debemos formarnos acerca de la "teoría de las visiones" expuesta y defendida por Renán y algunos otros, para explicar la fe en la resurrección, la cual, según las cuatro Epístolas de San Pablo, se generalizó tan pronto después de la crucifixión?

Según esta teoría, la creencia en la resurrección de Jesús, que se propagó tan pronto después de la crucifixión, fué debida á que ciertos discípulos de Jesús sufrieron simultáneamente alucina-

ciones, equivocando apariciones visionarias, producto de su endeble imaginación, por realidades objetivas, hasta llegar á creer que en verdad lo habían visto y habían conversado con Él después de la resurrección.

Conviene advertir, al colocar esta teoría sobre el tapete de la discusión, que si fuera cierto el engaño que aquellos individuos sufrieron, es del todo singular. Otros han creído ver espíritus-fantasmas en forma humana. Pero ninguno, á excepción de los mencionados discípulos, ha sostenido haber visto á un hombre y hablado con él después de su muerte, no como si se tratara de un espíritu, sino como quien habla con alguien que en realidad posee cuerpo y alma.

Aquellos Galileos carecían de las condiciones mentales que se requieren para tales alucinaciones como las que la "teoría de las visiones" atribuye á los primeros discípulos de Jesús. Una de tres condiciones mentales que debe existir antes de que la mente sea susceptible de alucinaciones: *la preocupación*, *una idea determinada ó un estado de expectación*. Lejos de que estas condiciones hayan existido en la mente de los primitivos discípulos, no sólo se nota la falta de toda evidencia que pudiera mostrar la probabilidad de tales condiciones mentales en ellos, sino que sobra razón

para creer que nada hubiera sido más improbable, tanto respecto de ellos como acerca de cualquier otro judío en aquella época. Las "preocupaciones," dado el caso de que hubiesen existido en el cerebro de aquellos discípulos, forzosamente habrían surgido del concepto de un Mesías revestido de un carácter político, á quien no hubiera sido fácil dar muerte, más bien que de la idea de un Mesías espiritual destinado á morir y á resucitar de entre los muertos. Sus "ideas determinadas," si las hubieran poseído, habrían sido conforme á los conceptos carnales de su generación. Su "expectación" era la misma con que comulgaba el pueblo de Israel. Jesús resucitado destruyó los hábitos mentales de toda una generación. Hizo que se estrellaran todas las esperanzas terrenales que abrigaban sus conciudadanos, y les encomendó una obra que los judíos inconversos nunca se habían imaginado; obra á la cual ellos mismos se oponían cuando les fué propuesta. Las enseñanzas de los judaizantes, según las Epístolas de San Pablo á los Gálatas y los Corintios, indican la dirección que las alucinaciones de los apóstoles hubieran tomado en caso de que las hubiesen poseído. La simplicidad del Evangelio era como una ofensa para los judaizantes. Anhelaban un Dios más judío que Jesús.

Además, ¿cómo se explica el hecho de que la forma de alucinación se haya posesionado de tantos cerebros y de personas tan distintas al mismo tiempo? El impulsivo Pedro, el cariñoso Juan, el severo Santiago, el incrédulo Tomás y más de quinientas otras personas, afirma San Pablo, sostuvieron haber visto á Jesús resucitado. ¿Acaso hubiera sido posible que todos los adeptos de Jesús se entregasen á la práctica de ver visiones, todas del mismo género, y que todos las equivocasen por realidades? ¿Qué hay en la vida de Jesús que pudiera haberles atraído hasta formar una agrupación considerable de hombres y mujeres adictos al hábito de alucinamiento, todos los cuales siguen el mismo sentido?

Aún más, si las apariciones de Jesús fueron puramente visiones, ¿por qué cesaron dentro de un lapso de tiempo tan limitado después de la crucifixión, supongamos cuarenta días? ¿Qué pudo haber curado á los visionarios de sus alucinamientos tan súbitamente? ¿Cómo es que fueron curados simultáneamente? ¿Por qué duró tan corto tiempo aquel desvío de la imaginación? Sus visiones, si hubiesen sido sólo el producto de la imaginación y del entusiasmo, debieran haber impartido mayor intensidad á la excitación emocional de donde emanaron, y así se hubieran mul-

tiplicado y continuado mientras aquellos cerebros desequilibrados hubieran poseído material para la producción de tales fenómenos. Pero todo cesó á un tiempo. Tal fenómeno es contrario á toda experiencia humana y contrario á todas las leyes de la mente. La teoría de las visiones es increible.

Jesús debe haber resucitado de entre los muertos, ó las verdades enunciadas por San Pablo en sus Epístolas á los Romanos, los Corintios y los Gálatas, verdades que nadie es capaz de negar, son inexplicables. Esta conclusion vendrá á quedar más bien confirmada por las consideraciones expuestas en el capítulo siguiente.

L. OF C.

VII

CONTINUA EL TESTIMONIO DE SAN PABLO. SU VERACIDAD CONFIRMADA POR LA EXISTENCIA DE LA IGLESIA Y LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO

"Y si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicación."—*San Pablo.*

"Las palabras 'Cristo ha resucitado' merecen toda nuestra atención, y debieran escribirse con letras grandes. Sí, cada letra en esa frase debiera ser tan grande como un templo. Y aún más, tan alta como el cielo, tan ancha como la tierra, de tal manera que no pudiéramos ver nada, ni oir, ni pensar, ni saber nada que no estuviese relacionado con tan grande verdad."—*Martín Lutero.*

"La cual obró en Cristo, levantándole de entre los muertos y colocándole á su diestra en los cielos, sobre todo principado, y potestad, y potencia, y señorío, y todo nombre que se nombra no sólo en este siglo, mas aun el venidero; y sujetándole todas las cosas para la Iglesia, la cual es su cuerpo, de plenitud de aquel, que lo llena todo en todo."—*Epístola á los Efesios.*

VII

CONTINÚA EL TESTIMONIO DE SAN PABLO. SU VERACIDAD CONFIRMADA POR LA EXISTENCIA DE LA IGLESIA Y LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO

Es evidente, á juzgar por las cuatro epístolas de San Pablo, cuya veracidad está fuera de toda duda, que dentro de unos cuantos meses después de la crucifixión se reconstruyó la Iglesia sobre la base que proporcionaba la creencia en la resurrección de Jesús. Es necesario, por lo tanto, que aquellos que atribuyen esta creencia en su resurrección al fraude ó alucinamiento de parte de los discípulos expliquen de alguna manera no sólo tal creencia, sino también el hecho de que sobre ella se haya fundado la Iglesia. He aquí no sólo un credo, sino una institución. Mientras el credo pasaba por el período de su formación y conquistaba nuevos conversos, á la vez que nuevos artículos, había que retener á los primeros adherentes que confiaban desde antes de la crucifixión en un Mesías temporal y político, y finalmente inducirlos á que depositaran su confianza en un Mesías espiritual. Y fué que no sólo permanecieron fieles aquellos miembros

fundadores del reino cristiano, después de la muerte de Jesús, fidelidad que nunca hubieran mostrado si no hubiera efectuádose la resurrección; más por el contrario, su número aumentó admirablemente. Muchos de aquellos que se habían manifestado como acérrimos enemigos del Maestro y de sus discípulos se convirtieron en sus más devotos amigos y ardientes defensores de su resurrección. Así vemos que la institución que llamamos Iglesia surge hermosa y grande sobre el sepulcro de Jesús.

Los hombres á veces han señalado las pretendidas revelaciones del Espiritismo como un paralelo á la creencia de los primitivos discípulos en la resurrección. Pero ¿qué sistema de verdades ha producido el espiritismo que sea comparable con las doctrinas sostenidas por la Iglesia y expuestas en las cuatro epístolas de San Pablo, y qué institución ha creado ó qué influencia ha ejercido para renovar al mundo ó impartir nueva vida á la humanidad? "Nada ha hecho el Espiritismo con todo su pretendido poder para penetrar los secretos del mundo invisible y otros prodigios semejantes. Mas respecto del Evangelio de la resurrección el gran misionero pudo escribir á aquellos que poseían conocimientos positivos de los sucesos que trataba en la prime-

ra de sus cartas sobresalientes, fechada sólo veintitrés años después de la crucifixión, como sigue: Sin cesar acordándonos de vuestra obra de fe, y trabajo de amor, y paciencia de esperanza en el Señor nuestro Jesucristo, delante del Dios y Padre nuestro . . . por cuanto nuestro Evangelio no vino á vosotros en palabra solamente, mas también en potencia, . . . y vosotros fuísteis hechos imitadores de nosotros y del Señor, . . . y de qué manera fuisteis convertidos de los ídolos á Dios para servir al Dios vivo y verdadero; y para esperar á su Hijo de los cielos, al cual él levanto de los muertos, es, á saber, Jesús."[1] Ninguna comparación justa puede establecerse entre el espiritismo árido y estéril, capaz sólo de producir ignorancia y superstición, y la fe fértil y fertilizadora que ha venido á renovar la faz del orbe con los productos de la Iglesia cristiana y de la vida basada en la fe del Salvador.

Y á propósito de las consideraciones sobre estas verdades, según la exposición de ellas que hace San Pablo en sus indisputables epístolas, conviene observar cómo continuaron surgiendo verdades semejantes á éstas en los días subse-

---

[1] "Evidencias Históricas de la Resurrección de Jesucristo," por el canónigo Row, páginas 44 y 45.

cuentes á la crucifixión. Tácito, Suetonio y Plinio todos están de acuerdo en que el Cristianismo prevalecía extensamente en la época en que vivieron, y de paso observaremos que los más incrédulos respecto de las memorias escritas por Mateo, Marcos, Lucas y Juan reconocen sin vacilaciones la veracidad de estos historiadores paganos. Tácito, escribiendo en el siglo primero, llama á los cristianos de Roma "ingens multitudo," esto es, "una gran multitud." En una carta que Plinio el joven dirigió al Emperador Trajano, á principios del siglo segundo, dice: "El contagio de esta superstición no sólo ha invadido las ciudades, sino también las villas y las aldeas." Da á entender que hasta que la persecución no vino á limitar el desarrollo del Cristianismo, los templos paganos permanecían "casi desiertos," sus solemnidades pasaban por "largos períodos de suspensión," y las víctimas para sus altares "carecían de compradores." La creencia y la Iglesia que surgieron tan pronto después de la resurrección no habían disminuido en fuerza al cabo de un siglo, sino que por el contrario, se habían desarrollado y robustecido. Y aquellas mismas potencias han continuado hasta nuestros tiempos, adquiriendo cada día mayor vigor.

El Cristianismo no es una cifra que disminuye

en valor, sino una potencia que aumenta constantemente. Fué introducido en el mundo por instrumentos humanos, los más débiles y menospreciados. Ha triunfado sobre toda oposición. Nunca ha hecho concesiones al pecado ni al egoísmo; no ha confiado en la instrumentalidad de la fuerza ni en la sabiduría de los hombres para abrirse paso en el mundo; ni ha aprovechado ninguna corriente favorable de la opinión pública entre los judíos ó entre los paganos. Purificó á los judíos, despojándolos de sus egoísmos, y expurgó á los paganos de su corrupción moral y de sus groseras idolatrías.

Si Cristo no ha resucitado, estos efectos son del todo inexplicables. Ni la solución que de ellos ofrece Gibbon, según la encontramos en la exposición original de aquel historiador escéptico, ni la revisión que de la misma solución hace Lecky, satisfacen los requisitos de una explicación adecuada de los mencionados resultados. Gibbon atribuye el rápido crecimiento del Cristianismo al "celo" desplegado por los primeros cristianos, á la "doctrina de la vida futura," al "poder que para efectuar milagros poseía la Iglesia primitiva," á "la moral pura y austera de los primeros partidarios de la fe," y á "la unión y disciplina de la república cristiana." Mas, como

observa el canónigo Liddon: "Cada una de estas causas señala una causa fuera de sus propios límites. Si el celo de los primeros cristianos era, como Gibbon lo quiere, un hábito fanático de la mente heredado del Judaísmo, ¿cómo es que no solamente sobrevivió, sino que llegó á adquirir mayor y nueva intensidad cuando el estrecho y limitado nacionalismo que lo promovía en el ánimo de los judíos, fué renunciado por completo? ¿Qué fué lo que impartió tanto celo á los primeros cristianos cuando vivían rodeados de lasitud? ¿Qué les hizo ser santos cuando en su rededor imperaba la corrupción? ¿Por qué habría de tener la doctrina de la vida venidera un efecto tan distinto cuando la proclamaban los apóstoles, al que producía la misma doctrina enseñada por Sócrates ó Platón ó por cualquiera otro de los filósofos paganos? ¿Cómo se explica el que unos cuantos pescadores ó mercaderes hayan sido capaces de fundar una organización universal suficientemente elástica para poder adaptarse á los más variados genios de la raza humana, y suficientemente uniforme para presentar en todas partes de una manera visible una entera identidad? Si los milagros de la Iglesia primitiva ó algunos de ellos eran genuinos, ¿de qué manera pueden contribuir para explicar la *naturalidad*

del desarrollo del Cristianismo? Si todos eran falsos, cuán extraordinario resulta el espectáculo que ofrece un triunfo moral, tal cual Gibbon reconoce el del Cristianismo, conquistado por medio de una imposición tan grande y odiosa!"[1]

Lecky, en su "Historia de la Moral Europea," atribuye el éxito admirable del Cristianismo á "los elementos del poder y la atracción" que en él se hallan combinados; á su independencia de toda "liga local;" á la fuerza con que apela á los afectos; á su "sistema de ética tan bello y tan elevado;" á sus "doctrinas de fraternidad," y de la "suprema santidad del amor;" á sus "ideales de compasión y de ternura;" y á "la afinidad de sus enseñanzas con la naturaleza espiritual de la humanidad." Mas estos tan elevados característicos del Cristianismo son en sí efectos que requieren explicación. No pueden ser la causa final de la religión que los produjo. Lecky meramente analiza el misterio y enumera algunas de sus partes; mediante la subdivisión del milagro, multiplica los prodigios que requieren su explicación.

Sean cuales fueren los agentes, humanos y sobrehumanos, que efectuaron los primeros y los

---

[1] "Conferencias de Bampton," por Liddon, págs. 135, 136.

posteriores triunfos del Cristianismo queda en pie la verdad de que tales resultados habrían sido imposibles si Jesús no se hubiera levantado de entre los muertos. Tal era la importancia que este suceso revestía, que de no haberse efectuado, el fracaso hubiera sido seguro. El Cristianismo, fuerte y persistente, desde unos cuantos meses después de la crucifixión, es la mayor prueba, visible y creciente, de que Jesús resucitó. Porque sus primeros discípulos "creyeron, como nosotros también creemos, que él era Dios en forma de siervo, y semejante á los hombres pecadores, por eso los judíos aceptaron á un galileo mártir, como su Mesías, y griegos y romanos á un judío crucificado como su Dios, y las fieras hordas del septentrión cambiaron sus divinidades guerreras por un Cristo de paz y revestido de humildad. Y ¿qué es lo que los modernos teóricos nos invitan á creer? Nos invitan á creer que hace como mil ochocientos años vivió en la más despreciable villa de la provincia más despreciable de un país conquistado, un hombre y (aquí suplico al lector se sirva perdonar expresiones que un cristiano con justicia pronuncia con temblor)—un hombre ignorante y no exento de pecado—hijo de padres rústicos, y quien, después de haber vivido por espacio de treinta años

en medio de la más completa obscuridad, como un simple carpintero, se presentó ante el mundo predicando una doctrina que carecía de originalidad, doctrina que resulta á veces contradictoria, siempre defectuosa, exagerada é impráctica; y que cuando este beato fantástico, medio soñador, medio embaucador, obró de tal manera en contraposición con sus más claras enseñanzas, que fué condenado á sufrir muerte ignominiosa, acusado de traición y blasfemia, sus discípulos falsificaron los acontecimientos de su vida ordinaria, y aunque eran hombres cuyas vidas y enseñanzas mostraban que preferían la muerte á la mentira; sin embargo, transformados repentinamente por este fracaso completo y muerte ignominiosa, de cobardes fugitivos en intrépidos misioneros, inventaron ó se imaginaron una relación acerca de su resurrección, en comprobación de la cual siempre estaban dispuestos, con su entusiasmo mal entendido, á encararse con las fieras y á marchar con serenidad hacia la hoguera; y que sobre enseñanzas tan desprovistas de verdad y sobre una narrativa tan mal inventada se fundó una Iglesia, la cual, después de diez y ocho siglos, permanece aún invencible en proporción con su fe y su pureza, levantándose sobre las mismas bases las instituciones de un sincero reino de Dios, el cual

"con el poder irresistible de la debilidad," surgiendo entre un judaísmo carcomido y un paganismo culpable, revolucionó y venció al mundo."[1] Tales teorías no son otra cosa que "un amontonamiento incongruente de absurdos é imposibilidades." La historia, tanto la antigua como la moderna, confirma la resurrección de Jesús.

En la conferencia de Fernly, de 1889, encontramos esta conclusión en las siguientes palabras:

"Si Cristo no resucitó, un engaño ha salvado al mundo.

"En tiempo de Cristo, el mundo aparentemente sin esperanza, se hundía en un caos social. Gradualmente hemos visto una vida surgiendo del caos, hasta que al fin ha llegado á extenderse por casi todo el orbe. Las naciones que la han recibido marchan hoy á la vanguardia del progreso, y en ellas, las otras naciones que más prometen, han fijado sus miradas. En la vida social de nuestro país se palpa la influencia moral del Cristianismo. Removidas estas influencias quedaría en la vida actual un vacío imposible de llenar.

---

[1] "Testigo de la Historia á Cristo," por Farrar, páginas 86 y 87.

"Todos estos resultados provienen de la predicación de hombres que, despojados del valor que les inspiró la creencia de que su Maestro resucitó de entre los muertos, nunca se hubieran atrevido á predicar, ó con toda seguridad no hubieran consagrado sus vidas á la propaganda del Evangelio. Con mayor especialidad se deben estos resultados á la predicación de uno que mostró pruebas de la fuerza y sinceridad de sus creencias, abandonando á la mitad de su carrera la compañía de los asesinos de Cristo, para unirse al grupo de cristianos perseguidos.

"Ahora pues, si Cristo de hecho no resucitó, esta creencia resultó ser un engaño, engaño el más estupendo de cuantos han nublado la mente falible del hombre, pues no sólo indujo á sus primeras víctimas á ver con indiferencia los sufrimientos, el peligro y la muerte; sino que desde entonces hasta hoy, ha sometido á su dominio los intelectos más brillantes y los caracteres más dignos. Fuera de toda duda ocupa un lugar sin paralelo entre los engaños que ha sufrido la humanidad.

"Ese engaño ha salvado al mundo. Porque, como hemos visto, si los primitivos predicadores del Evangelio no hubieran sido engañados respecto de la resurrección de Cristo, nunca ha-

brían predicado, ni se hubieran establecido las iglesias cristianas, ni existiría el Cristianismo, el poderoso influjo que ha salvado al mundo no hubiera venido á la vida, y el mundo irremisiblemente se habría perdido.

"Si esto es cierto, tenemos para con el engaño y el error una inmensa deuda.

"Afortunado en verdad fué para el mundo el que los primitivos cristianos se dejasen llevar tan fácilmente por las creaciones de su propia imaginación. Si Pedro y Juan hubiesen sido de temperamento más reposado, de seguro, en vez de predicar que Cristo había resucitado, hubieran buscado su tumba, y cerciorádose de que su cuerpo estaba allí aún, ó habrían encontrado que no había sido entregado á sus amigos (como se expresa claramente en cada uno de los cuatro Evangelios), sino que se había confundido entre las fosas que guardaban los restos de los criminales. En tal caso hubieran triunfado por completo Anás y Caifás, los pescadores galileos hubieran vuelto á sus redes, y Jesús hubiera pasado á la historia como el último de los grandes profetas.

"En buena hora para el mundo el distinguido discípulo de Gamaliel se dejó engañar tan fácilmente por los pescadores de Genesaret. Si el autor de la Epístola á los Romanos hubiera es-

tado dotado de armas semejantes á las que esgrimen los críticos modernos, no sólo hubiera escapado él mismo, sino que habría hecho mucho por echar por tierra el engaño de que se le hizo víctima. Hubiera perseguido á los cristianos hasta el fin; ó, en caso de mayor ilustración, hubiera explicado á Pedro y á Juan que la verdadera grandeza de Cristo estribaba no en la supuesta resurrección ni en la dignidad sobrenatural que se le atribuía, sino en la pureza de su vida y lo elevado de sus enseñanzas morales. O, lo que es más probable, les hubiera indicado el sepulcro cerrado que guardaba los restos de su Señor. El resultado es fácil de adivinarse. En aquel sepulcro, y entre la burla de los enemigos de Cristo, se hubiera sepultado la esperanza del mundo.

"Bien clara es esta alternativa que nos confronta. Si Cristo no resucitó, en obediencia á una fuerza superior á las que obran en el mundo material, justificando así la magnitud de sus pretensiones, resulta que un engaño ha venido á cambiar el curso de la historia humana y á salvar al mundo. De ser cierta tal suposición, habría que convenir en que en la crisis suprema de la historia del mundo el engaño ha sido mejor que la realidad, y el error mejor que la mentira. Si aceptamos esta suposición, queda justificado todo

aquel que prefiera el engaño á la realidad y que anteponga el error á la verdad.

"Observemos en seguida la consecuencia lógica de la única alternativa que confronta á aquellos que niegan ó dudan que Cristo haya resucitado. En todas las edades, el hombre ha buscado el saber, y alguno ha llegado á considerarlo como el fin supremo de la vida, creyendo firmemente que el conocimiento de la verdad contribuye en gran manera al bienestar del hombre, y que la verdad es capaz de recompensar cualquier sacrificio que su adquisición requiera. La majestad de la verdad está ahora destrozada, pues hemos visto que puede ser ganancia ó bien puede también dar origen á un perjuicio inmenso. Tal incertidumbre hace del saber un objeto indigno de cualquier esfuerzo serio, con tanta más razón al tratarse de un esfuerzo difícil, prolongado y costoso. Así, pues, en la tumba de Cristo se halla sepultada, no sólo la mejor esperanza del mundo, sino también el mayor estímulo para las investigaciones de la inteligencia."[1]

No es posible aceptar una teoría que de tal manera afecta á la Esperanza y aflige á la Verdad. No podemos abandonar aquellas figuras angéli-

---

[1] "Credenciales del Evangelio," por J. A. Beet.

cas, como María, derramando llanto ante el sepulcro en las primeras horas de la mañana, y exclamando: "Han llevado á nuestro Señor, y no sabemos dónde le han puesto." La voz de la historia las consuela con autoridad y ternura, asegurándoles que el Señor ha resucitado, y que se apareció á Simón, y á Santiago, y á todos los apóstoles, y á Pablo, y á más de quinientas personas á la vez, y que había mostrado ser poderoso para salvar, según lo atestigua una gran multitud que nadie puede contar, de toda nacionalidad, y raza, y lengua.

Fuera de toda duda, Dios ha aparecido entre los hombres en Jesús de Nazaret, quien padeció bajo el poder de Poncio Pilato; fué crucificado, muerto y sepultado; al tercer día resucitó de entre los muertos y subió al cielo," dejando tras de sí sobre la tierra una estela de gloria. Sombrío en verdad sería este mundo, si esto no fuera cierto. Toda luz desaparecería, y aun el amor á la luz amenguaría. Si el primogénito del cielo hubiese muerto para no levantarse jamás, densas tinieblas hubieran envuelto la tierra, para no disiparse nunca, y una inmensa honda de tristeza hubiera inundado el orbe entero. Mas al levantarse de entre los muertos, Cristo trajo la vida y la inmortalidad á la luz, y el gozo y la esperanza brillan por doquiera.

VIII

¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? ¿RESUCITÓ JESÚS DE ENTRE LOS MUERTOS? EL TESTIMONIO DE LOS EVANGELISTAS

"Á este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos."—*San Pedro.*

"Entonces viendo la constancia de Pedro y de Juan, sabido que eran hombres sin letras é ignorantes, se maravillaron: y los conocían que habían estado con Jesús." —*Actos 4.13.*

"Y los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con grande poder; y gran gracia estaba sobre todos ellos."—*Actos 4.33.*

"Quien ante la evidencia de los hechos se niegue á creer en la resurrección de Cristo, no se convencería de tal verdad si él mismo se levantase de entre los muertos."—*Dr. Roberto South.*

VIII

¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? ¿RESUCITÓ JESÚS DE ENTRE LOS MUERTOS? EL TESTIMONIO DE LOS EVANGELISTAS

En las páginas precedentes no se ha tomado en consideración el testimonio de los evangelistas, y para probar la veracidad de la resurrección de Cristo hemos basado toda nuestra argumentación en las indisputables Epístolas de San Pablo. Establecido así, independiente del testimonio de los Evangelios, el hecho de que Jesús se levantó de entre los muertos, queda excluída toda presunción contra la credibilidad de su contenido por motivo de los milagros allí enarrados, y bien podemos ahora considerarlos como documentos históricos.

Consideremos en primer lugar las evidencias de su legitimidad y autenticidad, así como tomaríamos en consideración la legitimidad y autenticidad de Josefo, ó de Livio, ó las obras de cualquier otro autor antiguo ó moderno.

Como punto de partida de nuestra argumentación conviene tomar el año de 180, pues tanto creyentes como profanos reconocen el hecho de

que por aquel tiempo los cuatro Evangelios, tal cual existen hoy, eran universalmente aceptados en todas las iglesias como la única reseña válida de la vida terrenal de Jesús. En aquel entonces estos libros se reverenciaban como escrituras sagradas, y como autores de ellas se reconocían á Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Si estos documentos resultan falsos, el fraude fué cometido en la primera mitad del siglo segundo.

San Juan murió por el año 100. Es evidente que durante su vida ningún Evangelio espurio, conteniendo datos falsos acerca de la vida de Jesús, y pretendiendo pasar por obra de él mismo ó de sus compañeros, pudo haber merecido aceptación general. Surge entonces la pregunta, ¿aparecieron tales documentos falsos entre el año 100 y el de 180, en la cual última fecha los actuales Evangelios eran universalmente aceptados por las iglesias?

Antes de aducir un testimonio personal en contestación á esta pregunta, resulta oportuna y de importancia una observación general. Las obras literarias en épocas cuando todo libro debía copiarse en manuscrito, se propagaban con una lentitud inconcebible en estos tiempos en que la imprenta hace prodigios. La multiplicación y reparto de ejemplares de cualquiera obra hubie-

ra requerido años para alcanzar la circulación que los Evangelios tenían por el año de 180. Y sólo obras de la más alta importancia podían propagarse por aquel tiempo. Si se conceden veinte años para dar la circulación que merecía una obra, en el caso de los Evangelios esto vendría á ser un período relativamente corto, queda reducido el lapso de tiempo de ochenta á sesenta años, durante el cual, si fueron escritos por impostores, deben haber sido producidos. Mas hay testimonios positivos y que prueban de la manera más convincente que los Evangelios universalmente aceptados en el año de 180 habían sido reconocidos desde los días de los apóstoles, y no eran otros que los documentos que nosotros conocemos.

El testimonio de Ireneo, Obispo de Lyón, es de primera fuerza. Este eclesiástico conocía á Policarpo, aquel á San Juan y á otros que habían visto al Señor. Discutiendo con Florinio, uno de sus primitivos amigos, quien había incurrido en la herejía, contraria á las enseñanzas de los "ancianos que también eran discípulos de los apóstoles," dice: "Lo recuerdo tan bien que puedo describir el lugar mismo en que Policarpo solía sentarse cuando pronunciaba sus discursos, y sus entradas y salidas, su manera de vivir, su as-

pecto personal, sus conferencias públicas, y cómo describía sus relaciones con Juan y con otros que habían visto al Señor, y cómo refería sus palabras."

¿Es probable ó posible que Ireneo hubiese aceptado la legitimidad ó autenticidad de Evangelios espurios, especialmente el que se atribuye á Juan, del cual Policarpo nada sabía, y por tal motivo nunca reconoció? ¿Puede haber sido engañado Policarpo sobre el asunto de tanta importancia, y si no sufrió engaño, pudo su discípulo, el cual conserva tan vivos recuerdos acerca de él, incurrir en un engaño? Escuchemos lo que sobre el particular dice Ireneo. En una gran obra titulada: "Contra las Herejías," donde se refiere al Nuevo Testamento con tanta frecuencia y con la misma reverencia que cualquier teólogo moderno de la escuela más ortodoxa, sostiene aludiendo á los cuatro Evangelios, lo siguiente: "Es tan firme el terreno sobre que descansa, que aun los mismos herejes dan testimonio de ellos, y, partiendo de estos documentos, cada uno de ellos trata de establecer su propia doctrina."[1]

---

[1] "Contra las Herejías," por Ireneo. Vol. I, página 292.

En el mismo pasaje de donde tomamos esta referencia, se citan los cuatro Evangelios designándolos con los nombres de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y se asegura que sólo puede haber cuatro Evangelios. La razón fantástica que da en apoyo de su aserto acerca del número, en nada debilita la fuerza de su testimonio respecto de su existencia; antes bien los robustece inmensamente, pues cuando algún hecho se toma como base para apoyar una teoría, el hecho mismo queda evidentemente fuera de toda disputa.

Además Clemente de Alejandría, quien presidió una gran escuela cristiana establecida en aquella ciudad, desde el año de 190 hasta el de 203, asegura que lo que le impulsó á escribir su "Stromata" fué el deseo de no olvidar en su vejez las relaciones que en su juventud escuchó de labios de aquellos que recibieron la tradición de su fe directamente de los apóstoles Pedro, Santiago, Juan y Pablo. En su obra, al referirse á una aclaración tomada de un evangelio apócrifo, sostiene que no se encuentra "en los cuatro Evangelios que se nos han transmitido."[1]

Á este mismo respecto habla Tertuliano de Cartago, que vivió por los años de 150 á 220 de

---

[1] "Stromata," III, 553. (Edición de Potter.)

nuestra era. En su tratado contra Marción afirma que los cuatro Evangelios han existido "desde el principio," y son "coetáneos con las iglesias mismas,"[1] refiriéndose particularmente á las iglesias fundadas por los apóstoles.

Pasemos á considerar el testimonio de Justino el Mártir. Por motivo de su credo cristiano sufrió el martirio por el año de 166 de nuestra era, después de haber hecho profundos estudios en varias escuelas de filosofía y haberse convertido al cristianismo en el año de 130. En su "Primera Apología" nos dice: "En el día llamado domingo todos los que residen en ciudades, ó en el campo, se reúnen en determinados lugares para escuchar la lectura de las *Memorias* de los apóstoles ó los escritos de los profetas." Y para explicar mejor lo que significa el término "memorias," agrega: "Los apóstoles, en las memorias por ellos escritas, que se llaman Evangelios, nos han trasmitido lo que ellos recibieron." En otra parte hace mención de ellas como "Memorias escritas por los apóstoles y sus adeptos." En sus escritos hay 196 referencias alusivas á hechos enarrados en los Evangelios de la actualidad, mostrando claramente la fuente de donde

---

[1] Adv. Marción, IV, 5.

tomó los conocimientos que poseía acerca de los tiempos apostólicos y la alta estima en que la tenía. El *Diatessaron* de Faciano, discípulo de Justino, demuestra que las *Memorias* á que se refiere, son los cuatro Evangelios. Taciano combina los Evangelios en una sola narración, formando una especie de armonía, la cual principia con el primer pasaje del Evangelio según San Juan, acerca del cual han surgido tantas controversias.

Pasando por alto la evidencia de la legitimidad que se puede aducir de las citas que de ellos hacen Policarpo y otros padres apostólicos, y del uso que de ellos han hecho los más distinguidos herejes, como Marción, en la primera mitad del siglo segundo, consideremos el testimonio de Papías, obispo de Hierápolis en Frigia, quien nació entre los años de 60 y 70 de nuestra era, y publicó una obra intitulada *Una Exposición de los Oráculos del Señor*, por el año 133 de nuestra era. Esta obra de Papías se ha perdido, habiéndose visto por última vez en la Catedral de Nismes en 1218. Pero á juzgar por el contenido de ciertos fragmentos que de la obra conservó Eusebio, resulta que Papías conocía á varios amigos íntimos de los primitivos apóstoles; que conoció á dos hijas del apóstol Felipe;

que llegó á tratar á dos discípulos directos del Señor; que procuró aprender de todas estas personas cuanto ellas sabían acerca del Salvador y todo lo que los apóstoles habían dicho acerca de Cristo; y que en su *Exposición* hizo uso de cuanto se le había dicho.[1] Este antiguo escritor dice, según citas de Eusebio, que Marcos, "en su capacidad de intérprete de Pedro, escribió con toda precisión cuanto le fué posible recordar, sin anotar, empero, con orden las palabras y hechos de Cristo; porque ni escuchó directamente al Señor, ni le siguió, sino que más tarde atendió á Pedro, quien adaptaba sus enseñanzas á las necesidades de sus agentes, mas no intentó hacer una reseña ordenada de los oráculos ó discursos del Señor. Por lo tanto, Marcos no cometió un error al asentar los sucesos tal cual los recordaba, pues se preocupó en gran manera de no omitir cosa alguna que llegase á sus oídos, ni anotar una sola observación falsa." Respecto al Evangelio según San Mateo dice: "Mateo arregló los oráculos del Señor en lenguaje hebreo, y cada cual los interpretaba como podía."[2]

Después de cuanto los críticos adversos han

---

[1] "Historia Eclesiástica," por Eusebio, IV, 30.

[2] "El Cristo Viviente y los Cuatro Evangelios," por el Dr. W. R. Dale, página 226.

hecho por debilitar el testimonio de Papías, continúa siendo una evidencia inamovible que establece con toda seguridad la existencia de estos Evangelios en los primeros años del siglo segundo, los relaciona directamente con su paternidad apostólica, y los coloca á igual altura que los oráculos divinos. Y "oráculos" fué el título con que desde un principio se designaron los libros sagrados. Para Pablo, las antiguas escrituras de los judíos eran "oráculos de Dios." Para Filo, el docto hebreo de Alejandría, las narraciones del Antiguo Testamento, así como las palabras de Jehová, eran "oráculos." Clemente de Roma también consideraba las Escrituras hebraicas como "oráculos de Dios." Y cuando confiere igual título á las narraciones de Mateo y Marcos, les atribuye la misma dignidad, la misma autoridad, la misma santidad, que se atribuía á los libros del Antiguo Testamento. ¿Será posible que libros tan estimados y reverenciados por Papías y sus contemporáneos, hasta por el año de 135 de nuestra era, pudieran haberse perdido por completo, y otros documentos de menor importancia haber usurpado sus títulos y ocupapado su lugar en las iglesias cristianas, todo en menos de cincuenta años? Esto es inconcebible. Sería tan factible su aceptación como creer que el

Código Napoleón vino á substituir á la constitución de los Estados Unidos, en la mente del pueblo, durante el lapso de tiempo transcurrido entre los períodos administrativos de los presidentes Jackson y Garfield, sin llamar la atención de la más encumbrada autoridad legal, ni despertar oposición alguna de parte de la nación.

Ahora bien, ante todos estos testimonios—las evidencias combinadas de Ireneo, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Justino el Mártir, Taciano y Papías, sin hacer mención de pruebas como las que se hallan en los escritos de Marción y en los documentos encontrados por Brienio en Constantinopla en 1881, titulados *Las Enseñanzas de los Doce Apóstoles*, los cuales nos remontan hasta el año de 140, y quizá hasta 120 de nuestra era—¿podremos dudar con fundamento que los Evangelios que eran universalmente aceptados en el año de 180, y los cuales han sido transmitidos hasta nuestra época, son genuinos y auténticos? ¿Acaso no se ha probado fuera de toda disputa que personas quienes llegaron á conocer á los apóstoles y á compañeros de labor de aquellos varones sostienen que los escritos apostólicos acerca de la vida de Jesús existían en su época, y desde el principio del Cristianismo? ¿Ó sería de admitirse que la Iglesia universal, inclu-

yendo iglesias tan distantes una de la otra como Hierápolis, Cartago, Alejandría, Lyons, Corinto y Éfeso, permitiese que las obras originales de los apóstoles perecieran, é incurriesen en la imperdonable falta de copiar y circular evangelios espurios como si fuesen "oráculos de Dios," de tal manera que ya por el año de 180 hubiesen desaparecido por completo los Evangelios auténticos? ¿Qué motivos pudieron haber causado tal revolución entre los inmediatos sucesores de los apóstoles en los primeros días del siglo segundo? ¿Qué hombres había entonces capaces de ejecutar obra de tal naturaleza? ¿Ó cómo se explica que personajes tan distinguidos lograsen ocultarse de tal manera que ninguno de los sabios de las edades subsecuentes, inclusive los críticos microscópicos del moderno racionalismo, haya logrado descubrirlos é identificarlos? ¿Cómo lograron efectuar tamaño fraude en una edad cuando no existía la prensa, y cuando pendolistas copiaron suficiente número de ejemplares del Evangelio para proveer á todas las iglesias, si hubiera sido tan fácil descubrir el engaño? Con toda verdad afirma el Dr. Dale: "Obras que reclamaban tal respeto y veneración entre amigos de aquellos que habían conocido á los apóstoles—obras á las cuales ellos atribuían tanta autoridad,

y que consideraban como sagradas Escrituras— no es posible que se haya permitido que desapareciesen por completo en una sola generación, sin dejar vestigio alguno, para ser reemplazadas inmediatamente por otros libros que heredaron su nombre y su santidad; es imposible que las iglesias cristianas en todas partes del orbe, en Roma, en Cartago, en Alejandría, en Jerusalén, en Asia Menor, en la Galia Meridional, hayan consentido en silencio á deshacerse de los antiguos Evangelios, recibiendo los nuevos; es imposible creer que todos hayan aceptado los nuevos como si fueran antiguos. Descartad de la teoría la ingenuidad infinita, la erudición, la brillantez de exposición con que se ha ocultado su verdadera forma y naturaleza, y deja de ser discutible. Los milagros registrados en los cuatro Evangelios, ellos sí son de creerse; mas los milagros que se requiere para aceptar esta hipótesis, eso es inadmisible. Pues, si eso es cierto, entonces se suspendieron algunas de las más ordinarias y ciertas leyes del pensamiento humano, suspensión que se extendió á través de muchos años, ejerciendo su influjo sobre millares de individuos que pertenecían á diversas razas y poblaban distintos países. Esto sería exigir demasiado de la fe de los hombres; las exigencias de la crítica

moderna son más exorbitantes que las demandas de la antigua fe."[1]

Además de este testimonio positivo de parte de testigos personales acerca de la autenticidad de los cuatro Evangelios, estos libros contienen evidencias internas—referencias locales y personales, peculiaridades individuales y marcadas coincidencias, circunstancias todas que ningún falsificador moderno pudo haber hecho concurrir en estas obras—evidencias que vienen á confirmar la conclusión de que los Evangelios que tanta circulación habían alcanzado para el año de 180, los mismos que conocemos hoy, son obra de los escritores cuyos nombres llevan, y deben aceptarse como memorias fidedignas de la vida de Jesús.

Mas si la fecha y paternidad de estos Evangelios fuesen motivos de insolubles dudas y de incertidumbre indeterminable, ni aun esto justificaría el hecho de poner en duda la veracidad de sus declaraciones. De ellas proviene todo lo que sabemos acerca de Jesús, personaje tan real que ningún escritor pudo haberlo inventado. Ninguna otra tradición acerca de él fué aceptada por amigos ni por enemigos del Cristianismo en el

---

[1] "El Cristo Viviente y los Cuatro Evangelios," páginas 244, 245.

siglo segundo, y ninguna otra ha sido admitida en las edades subsecuentes. Que estos documentos sean ó no la obra de Mateo, Marcos, Lucas y Juan; que sean ó no inspirados ya se consideren como "oráculos de Dios" ó como composiciones de los hombres, es innegable que son el testimonio de antiquísimos escritores acerca de la vida, las palabras y las obras de Jesús, el eminente judío que apareció en Palestina durante el reinado de Tiberio, y cuya historia ha logrado afectar de una manera tan positiva todas las edades subsecuentes.

La interrogación que ahora surge ante nosotros es: ¿Expresaron la verdad estos escritores al afirmar que después de la crucifixión bajo Poncio Pilato, su muerte y sepultura, Cristo se levantó de entre los muertos?

Dignos son de creerse, mientras no se pruebe que trataron de engañar ó que ellos mismos sufrieron un engaño. Si trataron de causar engaño, ¿cómo se explica su tono general de candor y de verdad? Refieren su narrativa sin exaltaciones y en el estilo propio de testigos verdaderos. No hacen uso frecuente de epítetos ni de elogios. ¿Proceden así los hombres al perpetrar un fraude, y fraude de tal magnitud?

Declarándose participantes en la narrativa que

refieren, ellos mismos relatan detalles que les son desfavorables. Hacen mención, por ejemplo, de sus ambiciones mundanales y de sus rivalidades pecaminosas, y con toda fidelidad anotan los reproches que les fueron ministrados por Jesús; cuentan cómo uno de los suyos negó al Salvador, y cómo llegado el último momento todos le abandonaron y huyeron. Ahora bien, si estos escritos son de los apóstoles en ellos revelan una honradez severa, del todo incompatible con el engaño intencional. Si, por otra parte, son producciones calzadas con pseudónimos de escritores que se valieron de nombres apostólicos, necesario es demostrar por qué estos impostores escribieron libros que deberían circular entre los partidarios de los apóstoles, en los cuales aparecen detalles desfavorables á aquellos varones. ¿Cómo podían recomendarse obras de tal naturaleza entre personas cuyos defectos allí se exponían? ¿Qué, habría impostor alguno—y menos aun entre aquellos que mostraron ser capaces de escribir Evangelios—que incurriese en defecto tan grave?

Además, hombres que propagaban verdades como la de la resurrección, en la época en que se publicaron estos Evangelios, no hubieran podido escapar persecución. El martirio era el premio más frecuente con que se galardonaba á quienes

emitían testimonio de tales verdades. ¿Acaso existe algo en el engaño consciente de carácter tan estupendo como el que se requiere para inspirar y sostener el espíritu del martirio? ¿Las falsedades se dicen para incurrir en alguna pena ó para huir de ella? ¿Se inventan para asegurar ventajas ó para imponer abnegaciones?

Todo el conjunto de circunstancias relacionadas con la resurrección de Jesús, según la narrativa de los Evangelistas, excluye por completo la posibilidad de fraude ó de engaño. Jesús muere en tiempo de Pascua, la más importante entre las fiestas de los judíos, y la cual atrajo á millares de hebreos á Jerusalén, donde fué juzgado y ejecutado. Su juicio y crucifixión por el gobierno civil, y por instigación del Sanedrín le hicieron objeto de interés para todos los habitantes de la ciudad y para los visitantes que concurrieron al festival. Su ministerio había agitado sobremanera á la nación entera, y hacía poco que había hecho su entrada triunfal en la ciudad entre las aclamaciones de la multitud. La historia de su resurrección había sido anticipada ya por sus enemigos, y se tomaron todo género de precauciones contra la posibilidad de que fuese creída. Fué sepultado, el sepulcro sellado con el sello proconsular, y para vigilarlo se colocó

una guardia considerable. Ahora bien, sepultado y resguardado así el cuerpo de Jesús, una de estas tres cosas debe haber tenido lugar: (1) permaneció el cuerpo en el sepulcro; (2) ó se lo robaron; (3) ó se levantó de entre los muertos.

¿Continuaron sus restos en el sepulcro hasta convertirse en polvo? Si así fué, ¿cómo se explica la existencia y la fe de la Iglesia en Jerusalén, la cual, según se ve por las indisputables Epístolas de San Pablo, surgió á la existencia inmediatamente después de la crucifixión? ¿Por qué los enemigos de la nueva y perturbadora doctrina no presentaron los restos de Jesús poniendo fin así á aquella superstición? ¿Qué fué lo que inspiró á sus discípulos á reunirse cuando le abandonaron y huyeron ante los soldados que le aprehendieron y le condujeron del Getsemaní al juicio?

¿Se robaron sus restos? ¿Cómo puede haber sido esto posible, en tiempo de la Pascua, cuando la luna llena impartía á las noches las claridades del día, y cuando la atención de millares se hallaba pendiente del sepulcro, alrededor del cual velaba una guardia de soldados romanos? Y si se lo robaron, ¿quién fué el ladrón? ¿Sus enemigos? Entonces ¿por qué no lo presentaron cuando se proclamó la resurrección? Si ellos

hubieran poseído los restos de Jesús, existían mil motivos para que los presentasen en aquellos días, y ni una sola razón había para ocultarlos. Si Jesús no hubiera resucitado, con toda seguridad sus enemigos hubieran presentado en público los restos del Crucificado.

¿Se los robaron sus discípulos? ¿Cómo lograron evadir la guardia? ¿Valiéndose del soborno? Para esto eran demasiado pobres. ¿Recurriendo á la fuerza? Para ello eran demasiado tímidos. Pero si los obtuvieron mediante el soborno ó la fuerza, ó valiéndose de ambos medios, ¿por qué nunca se les acusó de tal ofensa y se les condenó, como con toda seguridad hubiera sucedido en caso de que se les hubiese hallado culpables?

Además, si en sus brazos hubieran continuado sosteniendo el cuerpo inánime y en estado de decomposición de Jesús, ¿de dónde emanó la fe que palpitaba en sus corazones? ¿De dónde provino el valor que los animaba? ¿Cómo se explica su celo? ¿Cuál es la fuente del poder que ejercieron sobre el pueblo, entre quienes había muchos interesados en la crucifixión del Salvador, y que lograron establecer iglesias en Jerusalén, Antioquía, Corinto y las ciudades de Galacia y Macedonia, y por último hasta en la distante y

floreciente Roma? ¿Es posible que un fraude consciente haya logrado animarlos y vigorizarlos hasta convertir sus aptitudes naturales en poderes casi infinitos? ¿Pudo un engaño haberlos dotado de potencialidades tan extraordinarias? ¿Cuándo ha llegado alucinación alguna á estimular la fe, elevar la virtud y conquistar el mundo?

Los hechos del caso sólo admiten una explicación. Jesús se levantó de entre los muertos. Siguiendo las diversas líneas de investigación—ya las Epístolas indisputables de San Pablo, ó ya las sencillas narrativas de los Evangelistas—se llega á la misma conclusión. Debe ser cierta. Ninguna otra puede ser veraz. "El mundo está cambiado y ya no es como era; no ha vuelto á ser el mismo desde que Jesús lo abandonó. El ambiente está impregnado de aroma celestial y en sus brisas se palpa algo de otros mundos."[1] "No hemos seguido fábulas por arte compuestas." (2.ª Pedro 1.16.) "Ha venido de Dios el Padre honor y gloria." (2.ª Pedro 1.17.) "Y fué declarado ser el Hijo de Dios con poder, según el espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos." (Rom. 1.4.)

---

[1] "La Naturaleza y lo Sobrenatural," por Bushnell.

IX

¿HA APARECIDO DIOS ENTRE LOS HOMBRES? TESTIMONIOS DE LA HISTORIA SOBRE LA DIVINIDAD DE JESÚS

"Dios, que habló muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo á los padres de los profetas, nos ha hablado en estos postreros días por su Hijo, á quien constituyó heredero de todas las cosas, por quien asimismo hizo los mundos."—*Epístola á los Hebreos.*

"Las mayores pruebas de la divinidad de Cristo son las profecías. . . . Si un solo hombre hubiese escrito una obra de predicciones de Jesús relativa al tiempo y manera de su advenimiento, y si Jesucristo hubiese venido de conformidad con tales profecías, eso en sí sería de valor infinito. Mas aquí encontramos mucho más. Una sucesión de individuos que, durante cuatro mil años se suceden constantemente y sin variar predicen el mismo hecho. Existe todo un pueblo que anuncia su venida, y subsiste cuarenta siglos á fin de rendir su testimonio de las certezas que de él poseen, y de las cuales no pueden prescindir ni aun en medio de las persecuciones que sufren."—*Pascal.*

"La memoria de la vida de Jesús ha sido como el perfume de otro mundo, y sin él toda la historia sería incomprensible."—*Renán.*

"Los reinos de este mundo han venido á ser los reinos de nuestro Señor, y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos."—*Apocalipsis 11.15.*

IX

¿Ha aparecido Jesús entre los hombres? Los testimonios de la historia sobre la divinidad de Jesús

Un dios de últimas fechas es un pretendiente, un dios gastado renuncia á su poderío, un dios pasajero es soberano provisional, y un dios local es un gobernante de provincia. El Dios verdadero no puede ser ninguno de éstos. No es reciente, sino eterno. No hay pasado durante el cual su reino no se haya sentido. No es anticuado, sino el eterno "Yo soy." No hay presente donde se haya notado su ausencia. No es pasajero, porque su dominio es eterno y perdurará por siempre jamás. No habrá porvenir capaz de sustraerse á su reinado. No es local, porque su nombre está sobre todo nombre aquí en la tierra y su gloria es más alta que los cielos. Su presencia y su poder llenan y llenarán siempre todos los ámbitos del universo. Cuando aparezca entre los hombres, si así llega á suceder, toda la historia, pasada, presente y futura, le señalará como Aquel cuyos designios comprenden todas las edades y cuya presencia entre los hom-

bres vendrá á confirmar tales designios. En su manifestación habrá congruidad cósmica, que si así no fuese los hombres percibirían dos dioses: un dios de providencia obrando en un sentido, y un dios de revelación determinando en otro; ó se percibiría la apariencia de un dios de mente doble. ¿Existe tal congruismo en el caso de Jesús? ¿Vemos su divinidad en la historia del mundo?

Gracias á los prodigios de las matemáticas, los astrónomos, al observar las perturbaciones de cuerpos celestes visibles, han logrado determinar la existencia de ciertos planetas aun antes de que éstos apareciesen en los dominios de la visión telescópica. Han explorado los cielos y dicho: "Aquí debe existir un planeta," y al reconcentrar más sus investigaciones se han cerciorado que de hecho en determinado tiempo y lugar han aparecido tales planetas. Así fué como Adams y Leverrier descubrieron á Neptuno, guiados por las perturbaciones de Urano. ¿Es posible al estudiante de historia calcular de igual modo acerca de la aparición de Jesús? ¿Hubo perturbaciones antes de él que anunciaran su advenimiento? ¿Hubo conjunciones en la edad de Tiberio que reclamaban á Cristo? ¿Se requiere de él para explicar satisfactoriamente las edades

subsecuentes á su venida? ¿Es él, como Luthart sostiene, "el fin hacia el cual señalaba toda la historia antigua, y el punto de partida de toda la historia moderna?"

Si así es, contamos con un testigo sublime que proclama la divinidad de Jesús, y cuyo testimonio nadie podrá obscurecer ni negar. Desde entonces una nube de fuego, dotada de la presencia divina, guiará nuestra fe.

Ciertamente si como narrativas merecen nuestra confianza los cuatro Evangelios, ó como profesión de fe se aceptan las cuatro Epístolas de San Pablo, cuya procedencia jamás se ha disputado, todo lo que Jesús afirmó de sí mismo respecto de su posición en la historia, y todo cuanto sus discípulos acerca de él enseñaron, resulta bien fundado.

Al defender una de las curaciones que había efectuado, Jesús se expresó así acerca de Dios: "Mi Padre hasta ahora está obrando, y yo obro" (Juan 5.17), asociándose así con un Dios activo que nunca había cesado de obrar, y manifestando que su propia obra era sólo parte y continuación de las actividades de aquel divino Agente. Y en otra ocasión dijo: "Antes que Abraham hubiese nacido yo soy" (Juan 8.58), afirmación que no sólo sugirió á sus oyentes el gran "Yo soy"

de Moisés ante la zarza ardiendo, sino que también se manifestó ante ellos como anterior al fundador nacional y á la historia de aquel pueblo, como el Dios de las naciones á la vez que el Dios de Israel. De una manera muy especial enseñó que él había existido antes que la historia, la literatura y la religión de la nación hebrea, y que en él se cumplieron todas las esperanzas de aquel pueblo, así como él había sido el tema de todas sus profecías, diciendo: "No penséis que he venido para invalidar la ley ó los profetas: no he venido para invalidar, sino para cumplir." (Mateo 5.17.) Y otra vez: "Escudriñad las Escrituras, porque en ellas creéis que tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí."

En la historia aparece inmediatamente precedido por su precursor, Juan el Bautista, cuyo exclusivo oficio es preparar el camino y mostrar la íntima relación que existe entre Jesús y las profecías que acerca de él habían venido trasmitiéndose de generación en generación. "Como está escrito en los profetas: He aquí yo envío á mi mensajero delante de tu faz, que apareje tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor; enderezad sus veredas." (Marcos 1.2, 3.) Él por su parte identifica al profeta del desierto con

aquellos que en edades anteriores habían profetizado en Israel, y hace de Juan el último eslabón por el cual él mismo estaba unido á una cadena viviente y no interrumpida de sucesos y expresiones sobrenaturales. "Porque todos los profetas, y la ley, hasta Juan profetizaron." (Mateo 11.13.) Afirmó que Juan el Bautista era "un profeta" y aun "más que profeta," y el Bautista á su vez lo reconoció como el Cordero Pascual, que era el primer memorial del Éxodo de Egipto y la ofrenda por excelencia en las devociones de Israel, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." (Juan 1.29.)

No sólo afirma Cristo que en él se cumplieron todas las antiguas profecías de Israel y que él es el Mesías que satisfizo las predicciones de Juan el Bautista, primero entre los profetas de su tiempo; sino que extendió sus atribuciones hacia el futuro, afirmando: "El cielo y la tierra perecerán, mas mis palabras no perecerán." (Mateo 24.35.) Ordena á sus discípulos que enseñen sus palabras á las naciones, y promete estar con ellos hasta el fin del mundo. (Mateo 28.19, 20.) Al principio de su ministerio abriga tanta confianza en la durabilidad de su influencia como al fin de sus labores. En el Sermón del Monte afirma que

en el juicio final se determinará la suerte de las almas por la obediencia ó desobediencia de "estas mis palabras" (Mateo 7.24), "palabras" que por la autoridad que las acompaña coloca él al lado de la voluntad del "Padre que está en los cielos."

Y sus discípulos sostuvieron el mismo título sublime de que en él se cumplió el pasado, y que él es Dios manifiesto en el presente y la esperanza del futuro. Escribe San Pedro acerca de la salvación ofrecida: "De la cual salvación los profetas (que profetizaron de la gracia que había de venir á vosotros) han inquirido, y diligentemente buscado; escudriñando cuándo y en qué punto de tiempo significaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos: el cual antes anunciaba las aflicciones que habían de venir á Cristo, y las glorias después de ellas: á los cuales fué revelado que no para sí mismos, sino para nosotros administraban las cosas que ahora os son anunciadas de los que os han predicado el Evangelio, por el Espíritu Santo enviado del cielo." Ensanchando la esfera de autoridad de Cristo hasta tocar dominios sobrenaturales, añade el apóstol: "en las cuales cosas desean mirar los ángeles." (1.ª Pedro 1.10–12.)

Pablo lo identifica con la promesa hecha á Abraham (Gálatas 3.16) y forma una alegoría

de la historia Abrahámica para confirmar libertad de fe bajo Jesucristo. (Gálatas 4.22–31.) Al formular su grandioso argumento sobre la resurrección presenta verdad tan portentosa, no como un milagro aislado, que no tiene relación con el pasado, sino que afirma: "fué resucitado al tercer día, conforme á las Escrituras." (1.ª Corintios 15.4.) Enseña á los romanos que la esperanza del Evangelio había sido prometida por los profetas en las Sagradas Escrituras. (Romanos 1.2.)

En el mismo sentido se expresan todos los escritores del Nuevo Testamento. Los primeros maestros del Cristianismo no renunciaron su herencia en el pasado, ni su fe en la nación hebrea. No las repudiaron como supersticiones anticuadas. En un principio predicaron en las sinagogas y argumentaban con el pueblo basándose en las premisas de las Escrituras invencibles. El autor de los Actos nos presenta un caso concreto: "Y pasando por Amfípolis, y por Apolonia, vinieron á Tesalónica, donde estaba la sinagoga de los judíos. Y Pablo, como acostumbraba, entró á ellos, y por tres sábados disputó con ellos de las Escrituras, declarando y proponiendo que convenía que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos; y que Jesús, el cual yo os anuncio, éste era el Cristo." (Actos 17.1–3.)

Este título admirable de cumplir las profecías del pasado es peculiar al Cristianismo. Y en este particular es la única religión que ha desafiado la atención y demandado la aceptación de la humanidad. "El Islamismo apareció ante un mundo aterrorizado y asombrado, sin ninguna voz ó nota de preparación, como el siniestro brillo del acero de su fundador. El Judaismo en su forma esencial fué dado á Israel cincuenta días después del Éxodo, y antes de esto Israel no podía llamarse nación. Del origen del Brahmanismo y del Budismo bien poco sabemos para hablar de una manera definida; mas en lo que de estas religiones se nos ha trasmitido no encontramos ni un solo vestigio de preparación efectuada con anterioridad á su aparición."[1]

Además, estas religiones han mostrado ser menos divinas en cuanto al hecho de no haber sido capaces de salvar el abismo del mundo ni de resistir los ataques del tiempo. En todas sus partes se nota la mancha de la lepra natural que, lenta pero ciertamente, va posesionándose de su organismo, y desde lejos claman al observar que se acerca algún investigador: ¡impuro, impuro!

---

[1] "Característicos del Cristianismo," por Stanley Leathers, D,D., página 3.

El espacio y el tiempo les han arrebatado las coronas de sus frentes, y la eternidad no las considera como suyas. Huyen de la luz de la moderna civilización y se ocultan entre las tinieblas de afuera, inermes y sin esperanzas; mientras que el Cristianismo, proclamando ser el heredero de las edades, firme y sereno ante la luz meridional de la historia, pone en práctica sus proyectos para efectuar la redención del mundo mediante las fuerzas de un reino que en muchas ocasiones ha declarado ser eterno.

¿Es posible confirmar título tan admirable? ¿Es el Jesús de los Evangelistas la esperanza de todas las naciones, el Mesías de los profetas hebreos y el Cristo de la historia? Si no, aunque la verdad de su resurrección quedase plenamente establecida y las evidencias de su poder se manifestasen entre nosotros de una manera inequívoca, todo esto sería simplemente un fulgor deslumbrante que sólo serviría para confundirnos y llenarnos de terror. En esta época de la historia no nos es posible ni siquiera enviarle el mensaje interrogatorio del Bautista: "¿Eres tú aquel que había de venir, ó esperamos á otro?" Es demasiado tarde para que venga otro. Si se diese el caso que otro viniera, todas las circunstancias actuales estarían en su contra y sería casi un impo-

sible el que disputase con despecho el derecho de Jesús al demandar reconocimiento de parte de la humanidad. "Sería más fácil separar todos los rayos de luz que iluminan el firmamento y aislar los colores por ellos producidos que hacer desaparecer de la humanidad el influjo del carácter de Jesús."[1] Si Jesús no es Dios, entonces Dios ha esperado demasiado para venir al mundo, y su venida en estos tiempos no produciría el efecto deseado. La humanidad actual le recibiría con marcadas manifestaciones de indignación ó de indiferencia, afirmando que "la esperanza diferida había enfermado el alma," demasiado enferma para curativos ó para el amor. Si Jesús no es Dios, entonces Dios ha perdido la oportunidad de salvar á los hombres. Ha defraudado las esperanzas del pasado, las fuerzas del presente le son adversas,y el futuro no le corresponde. Jesús entonces habrá excluido al mundo cuando se llegue á la solución del final problema, y no será posible ni el ateismo ni la fe en él, porque la historia humana carecerá de centro y de fin si al recorrer su órbita no gira en torno de él.

---

[1] "La Naturaleza y lo Sobrenatural," por Bushnell, página 331.

¿Es la historia atea ó cristiana? ¿Se han sucedido los acontecimientos unos á otros sin orden ni fin determinado, ó desde un principio han venido desarrollándose en determinado sentido é indicando hacia "un suceso divino," la coronación de Jesús como Dios de todos, bendito por toda la eternidad?

Examinemos hechos concretos:

1. Antes y después de la venida de Cristo todas las naciones han creído en la existencia de Dios. La célebre expresión de Plutarco es aplicable á todos los pueblos y á todos los tiempos: "Veréis ciudades sin murallas, sin leyes, sin moneda, sin escritura; pero nadie ha visto un pueblo sin Dios, sin oración, sin ejercicios y sacrificios religiosos."

2. El esfuerzo de aproximarse á Dios mediante la oración y el sacrificio es universal, y la esperanza de que Dios se aproximará á los hombres en una encarnación es común á todas las naciones. Observando detenidamente esta verdad se llega á justificar la generalización de Luthardt: "Dios y el hombre no pueden permanecer separados el uno del otro, y entre ellos no puede existir la indiferencia; en obediencia á una necesidad intrínseca luchan por acercarse uno al otro, su existencia se complementa; pues Dios será el

Dios del hombre, y el hombre deberá ser el varón de Dios."[1]

3. En la historia con igual claridad que en la Sagrada Palabra está escrito que la creencia universal del hombre es: "sin el derramiento de sangre no hay remisión." Tan profundamente arraigada está esta convicción que ha llegado á dominar en el hombre la pasión de la propiedad induciéndole á sacrificar hecatombes de aves y de bestias sobre los altares de sus divinidades. Bien pudiera seguirse la huella del hombre al través de la historia por la sangre de sus sacrificios. Parece haber creído que para aplacar al Dios invisible era necesario extraer de los cuerpos vivientes la vida invisible y hacerla ascender al mundo espiritual, afligida y triste, para que intercediese por él en el reino celestial. No impulsado por la ira ni por la crueldad, sino en medio de indecible agonía, ha descargado á veces su mano sobre seres humanos, aun sobre los hijos de sus entrañas y los camaradas de su alma, para que ellos llevasen su súplica implorando misericordia de Dios, é intercediendo por él con lamentaciones que no admiten expresión. Y no que un

---

[1] "Verdades Fundamentales del Cristianismo," página 131.

solo sacrificio bastase. El holocausto de un día demandaba los del siguiente. Por fin los sacrificios humanos llegaron á considerarse inferiores á las demandas del caso. Entonces suspiraron los hombres por un holocausto divino. Afirma Mackay que "la idea de una divinidad sacrificada estaba muy generalizada, imperando al Oeste de Judea entre los scitianos, asianos y árabes."

4. Hubo un pueblo de cuya mente jamás se separó la idea de una víctima divina. De tal manera se hallaba poseído su ánimo que en muchas ocasiones se expresó esta idea como una convicción nebulosa, pero imposible de desarraigarse. Constituía el centro de su sistema político (si así pudiéramos llamarle á su régimen de gobierno) y se hallaba difundida en su vida nacional. Imperaba en la literatura de aquella nación y de una manera especial se halla expresa en los libros de sus profetas. "Este pueblo solitario con su singular Libro" parece haber existido para la conservación de esta idea. Uno de los hijos de aquel pueblo le ha llamado "la esperanza de Israel." (Actos 28.20.) Esta esperanza de un Mesías que había de venir animaba y sostenía á la nación en sus épocas de calamidad y en la hora de mayor adversidad. En medio de su decaimiento moral y de su abatimiento político, los

profetas de Israel consolaban y animaban á sus contemporáneos con visiones de un libertador que había de venir. Con respecto del autor y la fecha de estas profecías, la esperanza mesiánica se encuentra en todas ellas, y existían antes del tiempo de Jesús, una traducción griega de las cuales—la de los setenta—se hallaba en aquel tiempo en manos de los judíos. Estos profetas contemplaban la visión de un Mesías como á "uno que de pie sobre elevada cima anuncia la aurora á los pueblos que habitan sombrío valle. Veían en su semblante los fulgores de la alborada, y en derredor de él los deslumbrantes resplandores de un nuevo día."[1]

5. Antes del advenimiento de Jesús esta esperanza mesiánica de Israel se propagó entre otros pueblos, y existía una expectación general de que por aquel tiempo debería aparecer en Judea el Libertador por quien el mundo suspiraba, y en quien Israel en particular había cifrado sus esperanzas. Suetonio, trece años antes de Cristo, formó una colección de Síbilas que circularon extensamente, y las cuales predijeron el adveni-

---

[1] "El Evangelio para una Edad de Duda," por Van Dyke, página 70—alusión á Jesús como aparecía á sus discípulos.

miento de un gran Rey en Judea, quien revestido de potestad y gloria debería reinar sobre el orbe entero. Esta expectación, fundada sobre lo que Tácito llama los libros sacerdotales, prevalecía de tal manera que cuando Augusto César asumió el cargo de Sumo Pontífice, ó Sumo Sacerdote, de Roma, expidió un decreto para que se recogiesen todos estos libros proféticos, llegándose á reunir dos mil ejemplares de ellos, todos los cuales fueron reducidos á cenizas en un lugar público.[1]

6. Entre los judíos se acentuaba de una manera especial el estado de expectación. Varones santos esperaban al Consolador de Israel. (Lucas 24.21.) Si aparecía algún maestro conspicuo, las clases gubernativas presumían la necesidad de interrogar si él era el Mesías. (Juan 1.19, 20.) La atmósfera de aquellas épocas se hallaba animada de la esperanza que el Mesías habría de venir presto.

7. Por aquel tiempo apareció un gran predicador y conmovió tan hondamente al pueblo judío que jamás había experimentado sensaciones semejantes. Aseguraba que él no era el Mesías

---

[1] "El Hombre Dios," por L. T. Townsend, página 172.

esperado y con una modestia admirable decía acerca de Jesús de Nazaret: "Á él conviene crecer, mas á mí menguar," y aconsejaba á sus discípulos que le abandonaran y siguieran á Cristo. (Juan 3.25–36.)

Y que esto baste en lo relativo á la historia antes de Cristo. Si él no es Dios, ¿hacia quién señalaba la historia precristiana? ¿Acaso fué todo aquello sólo un gran desvarío sin plan determinado. No se trata de algo en la historia posterior al advenimiento de Cristo. La expectación mesiánica ha desaparecido por completo en el mundo pagano. ¿Qué, por ventura, se habrá perdido aquel rayo de luz en una obscuridad intensa? ó ¿será posible que se halla perdido en la alborada? Todo sacrificio cruento ha cesado entre los judíos, y entre los pueblos todos donde se ha presentado el Cristianismo. ¿Quién arrebató el cuchillo del sacrificio de las manos de la humanidad, para envainarlo por siempre? Israel ha caído en una época en que una nueva profecía del Mesías, si éste aún no hubiese venido, se necesita más que nunca. Esparcidos por toda la faz del orbe, sin templo ni sacerdote, este pueblo solitario vaga y espera. ¿Por qué callan todas las voces proféticas cuando hoy más que nunca se necesitan sus acentos?

¡Cuán extraña é inexplicable resulta la presencia en la historia del más singular de los profetas de Israel, Juan el Bautista, si Jesús no es el Mesías por él anunciado! ¿Cuál fué su descendencia espiritual, y por qué éste, el más poderoso de los profetas, no conquistó discípulos? ¿Á qué orden de escuela pertenece? ¿Cómo interpretar su oficio en la historia?

Si Jesús no es Dios, la historia antigua resulta ser sólo el registro de un plan mutilado que Dios trató de poner en práctica, y abandonó por impracticable, después de haber derramado la sangre de millones de víctimas, y después de haber hecho surgir en el alma de la humanidad la esperanza más bella, para causar la más tremenda decepción al faltar el cumplimiento de sus promesas.

Consideremos la historia contemporánea de la época de Jesús:

1. Por la época en que él apareció entre los hombres encontramos que el pueblo á que pertenecía, y el cual se había preservado de singular manera al través de quince centurias anteriores, comenzaba á desintegrarse. Los hijos de aquel pueblo, sus Escrituras, y sus sinagogas se hallaban en todas las principales ciudades del mundo. Así fué que cuando los apóstoles recorrían el orbe propagando el Evangelio, por dondequiera

encontraban templos en donde rendir culto y asambleas de oyentes dispuestos á escuchar el nuevo mensaje.

2. Las conquistas alejandrinas habían propagado el lenguaje y la filosofía de los griegos por todo el mundo conocido, y aquella filosofía había destronizado á las divinidades paganas. La incredulidad prevalecía en todas partes.

3. El imperio romano era tan universal como el lenguaje y la filosofía de los helenos. Y los representantes de la fe universal encontraron las puertas abiertas para predicar á todas las naciones, pues en todas partes respetaban los derechos de los ciudadanos romanos.

4. Aquella era una época de paz universal.

¿Acaso no palpamos en todas estas conjunciones, efectuadas sin la intención humana, y aun sin la comprensión de los humanos instrumentos que las produjeron, la preparación directa para el advenimiento del Mesías por tanto tiempo esperado? ¿Con qué otro fin concurren en tiempo cuando muy bien pudieran haber sucedido en siglos diversos? ¿Á qué conduce el hecho de que, siendo que la historia humana haya estado fermentando por tantas edades, todos estos preparativos se dispongan en cierta época, clamando con voz general por el advenimiento

de un Rey, y diciendo: "Ha venido el cumplimiento del tiempo?"[1]

Mal hacen los críticos en censurar la sencilla narrativa de los magos y la estrella de Belén. Aquí se presentan conjunciones más admirables que todas las que han aparecido en el firmamento. Alrededor de la cuna de Jesús se presentan las figuras majestuosas de la fe hebrea, el lenguaje griego, la filosofía helénica y la ley romana—más poderosas que los magos de Oriente y reunidas allí por la mano que creó los mundos.

Y la historia moderna, ¿qué dice á este respecto?

Si la historia antigua rindió su testimonio acerca de Jesús, y en sus últimos instantes pronunció la frase "He aquí el Cordero," con mayor claridad revela la historia moderna el poder y la divinidad de Cristo. Los últimos y modernos triunfos del Cristianismo á todas luces rayan en lo portentoso.

Á pesar de la preparación providencial del mundo, antes de su venida, con toda probabilidad Jesús estaba destinado á fracasar si no hubiera sido Dios.

---

[1] "La Naturaleza y lo Sobrenatural," por Bushnell, páginas 417, 418.

Esto se manifiesta al considerar la naturaleza del Evangelio, la oposición que despertó y los instrumentos de que se valió para la realización de sus conquistas.

1. Las verdades fundamentales de su Evangelio eran ofensivas tanto á la mente hebrea como á la manera de pensar de los paganos. La doctrina de un Mesías crucificado y resucitado era, según expresión de Pablo, "tropiezo para el judío é insensatez para el gentil." La contienda con los judaizantes y los Gnósticos respecto de la personalidad de Cristo como el Dios-Hombre, la cual continuó en el seno de la Iglesia hasta que se verificó el Concilio de Calcedonia, y que aun ha perdurado hasta nuestros días en todas las formas del moderno Unitarianismo, demuestra cuán inaceptable para la mente carnal es la idea de un Salvador crucificado.

2. Los atributos éticos que él demandaba: pobreza de espíritu, pureza de corazón, humildad y abnegación, no cuadraban con una edad que alguno de los historiadores más característicos ha calificado de "corrompida y corruptora."

3. La oposición de la ambición política y el celo eclesiástico surgió en su contra. Lo saludaron en su infancia con la matanza de los inocentes de Belén, y le siguieron hasta su tumba

en el huerto de José de Arimatea. Cristo por su parte advirtió á sus discípulos que á ellos también les esperaba suerte semejante. Los envió en el desempeño de su comisión como corderos entre lobos y con el fin de efectuar la obra sobrehumana de convertir lobos en corderos. Los hechos vinieron á confirmar su predicción. Esteban y Santiago sufrieron martirio antes de que el Evangelio lograse fundar una sola iglesia fuera de los dominios de Palestina.

4. Los instrumentos por él empleados, humanamente hablando, eran despreciables é inadecuados. Hombres ignorantes y analfabetas fueron comisionados para desempeñar una obra que ni todos los filósofos de Grecia apoyados por las legiones del César hubieran podido realizar.

Y sin embargo, en tres siglos habían adelantado tanto que el Emperador Constantino se sintió constreñido á profesar obediencia á aquella fe; hecho que si fué impulsado por la sinceridad aparece como un milagro; si, falto de sinceridad, obró el monarca bajo la opresión de la opinión pública, asume el milagro mayores proporciones.

Los límites de esta discusión no admiten análisis ni cuantitativo ni cualitativo de los triunfos de Jesús á través de las edades. Tal investigación no cabría en un considerable número de vo-

lúmenes. Las obras escritas bajo el influjo de su vida forman bibliotecas inmensas. Los cantos inspirados por su Espíritu inundan de melodía el orbe entero. Él ha colocado la cruz en todas partes—la cruz que antes había sido símbolo de ignominia. El instrumento de su tortura aparece en todos los países del orbe como el símbolo elocuente de una fe que todo lo conquista. Aun las mismas fechas de este mundo le tributan reverencia. Sobre el dintel de las puertas de la historia universal se leen estas inscripciones: "Antes de Cristo," "Después de Cristo." El mundo antiguo se durmió en la cuna de Jesús y el mundo moderno despertó en el sepulcro abierto en el huerto de José de Arimatea.

El testimonio de Napoleón el Grande, expresado en una conversación con el Conde Montolón en la isla de Sta. Elena, es una conclusión justa respecto de la majestad y la divinidad de Jesús, según las revelaciones de la historia. Se dice que el conquistador preguntó: ¿Puede V. decirme quién era Jesús? y cuando se le contestó en sentido negativo, añadió: "Pues bien, yo os lo diré. Alejandro, César, Carlo Magno y yo hemos fundado grandes imperios. ¿Sobre qué descansaban estas creaciones de nuestro genio? Sobre la fuerza. Sólo Jesús fundó su imperio so-

bre el amor, y hoy millares de individuos están dispuestos á morir por él. . . . Yo creo comprender algo acerca de la naturaleza humana, y en verdad os digo que todos ellos fueron hombres, así como yo soy hombre. Yo he logrado infundir tal entusiasmo en el ánimo de las multitudes que éstas con gusto hubieran dado su vida por mí, . . . pero para ello era necesario que yo estuviese presente para impartir el influjo mediante la mirada, la palabra y la voz. Al ver á los hombres y al hablarles encendía en sus almas la flama de la veneración. . . . Sólo Cristo ha logrado elevar la mente del hombre hasta lo invisible, hasta hacerlo insensible á las barreras del tiempo y el espacio. Al través de una sima de diez y ocho siglos Jesucristo hace una demanda que sobre todas las demás es difícil de satisfacer. Pide aquello que el filósofo á veces demanda en vano de sus amigos, ó el padre de sus hijos, ó la recién desposada de su esposo, ó el hombre de su hermano. Pide el corazón humano, y lo demanda todo para sí. Lo reclama incondicionalmente; y presto se concede su petición: esto es admirable. Desafiando el tiempo y el espacio, el alma del hombre con todas sus potencias y facultades se anexa al imperio de Cristo. Todos los que sinceramente creen en él llegan á sentir en el al-

ma un amor sobrenatural hacia él. Inexplicable es este fenómeno; sobrepuja las facultades creadoras del hombre. El tiempo, ese gran demoledor, es impotente para extinguir esa flama sagrada; el tiempo es incapaz de agotar su fuerza ó de limitar su extensión. Esto es lo que me llama más fuertemente la atención; muchas veces he meditado en esto; es lo que me demuestra de una manera convincente la divinidad de Jesucristo."

Esta deducción es irresistible é inevitable. El Jesús de los Evangelios es el Dios de la providencia. "Nos inclinamos hacia el curso y los grandes acontecimientos de la historia humana, todo lo que se comprende en la historia providencial del mundo—guerras, diplomacias, emigraciones, revoluciones, descubrimientos y evoluciones científicas del mundo—é inmediatamente nos encontramos con alguna correspondencia admirable entre el Cristianismo y el curso providencial de las cosas. El Cristianismo es en forma el reino y la obra naturales de Dios en la tierra. Comienza con el advenimiento sobrenatural de la divinidad y termina con una salida sobrenatural de la divinidad; y el visitante divino que así entró en el mundo y salió de él es por su personalidad un milagro divino; sus obras son

portentos, así como sus doctrinas, y toda la obra considerada como un movimiento efectuado en el mundo, no de él, presupone un grado de administración nuevo y superior, sustituído por Dios mismo."[1]

El gobierno del mundo está evidentemente en manos de Jesús. "Siendo él, como Jean Paul Richter dice con tanta belleza, el más santo entre los poderosos y el más poderoso entre los santos, con sus manos heridas por los clavos de la cruz ha elevado imperios, ha cambiado el curso de los siglos y aún rige las edades."

El Jesús de los Evangelistas es el Dios de la historia universal.

---

[1] "La Naturaleza y lo Sobrenatural," por Bushnell, página 412.

X

¿APROBÓ DIOS, DURANTE SU PERMANENCIA ENTRE LOS HOMBRES, ALGUNO DE LOS LIBROS SAGRADOS? TESTIMONIO DE JESÚS ACERCA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

"Escudriñad las Escrituras; porque á vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí."—*Jesús.*

"Permitid, entonces, que el Príncipe de la Vida, la Luz del mundo, nos considere á todos nosotros como sus discípulos. Aceptemos todo cuanto el creía. Reverenciemos cuanto él respetaba. Alleguemos á nuestros corazones enfermos la palabra á la cual él sometió su corazón de Salvador; y todos los pensamientos de su humanidad santa, y á ella sujetemos todos los pensamientos de nuestra humanidad caída."—*Gaussen.*

"No existe la menor duda de que los apóstoles, y por regla general los cristianos de su época, reconocían las palabras de la Escritura como el verbo de Dios y no de los hombres."—*Reuss.*

X

¿APROBÓ DIOS, DURANTE SU PERMANENCIA ENTRE LOS HOMBRES, ALGUNO DE LOS LIBROS SAGRADOS? TESTIMONIO DE JESÚS ACERCA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

"Dios está moralmente obligado para con la humanidad á no conducirla por veredas de error," dice Pascal.

Hemos considerado ya las evidencias que vienen á comprobar la divinidad de Jesús. Su carácter ultraterrenal y su resurrección fuera de toda disputa le colocan muy por encima de los grupos en que se ha clasificado la humanidad. La existencia de la Iglesia desde unos cuantos meses después de la crucifixión hasta nuestros días, y la persistencia del Cristianismo contraria á toda probabilidad y posibilidad humanas, son milagros vivientes de creciente admirabilidad, que, aparte del testimonio personal de los apóstoles que hace tanto tiempo desaparecieron de la tierra, confirman de una manera convincente el hecho de que Jesús se levantó de entre los muertos y que por lo tanto es Dios de todo lo creado. El testimonio de la historia desde el principio del mundo le hace aparecer como la majestuosa

Personalidad que siempre ha dirigido la marcha de la humanidad, amoldando sus fuerzas por más separadas que se hallen en el tiempo y en el espacio hasta confundirlas en un armonioso conjunto, é impartiendo un fin moral que se ha dejado sentir á través de las edades.

Es inadmisible que una personalidad como él guíe por sendas de error. Mas si las Escrituras hebreas no son una revelación que la humanidad puede seguir sin peligro de incurrir en error, él ha guiado la Iglesia, la cual se fundó sobre la creencia de que él era el Dios que triunfó sobre la muerte y el sepulcro, y ha conducido á los apóstoles que la fundaron, al error más grave—error que ya ha infundido sospechas en el ánimo de algunos y que inevitablemente con el tiempo deberá llegar á ser conocido de todos para vergüenza de la Iglesia, y para la caída del Cristianismo, si no para la extirpación de la fe en la tierra.

Cuando él anduvo entre los hombres, nunca le encontramos tardío para exponer enseñanzas falsas acerca de la verdad religiosa, aun cuando tales enseñanzas se remontasen á épocas remotas, y presumiesen tener la autoridad de antigüedad. (Mateo 5.21–48.) No vaciló en révisar las admoniciones de Moisés en cierta ocasión, aunque

al hacerlo encendiese la ira de sus contemporáneos que reverenciaban al legislador. (Marcos 10.2–9.) En otra ocasión se expresó acerca de los falsos guías del mundo, en términos que acusan la indignación que ardía en su alma: "Todos los que antes de mí vinieron ladrones son y robadores. (Juan 10.8.)

Mas aquel que declaró ser "el camino, y la verdad, y la vida" (Juan 14.6), y que en el juicio ante Poncio Pilato dijo: "Yo para esto nací, y á este intento vine al mundo para dar testimonio de la verdad," impartió á las Escrituras hebreas, conocidas con el nombre de "Antiguo Testamento," una aprobación constante é incondicional durante todo su ministerio terrenal. En el curso de sus enseñanzas públicas "cita ó hace referencia á pasajes en el Antiguo Testamento probablemente más de cuatrocientas veces."[1] Cuando recordamos que todas sus expresiones perpetuadas por la Escritura, con excepción de una (Actos 20.35), se hallan contenidas en cuatro breves opúsculos llamados Evangelios, el hecho de haberlas citado tantas veces imparte mayor autoridad al Antiguo Testamento. Y esto aparece más significativo cuando se demuestra que ni una so-

[1] "Christus Comprobator," por Ellicott, página 91.

la vez se refirió á los libros denominados apócrifos. Ni la fuerza de esta verdad desmerece en lo más mínimo al admitir con toda franqueza que en muchos casos las expresiones textuales, según él las cita, no se hayan registradas en ninguna obra de la cual tenemos noticia. La libertad en la expresión oral, y la aplicación de verdades á peculiaridades propias de ocasiones especiales contribuyen en gran manera á la explicación de estas variaciones verbales. "Puede aun ser cierto, según lo afirma un escritor competente, que el texto de las Escrituras hebreas que más se usaba en los días del Salvador no era el mismo en todo sentido que el que usamos ahora: sin embargo, las diferencias, cuando se reducen á último análisis, son de tal naturaleza que no nulifican la verdad general de la impresión,"[1] la impresión de que Jesús comprobó la autenticidad del Antiguo Testamento como los "Oráculos de Dios."

La fuerza del argumento se presenta de relieve al considerar ciertas referencias especiales:

Inmediatamente después de haber sido presentado á la nación hebrea, y de haber sido identifi-

[1] "Christus Comprobator," por Ellicott, páginas 121, 122.

cado por Juan el Bautista, Cristo se retiró al desierto para sufrir una tentación tan enteramente distinta de todo concepto humano respecto de esa clase de pruebas, que la realidad de la experiencia queda garantizada por la imposibilidad de que cualquier hombre de cualquiera edad pudiese haber inventado la narrativa de hecho semejante, narrativa que jamás hubieran podido inventar los evangelistas. Y siendo que se sufrió aquella experiencia en la soledad á la cual se había retirado Jesús, sin permitir que lo acompañasen amigos ni parientes, los detalles á ella referentes deben haber sido transmitidos por él á los evangelistas. Allí solo, "con las fieras" (Marcos 1.13), se nos dice que rechazó las sugestiones del mal, apelando á las Escrituras, y citando tres veces el libro del Deuteronomio, libro que de paso diremos ha sido uno de los campos de batalla de los críticos racionalistas del Antiguo Testamento.

Poco después de la tentación volvió á Nazaret, "donde había sido criado; y entró, conforme á su costumbre, el día del sábado en la sinagoga, y se levantó á leer. Y fuéle dado el libro del profeta Isaías: y como abrió el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor es sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas á los pobres: me ha enviado para sa-

nar á los quebrantados de corazón; para pregonar á los cautivos libertad, y á los ciegos vista; para poner en libertad á los quebrantados; para predicar el año agradable del Señor. Y rollando el libro, lo dió al ministro, y sentóse: y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó á decirles: Hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos." (Lucas 4.16–21.) En el desarrollo del discurso que á continuación presentó hizo alusión á la historia y milagros de Elías y Eliseo, según la relación contenida en 1.° Reyes 17.9 y en 2.° Reyes 5.14. Fijaos cómo toma su texto de aquel profeta, y de la parte de su profecía (Isaías 61.1) donde la crítica demoledora ha encontrado mayores tropiezos, y deduce pruebas textuales de aquellos pasajes que han sido objeto de más rudos ataques por parte de los doctores modernos—historias sobre las cuales han dejado sentir todo el peso de sus aptitudes como críticos, y las cuales han abandonado después de vanos esfuerzos, más obscuras que antes del examen crítico.

El sermón en la sinagoga de Nazaret fué causa de ofensa para mucha de la gente que le oyó. "Fueron llenos de ira y levantándose, le echaron fuera de la ciudad." (Lucas 4.28, 29.) Desde entonces hasta donde es posible considerar

que tuviese morada propia, vivió en Capernaum. Aquella ciudad vino á ser el centro de sus expediciones evangelistas en Palestina, y presto sobre un colina de las cercanías el evangelista Mateo nos lo muestra predicando lo que se ha llamado el "Sermón del Monte"—un discurso que tanto cristianos como incrédulos reconocen como la más noble expresión que ha escuchado la humanidad, y digno de aparecer por siempre al lado de los Diez Mandamientos del Sinaí. Antes de haber avanzado mucho en su disertación sintió la necesidad de repudiar ó revisar las enseñanzas antiguas. Mas para que ninguno de sus oyentes se imaginase que en aquel sermón se apartaba el Maestro de las Sagradas Escrituras, introduce esa parte de la discusión con estas palabras: "No penséis que he venido para abrogar la ley ó los profetas; no he venido para abrogar, sino á cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas." La fuerza de estos términos se nota en la expresión, "porque de cierto," expresión que sólo usaba Jesús cuando trataba de dar mayor énfasis á alguna verdad importantísima, como cuando enseña á Nicodemo acerca del nuevo nacimiento. Es dig-

no de notarse también el hecho de que cuando se aproximaba el fin de su ministerio hace uso de la misma forma de expresión, prediciendo la vida duradera de sus propias palabras: "El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán."

Frente á sus antagonistas en controversia pública, cuando era necesario hablar con mayor precaución y apelar más directamente al conocimiento, citó el Antiguo Testamento como quien se refiere á indisputable criterio de verdad. Cuando los saduceos trataban de destruir la doctrina de la resurrección y se acercaron á él, presentándole el caso de una mujer que sucesivamente había sido la esposa de siete hermanos. Cuando ella muera, le preguntaron, y en la resurrección, ¿de cuál de los siete será ella mujer? Jesús rebatió la inferencia que ellos trataban de deducir, afirmando: "Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios." Basando su argumento sobre una sola palabra contenida en un pasaje histórico del libro del Éxodo, anonada á sus adversarios con la interrogación: "Y de la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os es dicho por Dios, que dice: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vi-

vos." (Mateo 22.31–33.) Y el evangelista no dice que los saduceos dudaron de la competencia de la autoridad que él había invocado, sino que añade: "Y oyendo esto las gentes, estaban atónitas de su doctrina."

Aquí tenemos, por lo tanto, un caso en que Jesús afirma solemnemente que Dios ha hablado á los hombres, y aunque la palabra fué dirigida en primer lugar á Moisés (compárese Marcos 12 con las narrativas según Mateo y Lucas), y transmitida mediante la escritura á los saduceos, con todas las contingencias incurridas al copiar y para preservar su palabra á través de los siglos, cuando él la describe con justicia como "lo que es dicho por Dios" á vosotros. (Mateo 22.31.)

En cierta ocasión "llegándose uno de los escribas que los había oído disputar y *sabía que les había respondido bien*, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos?" (Marcos 12.28.) Jesús le contesta con una cita del Deuteronomio (6.4, 5): "Oye, Israel, Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás á Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu poder." Añade también una cita tomada del Levítico (19.18): "Amarás á tu prójimo como á ti mismo."

Al mismo tiempo, mientras que los fariseos,

dice San Mateo, "estando juntos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué os parece del Cristo? ¿de quién es Hijo? Dícenle: De David. Él les dice: ¿Pues cómo David en Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor á mí Señor: Siéntate á mi diestra, entretanto que pongo tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su Hijo?" El evangelista dice, refiriéndose á este incidente: "Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más."

Comentando esta observación del evangelista, el doctor Gaussen de Ginebra, con toda energía demanda una explicación. "¿Cómo debemos interpretar la actitud de aquellos fariseos entre quienes ni uno solo se atrevió á contestar? ¿Qué, se propone insistir sobre un solo vocablo tomado de una poesía, eminentemente lírica, donde el real salmista bien hubiera podido, sin graves consecuencias, emplear una construcción exagerada, y expresiones no bien meditadas desde el punto de vista teológico, antes de emplearlas en el verso? ¿Seguiría usted procedimiento tan minucioso, al interpretar cada expresión, pecando así de fanatismo y servilismo? ¿Adoraría á tal extremo la letra de la Escritura? ¿Edificaría por ventura toda una doctrina sobre una sola

palabra?"[1] Expresándose con mejor juicio acerca del uso que del Salmo 110 hizo Jesús, afirma el Obispo Ellicott: "Lo que se puede deducir de este pasaje en particular es lo siguiente: Primero, que el salmo fué escrito por David, y por lo tanto esta expresión sobrescrita es correcta. Segundo, que David escribía impulsado por la directa inspiración del Espíritu Santo. Tercero, que la referencia al Mesías es tan clara que bien puede considerarse á David como conscientemente hablando de él."[2]

El silencio obligado de los adversarios de Jesús—ninguno se atrevió "desde aquel día á preguntarle más" (Mateo 22.46; Lucas 20.40)—es prueba concluyente de que la divina autoridad de las Escrituras hebreas era universalmente reconocida cuando Jesús predicaba en Palestina, y que, lejos de manifestar desconformidad con esa manera de considerar su carácter, constantemente apelaba á ellas, confirmando su autoridad. El triunfo completo de este método, victoria á la cual se refieren Mateo y Lucas, empleando este último palabras tan expresivas como "después ninguno se atrevía á preguntarle más."

---

[1] "Theopneustia," por Gaussen, página 99.

[2] "Christus Comprobator," página 174.

Todo esto entraña la más alta significación. ¿No sería oportuno preguntar si aquello que fué el fin de la controversia entonces no lo debería ser hoy?

Pasando por alto multitud de otros casos semejantes en que Cristo confirmó de igual modo la autoridad del Antiguo Testamento, terminaremos el estudio de esta fase de nuestras investigaciones mencionando dos incidentes que pertenecen al período de los memorables cuarenta días transcurridos desde la resurrección hasta la ascensión. Este período parece haber sido empleado por él para confirmar la fe de sus discípulos con muchas "pruebas indubitables" (Actos 1.3) de su resurrección, y para dar mandamientos respecto de la propaganda de su Evangelio y el establecimiento de su Iglesia en el orbe "á los apóstoles á quienes él había escogido."

En uno de estos días, el tercero después de la crucifixión, y el primero después de la resurrección, dos de sus discípulos recorrían el camino que conduce á la villa de Emaus, "la cual distaba de Jerusalén como sesenta estadios." Caminaban "tristes" y perplejos, comulgando y razonando mutuamente acerca de los extraños acontecimientos del día, cuando "Jesús se llegó é iba con ellos juntamente. Mas los ojos de ellos estaban embargados, para que no le conociesen." Inte-

rrogándoles respecto de la causa de su tristeza, logró que le contasen la relación de cómo "Jesús Nazareno, el cual fué varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo," había sido condenado á muerte y crucificado, aunque ellos habían llegado á abrigar la esperanza de que él fuese el Mesías destinado á redimir su nación. Le hablaron también de la resurrección que algunas mujeres de su círculo habían referido, de la visión de los ángeles y del informe de ciertos varones que habían visitado el sepulcro y lo habían encontrado vacío, según el decir de las mujeres, mas no habían logrado ver al Salvador resucitado. "Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer á todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y de todos los profetas, declarábales en todas las Escrituras lo que de él decían." (Lucas 24.13–27.)

Más tarde, en otra ocasión, mientras que participaba de frugal comida con algunos de sus discípulos, de quienes afirmó que deberían serle testigos entre todas las naciones, comenzando en Jerusalén, "les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era nece-

sario que se cumpliesen todas las cosas que están escritas de mí en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los Salmos. Entonces les abrió el sentido, para que entendiesen las Escrituras." (Lucas 24.44, 45.) Se habrá observado que con detalle de descripción identifica y aprueba el canon hebreo: "Moisés," "los profetas" y "los Salmos," todo se halla comprendido en él.

¿Acaso puede haber sombra de duda de que si Jesús no creía el Antiguo Testamento como revelación de Dios, intencionalmente hizo caer en error á sus adversarios, á sus discípulos y á todos los que le escucharon? Si aún hay lugar para dudas, veamos si es posible encontrar lo que los más sabios entre ellos creían y enseñaban sobre el asunto subsecuentemente. Eso nos demostrará que si Jesús no los engañó, al menos los colocó en el terreno de las víctimas, víctimas durante toda la vida, del engaño popular de su tiempo respecto de la autoridad de las Escrituras.

El predicador de Pentecostés, Simón, hijo de Jonás (cuya noble confesión en Cesarea de Filipo, unas semanas antes de la crucifixión, mereció caluroso elogio de parte del Maestro), en aquella memorable ocasión cuando tres mil almas en la ciudad de Jerusalén abandonaron repentinamente el Judaísmo para abrazar el Cristianismo, citó

con toda aprobación, en el curso de su admirable sermón, de la profecía de Joel, y dos veces de los Salmos de David, además de ciertas alusiones á las profecías de Isaías, Ezequiel y Zacarías (Actos 2.16). Digno es de notarse que uno de los salmos citados es el mismo de que se sirvió Jesús para terminar la controversia con los fariseos. Evidentemente Pedro había aprendido del Maestro la recta interpretación del Salmo 110.

Poco tiempo después Pedro, dirigiéndose á un concurso de personas que se habían congregado en el pórtico del templo llamado de Salomón, y con motivo de una curación que habían efectuado Juan y él en persona de un paralítico, afirmó que los hechos relativos á la crucifixión de Jesús eran "de los que había antes anunciado Dios por boca de todos sus profetas que su Cristo había de padecer." (Actos 3.18.) En el mismo discurso citó del Deuteronomio (al cual su Señor le había enseñado que se refiriese como á lo que "Moisés decía") una predicción del Mesías, y añade: "Y todos los profetas desde Samuel, y en adelante todos los que han hablado, han anunciado estos días." (Actos 3.24.) Aquí encontramos una declaración que lo incluye todo: "todos los profetas desde Samuel y todos los que han hablado." La presentación de Samuel en esta parte del dis-

curso de Pedro parece tener por principal objeto afectar á los críticos demoledores, como la reaparición del profeta en la gruta de Endor afectó al apóstata rey Saúl, de quien "Dios se había alejado," y quien cuando Samuel le dirigió la palabra "cayó cuan largo era á tierra, y tuvo gran temor por las palabras de Samuel, y no le quedaba esfuerzo alguno." (1.° Samuel 28.20.)

Esteban, el protomártir, en su defensa ante aquellos que lo lapidaron hasta darle muerte, repasa con perfecta confianza de su parte, y sin contradicción alguna por parte de sus acusadores, toda la historia israelita según se halla registrada en el Antiguo Testamento, y afirma que la historia de la nación abundaba en actos de desobediencia á sus profetas inspirados, lo que él reprueba como "resistencia al Espíritu Santo." (Actos 7.51.) Insuficientes para refutar su apelación á las Escrituras, é impotentes para imponerle silencio "con fuerza de argumento, recurrieron al argumento de la fuerza," arrojándolo fuera de la ciudad y apedreándolo hasta causarle la muerte. Y Saulo de Tarso, hombre poderoso en las Escrituras, estuvo presente y consintió en aquella muerte.

Este mismo Saulo se convirtió más tarde, y llegó á ser un apóstol, "en nada inferior á los

más eminentes." (2.ª Corintios 11.5.) Su cambio de partido en la tremenda lucha que surgió en Palestina con motivo de la resurrección de Jesús, corto tiempo después de la crucifixión, le costó mucho. El mismo afirmó que le había "costado la pérdida de todo." Mas al pasar del Judaísmo al Cristianismo había una cosa que nunca pensó en abandonar—las Escrituras hebreas: por el contrario, se afianzó más á ellas, y con mayor tenacidad y ternura que nunca. Cuando estuvo preso en Roma, sin esperanza de volver á recobrar su libertad, aherrojado, y con mayor firmeza unido á Cristo (Actos 28.20), su corazón se inclinaba anhelante hacia los preciosos pergaminos que había dejado en poder de su amigo Carpo, en Troas, el día de su segunda aprehensión. Leyendo aquellos escritos deseaba pasar los días eternos y largas vigilias de su prisión, y escribía á Timoteo que se los remitiese. Su carta recuerda á uno de la epístola llena de ternura que Guillermo Tyndale, mártir también, escribió desde los húmedos y sombríos calabozos de Vilvoorde. Este grande entre los grandes traductores de la Biblia escribe á un amigo al entrar el invierno, suplicándole ruegue al comisario se sirva enviarle "una gorra de lana," "una casaca más caliente," "una camisa de franela" y

"unas tiras para remendar sus polainas," y añade: "Pero sobre todo ruego é imploro intercedas con el comisario para que me envíe mi Biblia hebrea, gramática y vocabulario, para poder consagrar mi tiempo al estudio de esas obras."[1] Este noble mártir, esperando su hora de ascensión efectuada en Antwerp, no estudió con mayor devoción la Biblia hebrea, en las frías celdas de Vilvoorde, que Pablo las Escrituras del Antiguo Testamento, mientras esperaba en un calabozo romano el advenimiento de su Señor para recibir su corona. Escribiendo á Timoteo, con su mano aprisionada por grilletes, exhorta á su querido hijo en el Evangelio: "Empero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salud por la fe que es en Cristo Jesús. Toda Escritura *es* inspirada divinamente y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruído para toda buena obra." (2.ª Timoteo 3.14–17.)

---

[1] Cita de Farrar en "Los Mensajes de los Libros," página 392.

Evidentemente los antiguos judíos no tenían en mayor reverencia las Escrituras hebreas que los apóstoles de Jesús y la Iglesia Primitiva. Y si en esto se apegaron tanto á raquíticos elementos de un Judaísmo obstinado, incurriendo así en grandes errores, bien pudieron alegar en su favor que su Maestro había dispensado gran deferencia al Antiguo Testamento.

Y aún queda otra prueba que viene á demostrar que no equivocamos la actitud de Jesús respecto de los libros sagrados de los judíos: prueba tan notable como peculiar. Nos referimos al testimonio de algunos de los modernos críticos históricos, llamados por algunos "críticos de alta escuela." Revelan en sus escritos la conciencia de que sus teorías están en conflicto con las enseñanzas de Jesús, y adoptan un medio tan burdo como blasfemo para escapar el bochorno de su apurada posición. Encontrándose en antagonismo con las palabras de Jesús, apelan de su autoridad, alegando lo que alguien ha llamado su "falibilidad intelectual" como parte de esa limitación de su humanidad conocida técnicamente como su *Kenosis*. Los soldados romanos se resistieron á romper la túnica sin costura de Jesús; mas estos analíticos de la encarnación, á fin de llenar las exigencias de una hipótesis insosteni-

ble, parten las naturalezas divina y humana de Cristo, para que su divinidad pueda escapar la responsabilidad de su humanidad, lo cual hace eco á la opinión popular de aquella edad de superstición, en vez de expresar la inmutable verdad del Dios eterno. Inventan una teoría de humillación mesiánica que impone á Jesús una limitación de conocimiento, sin restricción de expresión; su neciencia es más profunda que su silencio. Es evidente que empleando un procedimiento de esa naturaleza se obtiene no un Dios-hombre, sino un hombre falso. Una *kenosis* que deprime el intelecto hasta hacerlo inferior al nivel de capacidad que se requiere para distinguir si las Escrituras hebreas son una revelación de Dios, pero deja en libertad las facultades de la palabra, para declararlas equívocamente como tal revelación, no es la *kenosis* de los evangelistas ni de San Pablo. Nos presenta un centauro teológico, concebido con dolor y monstruosamente dado á luz por una crítica apurada, y no al niño de Belén, nacido de la virgen María.

Y sin embargo, tal es la imagen ante la cual nuestros magos racionalistas ofrecen sus tesoros y derraman mirra é incienso. Kuenen afirma: "Con respecto al Maestro reverenciado hay que

sostener el derecho de la crítica."[1] El Dr. Crawford Howell Toy dice: "Como hombre individual, Jesús necesariamente poseía medios y visiones intelectuales definidos y limitados, y sólo podían ser propios de su época y generación. Como Maestro de verdades espirituales enviado de Dios y poseído de Dios, es universal; como lógico y crítico, pertenece á su tiempo." Rothe sostiene: "El Redentor nunca pretendió ser un guía infalible, ni siquiera por regla general precisa, del Antiguo Testamento. Á la verdad que no pudo haber sostenido esta pretensión, pues la interpretación es una función esencialmente científica, y dependiente para su existencia de medios científicos, los cuales, en relación con el Antiguo Testamento, no estaban perfectamente á disposición de Jesús ni á la de sus contemporáneos." El mismo giro se observa en el capítulo por el Canónigo Gore sobre la Inspiración en el bien conocido libro, intitulado *Lux Mundi.*

Estos neólogos han pasado del análisis de las Escrituras al del Mesías de las Escrituras. Negando la presciencia sobre la inspiración divina de los profetas hebreos, han llegado hasta de-

---

[1] "Profetas y Profecías en Israel," página 547, citado por el Obispo Ellicott en "Christus Comprobator," página 97.

mandar el derecho de vivisectar la encarnación y de determinar en detalle las funciones de las partes por separado de la unión hipostática. Han ensanchado los dominios de sus propias facultades críticas, limitando la esfera de conocimentos del Maestro. Nos invitan á que nos unamos á ellos en la adoración de su Mesías de su propia invención: especie de Gemelos Siamenses, la persona divina del sér dualmudo como la Esfinge, y la persona humana tan hablantina y abundante en equívocos como el ambiguo Oráculo de Delfo. Aseguran ellos que este producto de su propia manufactura es el Dios-hombre de los evangelistas, quien durante su permanencia en la tierra sabía lo que *era*, pero ignoraba lo que *hablaba*. Para desalojar á Moisés y los profetas del monte de la inspiración, hablan con menos razón que el atolondrado discípulo cuando trató de detener al gran legislador y á Elías en el monte de la transfiguración.

De todas las pretensiones vanas y vacías especulaciones huyen el buen sentido y la fe para buscar el verbo profundo de Jesús y su plegaria intercesora por sus primitivos discípulos y la Iglesia futura, en la noche anterior á su crucifixión: "Ahora ya han conocido que todas las cosas que me diste son de ti. Porque las palabras que me diste, les he dado, y ellos las recibieron,

y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste." ¿Podemos por ventura limitar este aserto de Jesús, el cual asegura que dió á sus discípulos las palabras que él había recibido del Padre, sin incluir lo que dijo á ellos respecto del Antiguo Testamento, y que comprenda sólo aquello que les enseñó acerca de su propia autoridad? ¿Será propio colocar esta limitación sobre la instrucción que se dió á los discípulos antes de la ascensión, cuando estaban á punto de principiar su obra como "testigos" entre todas las naciones, y cuando, á fin de prepararlos para el desempeño de su grandiosa misión, "abrió el entendimiento de ellos para que pudiesen entender las Escrituras?" ¿Acaso estaba ofuscado su intelecto, mientras ilustraba y liberaba la mente de los discípulos? Si así fuese su estatura, se reduce hasta quedar no sólo inferior á la del Hijo de Dios, sino aun más baja que la de hombres inspirados. La lógica de esta especie de especulación desde los primeros pasos hace al Dios-hombre inferior á un hombre inspirado; y en seguida, colocándole después en un terreno inferior aun al de un hombre inspirado, hasta confundirlo con los hombres equívocos; y, por fin, debe declararlo menos que en hombre fidedigno, haciéndolo aparecer como impostor.

Así se llega á la conclusión de que la luz más pura que haya brillado sobre los hombres no fué otra cosa que tinieblas.

¿Qué queda entonces? ¡Se ha extinguido la luz de las Escrituras hebreas, y Jesús, la luz del mundo, ha desaparecido! Ni los mismos críticos podrían soportar tal obscuridad, pronto faltarían universidades que los apoyasen, y bibliotecas en donde hacer investigaciones, y manuscritos que comparar, y oyentes y lectores para recibir los resultados de sus estudios. Permitid que permanezca la creencia de que las Escrituras hebreas carecen de autoridad y que Jesús es un Maestro digno sólo de limitada confianza; que la desconfianza en estas grandes fuentes de verdad, de donde han derivado su inspiración los cerebros más nobles y las civilizaciones más elevadas, se generalice, y pocos en verdad serán aquellos que tengan en algo la investigación de la verdad. Como con gran elocuencia se ha dicho: "La religión no abandonará sola este mundo. Cuando la arregléis para morir, preparad también lágrimas para otros muchos objetos de cariño. El arte, la literatura, la cultura y la religión han protestado morir y ser sepultados como han vivido: enlazados íntimamente."

Jesús, quien vino á dar testimonio de la ver-

dad, es un testigo verdadero. No fué engañado ni condujo á sus discípulos y á la humanidad por sendas de error. Las Escrituras del Antiguo Testamento son los "Oráculos de Dios" (Romanos 3.2). El pueblo hebreo que las recibió gozó de privilegios especiales; pero mucho mayor es el privilegio de la república cristiana, la Iglesia de Dios, que las ha heredado juntamente con las bendiciones de Aquel que, habiéndolas cumplido, ha abierto el entendimiento de sus discípulos para que contemplen las maravillas de las páginas sagradas.

Las autentiza y las interpreta, impartiéndoles una autoridad que sin él nunca hubieran podido poseer. Jesús es más elevado que el más alto de los críticos y posee mayor verdad que el más verdadero. Él es *Christus Auctor*. La tierra y los cielos pasarán, pero ni una tilde ni una palabra del Antiguo Testamento pasará antes de su debido cumplimiento.

XI

CUANDO DIOS VIVIÓ ENTRE LOS HOMBRES, ¿PROPORCIONÓ MATERIAL PARA LIBROS SAGRADOS, ADEMÁS DE LOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO? ¿QUÉ AUTORIDAD IMPARTIÓ JESÚS AL NUEVO TESTAMENTO?

"Estas cosas he escrito á vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios."—*San Juan.*

"El Nuevo Testamento se halla escondido en el Antiguo, y el Antiguo está revelado en el Nuevo."—*San Agustín.*

"El problema respecto del valor que debe atribuirse á la colección de obras contenidas en el canon es y continuará siendo un problema puramente histórico; la Iglesia mediante la cual ha llegado hasta nosotros existe, no como una autoridad infalible, sino como un venerable testigo de la verdad."—*Van Oosterzee.*

"El principio por el cual se determina el canon del Nuevo Testamento es igualmente sencillo. Aquellos libros, y aquellos solamente, que según pruebas irrefutables han sido escritos por los apóstoles, ó han sido sancionados por ellos, deben reconocerse como autoridad divina."—*Dr. Charles Hodge.*

XI

CUANDO JESÚS VIVIÓ ENTRE LOS HOMBRES, ¿PROPORCIONÓ MATERIAL PARA LIBROS SAGRADOS, ADEMÁS DE LOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO? ¿QUÉ AUTORIDAD IMPARTIÓ JESÚS AL NUEVO TESTAMENTO?

Como personaje histórico Jesús aparece entre la época comprendida entre los libros sagrados de los judíos y los libros adicionales reconocidos como sagrados por la Iglesia Cristiana. Mirando hacia el pasado, sanciona el Antiguo Testamento, formado por libros acerca de los cuales dice Josefo, el historiador hebreo: "todos los judíos son por instinto impulsados á creer en ellos desde su infancia, como si fuesen decretos de Dios, á obedecerlos y, si fuese necesario, á morir por ellos." Si, después de su presentación entre los hombres, hay que añadir otros libros sagrados, Jesús debe proveer lo necesario para su escritura. Es incompatible con los fines de la revelación, y contrario al método de revelación tan claramente visible en el Antiguo Testamento, que él mismo de su propio puño escribiese un libro sagrado. Tal libro no podría inspirar fe devocional en el corazón de un agente libre como el

hombre, sino que inevitablemente redundaría en fracaso para el objeto mismo de una revelación divina, conduciendo no á la adoración de Dios, sino á la alabanza de sí mismo. Si Jesús hubiera escrito un libro, el orbe no estaría lleno del Cristianismo, sino pletórico de bibliolatría.

Por otra parte, es inadmisible que una manifestación de Dios como la que se halla registrada en la primera parte de la historia de Jesús no fuese seguida de Escrituras formadas por alguien. Como afirma con gran fuerza el Rev. Juan Cairns: "Resultaría por demás anómalo poseer registros de una revelación divina en el Antiguo Testamento sancionados por el Salvador, mientras que la última, y por muchos títulos la más importante etapa de la revelación, quedase sin ninguna garantía. Esta no es una deducción meramente *a priori*. Se necesitarían las evidencias más bien fundadas para demostrar que por alguna razón misteriosa la analogía sería insostenible. Por lo tanto la Iglesia nunca creerá que los documentos que parecen suplir esta necesidad no tuvieron por fin cumplirla, ó que las Escrituras del Nuevo Testamento fueron escritas con menos cuidado y redactadas con menor atención á detalles que aquellas que el Salvador trató siempre con marcada deferencia."

Si se permite hablar así, la alternativa ante Jesús no era: ningún libro ó el Nuevo Testamento, sino que la verdadera selección debería hacerse entre el Nuevo Testamento y una abundancia de insustanciales libros apócrifos. Hubiera sido imposible el que su venida en la edad de Tiberio no impulsase á los escritores á trabajar, y á menos que se formulase una exposición verdadera y fidedigna de su vida y doctrina, desde luego saltaba á la vista el hecho de que su carrera admirable daría lugar á un sinnúmero de historias más ó menos supersticiosas, y acabaría por engendrar un cuerpo de fábulas aun desprovistas de la virtud de haber sido concebidas con habilidad. Díganlo si no los evangelios apócrifos de la edad que sucedió á la de los apóstoles. Dígalo si no el caso de Licurgo, cuya biografía escrita por Plutarco comienza así: "Acerca de Licurgo, nada tenemos que relatar que haya sido reconocido como cierto é incontrovertible. Hay tantas y tan diferentes relaciones de su nacimiento, sus viajes, su muerte y especialmente de las leyes y forma de gobierno por él establecidas. Pero en lo que menos están de acuerdo sus biógrafos es en determinar con precisión la época en que vivió este hombre célebre." Si así sucedió con Licurgo, quien no pudo haber vivido

más de mil años antes de Plutarco, ¿qué resultados podríamos tener nosotros que vivimos en los principios del siglo veinte, si no se hubiera escrito el Nuevo Testamento? El resultado inevitable sería contrario á los fines que Jesús vino á cumplir.

Á sus discípulos más inmediatos que estuvieron con el Señor Jesús todo el tiempo que entró y salió entre ellos (Actos 1.21) les prometió la dirección especial de la inspiración durante todo el período del ministerio de aquellos obreros singulares, quienes, como "testigos," no deberían tener, y de hecho no tuvieron, sucesores en su labor de propagar las doctrinas de Jesús y de establecer su Iglesia. No es posible imaginarse cómo aquellos varones, sin auxilio semejante, hubieran podido cumplir la misión que se les encomendó. Les había dicho, después de declararles que toda potestad le había sido dada en el cielo y en la tierra: "Por tanto, id, y doctrinad á todos los gentiles, enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado." ¿Cómo podrían ellos haberlo hecho si él no hubiera añadido: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo?" ¿Cómo podrían ellos haber recordado siquiera "todas las cosas" que él les había mandado si no se les hubiera concedido un

mentor, como el que se menciona en la promesa: "Estas cosas os he hablado estando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todas las cosas que os he dicho?" Y además les dijo: "Me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y Samaria, hasta lo último de la tierra." ¿Cómo pudo haberse cumplido este mandamiento, á fin de realizar algún fin elevado si sus palabras no hubieran podido penetrar hasta las regiones y tiempos que ellos personalmente no alcanzarían? Para la ejecución de obra tan magna era necesario la inspiración de un auxilio sobrenatural, ó el fracaso hubiera sido inevitable.

Gaussen expresa enfáticamente esta idea cuando dice: "Ellos fueron los inmediatos enviados (αποστόλοι) del Hijo de Dios; fueron por todas las naciones; poseían la seguridad de que su Maestro estaría con el testimonio que de él presentasen en las Escrituras Sagradas. ¿Requerían por esto menos inspiración para ir hasta los últimos confines de la tierra y hacer discípulos de todas las naciones que la de los profetas para ir á Israel y enseñar aquel pueblo? ¿Acaso no tendrían que promulgar todas las doctrinas, todas las ordenanzas y todos los misterios del reino

de Dios? ¿Por ventura, no tenían que llevar "las llaves del reino del cielo" de tal manera que lo que ellos atasen ó soltasen en la tierra debería ser atado ó soltado en el cielo? . . . ¿No tenían que dar cuenta de las inimitables palabras de Jesús? ¿No tenían que ejecutar milagros en la tierra, funciones que no podrían transmitirse sino á sus representantes y embajadores, como si el mismo Cristo hablara por medio de ellos? (2.ª Corintios 5.20.) ¿No estaban llamados á gloria tan grande que en la gran regeneración final, cuando el Hijo del hombre se sentará en el trono de su gloria, ellos también se sentarán sobre doce tronos, juzgando á las doce tribus de Israel? (Mateo 19.28.) Ahora bien, si los varones justos de Dios necesitaron de la inspiración profética para mostrar al Mesías entre las sombras del pasado, con cuánta más razón la necesitaban para traer á luz la personalidad divina, y para colocarlo con toda evidencia sobre la cruz enarbolada entre nosotros (Gálatas 3.1) de tal manera que aquel que á ellos despreciase le despreciaría á él también, y aquel que á ellos oyese á él también oiría. (Lucas 10.16.) Juzguemos por todos estos característicos lo que la inspiración del Nuevo Testamento se propone ser, comparada con la del Antiguo; y veamos si juzgan-

do la última como enteramente profética sería racional tener en menos la del Nuevo Testamento."[1]

Y continúa: "Mas esto no es todo; escuchad las promesas que les fueron hechas para la ejecución de aquella obra. No hay lenguaje humano capaz de expresar con mayor fuerza la inspiración más absoluta. Estas promesas fueron recibidas por ellos principalmente en tres ocasiones: la primera, cuando fueron enviados á predicar el reino de Dios (Mateo 10.19, 20); después, cuando Jesús mismo pronunció discursos públicos sobre el Evangelio ante una multitud inmensa congregada por millares para escucharle (Lucas 21.12); la tercera, cuando de sus labios se escapó su última denunciación contra Jerusalén y la nación hebrea. (Mateo 13.2; Lucas 21.14–16.)

"Y cuando os trajeren para entregaros, no premeditéis qué habéis de decir, ni lo penséis: mas lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis." . . . "Y cuando os trajeren á las sinagogas, y á los magistrados y potestades, no estéis solícitos cómo ó qué habéis de responder, ó qué hayáis de decir; porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que será necesario decir." . . .

---

[1] "Theopneustia," página 75.

"Poned, pues, en vuestros corazones no pensar antes cómo habéis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se os opondrán."[1]

Después de agrupar así tan admirables promesas de Jesús á los apóstoles, este escritor devoto inquiere con insistencia: "Interrogamos si sería posible en cualquier lenguaje expresar de una manera más absoluta la más completa inspiración, y declarar con mayor precisión que las palabras mismas fueron sancionadas por Dios y dadas á los apóstoles."

Á todo esto, sin embargo, se podría objetar que tales promesas se referían exclusivamente á expresiones orales y que nada implicaban respecto de los escritos que nosotros consideramos. Á lo que en contestación preguntamos: *¿Es racional presumir* que sus expresiones pasajeras, de un instante, deberían estar garantizadas, mientras que los escritos permanentes destinados á perpetuar la fe y los cuales sólo ellos podían proporcionar, deberían ser producto de la incierta composición humana? ¿Acaso eran los apóstoles cual varas endebles sacudidas por los vientos casuales del Espíritu y que producían un follaje

[1] "Theopneustia," página 76.

verbal, el cual, al caer á tierra y descomponerse, se convertía en embono para fertilizar los terrenos estrechos de aquel tiempo; ó eran cual árboles plantados junto á las corrientes de las aguas, hundiendo sus raíces hasta tocar las capas terrestres perennemente irrigadas, y que producían hojas para la sanidad de las naciones? Citando otra vez al Dr. Gaussen: "¿No es por ventura á todas luces evidente que si para pasajeras exigencias se les impartió perfecta inspiración, como para callar á los perversos, para conjurar los peligros de un día, y para defender intereses limitados; si se les prometió tal inspiración, á pesar de que las palabras mismas de sus contestaciones les serían dadas por medio de la intervención poderosa pero inexplicable del Espíritu Santo; acaso no es evidente creer que tal auxilio no podría rehusárseles, cuando como los antiguos profetas tenían que continuar el libro de los Oráculos de Dios, y así transmitir á las generaciones subsecuentes las leyes del reino del cielo, y describir las glorias de Jesucristo y los cuadros de la eternidad?"[1]

Abundante y convincente por demás es la evidencia de que los apóstoles creían que tales promesas se referían no sólo á sus palabras habla-

[1] "Theopneustia," páginas 77 y 78.

das, sino también á todos sus escritos, y el peso de su testimonio respecto de su propia inspiración aumenta al considerar las circunstancias que el Rev. Enrique Wace con tanta oportunidad señala en sus *Conferencias de Bampton* de 1879: "Estos varones, dice el conferencista, no eran paganos de nacimiento ni de educación, ni estaban acostumbrados como los griegos á pensar con ligereza acerca de una Divinidad y de su comunión con ella. Eran judíos que tenían el tercer mandamiento constantemente delante de sus ojos, y para quienes el mero nombre de Dios poseía una solemnidad imponente é indecible." ¿Sería de creerse que estos varones: Juan, Pedro, Pablo, Santiago y Judas, hebreos entre los hebreos, se contasen ellos mismos, sin la debida autoridad de su Señor, entre los escritores inspirados de su nación? ¿Hubieran, por ventura, permitido y animado á Marcos, á Lucas ó á cualquier otro de sus inmediatos discípulos, á cometer tamaño despropósito?

Bien sabían ellos que constituían un círculo íntimo y exclusivo en el nuevo reino. Considerad el cuidado, hasta incurrir en equívoca precipitación, con que San Pedro y la Iglesia de Jerusalén escogen al sucesor de Judas. Si en tal acto incurren en error, no hay que atribuirlo á hombres inspirados, pues aún no descendía sobre

ellos el Espíritu Santo. Fijaos también con cuántas vacilaciones los antagonistas de San Pablo en Corinto aceptan el apostolado del sucesor de Judas, porque éste no pertenecía á los doce apóstoles primitivos. Le fué necesario presentar sus credenciales: "¿No soy apóstol? ¿no soy libre? ¿no he visto á Jesús el Señor nuestro?" (1.ª Corintios 9.1.) "Con todo esto, dice el mismo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, en señales, y en prodigios, y en maravillas." Considerad también cómo resuelve las mismas dificultades respecto de la aceptación de su autoridad en las iglesias de los Gálatas: "Pablo, apóstol (no de los hombres, ni por hombres, sino por Jesucristo y por Dios el Padre, que lo resucitó de los muertos), y todos los hermanos que están conmigo, á las iglesias de Galacia." Reconoce la fraternidad de sus "hermanos," mas no participación alguna en su apostolado propio. Al dirigir su salutación en la primera Epístola á los Corintios, le acompaña Sóstenes, pero sólo con el carácter de "hermano." Amaba á Timoteo con ternura y, sin embargo, éste quedó excluído de todo participio en el apostolado, cuando en la segunda Epístola á la misma iglesia escribe: "Pablo, apóstol de Jesucristo por

la voluntad de Dios, y Timoteo, el hermano." Mas cuando habla de Pedro, Santiago y Juan les llama "apóstoles" (Gálatas 1.19), siempre y en todas partes.

Además, si los apóstoles, sin autorización de parte de Jesús, hubiesen pretendido poseer títulos de divina inspiración, las iglesias, entre cuyos miembros había muchos judíos que profesaban gran reverencia á las escrituras inspiradas, nunca lo hubieran tolerado. Cuando la iglesia de Berea, por ejemplo, efectuó su organización, los judíos conversos que se contaban entre los miembros primitivos no recibieron como autorizada la palabra de los nuevos evangelistas, sin antes haber "escudriñado las Escrituras si estas cosas eran así." (Actos 17.11.) Por este motivo, lejos de merecer la censura del historiador de los Actos, se hicieron acreedores al elogio más digno, diciéndose de ellos que "eran más nobles que los de Tesalónica." (Actos 17.11.) Este incidente sirve como de índice al espíritu predominante y nos confirma en la creencia de que los apóstoles nunca hubieran pretendido poseer una inspiración que no habían recibido, y que las iglesias hebreas no hubieran tolerado tal pretensión, á menos que hubiese estado bien fundada. Pero, como veremos en seguida, el título de inspira-

ción fué sostenido por los apóstoles y reconocido por las iglesias.

Escribiendo á la iglesia de Éfeso, dice San Pablo: "Leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi inteligencia en el misterio de Cristo, el cual misterio en los otros siglos no se dió á conocer á los hijos de los hombres como ahora es revelado á sus santos apóstoles y profetas en el Espíritu." (Efesios 3.4, 5.) Y al escribir á los corintios se coloca él, juntamente con sus compañeros en el apostolado, por encima de los profetas: "Y á unos puso Dios en la Iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero doctores; luego facultades; luego dones de sanidades, ayudas, gobernaciones, géneros de lenguas." (1.ª Corintios 12.28.) En concordancia con esta posición que él tomó para sí, la más elevada en toda la jerarquía de agentes en la Iglesia divinamente auxiliados, pregunta: "Qué, ¿ha salido de vosotros la Palabra de Dios? ¿ó á vosotros solos ha llegado? Si alguno, á su parecer, es profeta, ó espiritual, reconozca lo que os escribo, que son mandamientos del Señor." (1.ª Corintios 14.36, 37.) Á este mismo respecto escribe San Juan: "Nosotros somos de Dios: el que conoce á Dios, nos oye: el que no es de Dios, no nos oye. Por esto conocemos el espíritu de verdad

y el espíritu de error." (1.ª Juan 4.6.) Ahora bien, si estos escritos son en verdad obra de los apóstoles, y si, como hemos visto, nadie se atreve á negar la paternidad paulina de las Epístolas á los Corintios y á los Gálatas; entonces los apóstoles fueron inspirados, como pretenden haberlo sido, ó perpetuaron un fraude en el mundo, ó fueron víctimas de una alucinación. La teoría del fraude queda excluída por la pureza singular de sus vidas, los martirios que sufrieron por la verdad que proclamaban, las impresiones que dejaron en el ánimo de sus contemporáneos y la fuerza duradera que han ejercido en la vida de la humanidad durante todas las edades subsecuentes. Los escritos por sí mismos descartan la idea de la alucinación. Se nota en ellos tal serenidad en la marcha, adunada á cierta simplicidad tan sublime que ningún intelecto alucinado sería capaz de alcanzar ni por un momento siquiera, menos sostener continuamente. Y estos característicos admirables se palpan tanto en las últimas composiciones como en las primeras. Las alucinaciones son siempre meteóricas, brillan con más ó menos intensidad en su gira, y luego se consumen por el calor mismo que desarrollan en su movimiento. Pero Pablo, á la hora de la muerte, escribe á Timoteo con la misma serenidad

é ilación de ideas que se nota en sus escritos dirigidos á las iglesias gálatas en los primeros días de su labor misionera. Las portentosas imágenes del Apocalipsis nunca llegaron á sobrepujar en poder al espíritu del desterrado de Patmos, y en las Epístolas de San Pedro se nota el mismo reposo, claridad y concordancia en pensamiento y expresión.

Mas si se alegare que no existen pruebas para demostrar que estos escritos se deben á la pluma de los apóstoles y sus compañeros (aserto infundado, como ya queda demostrado), y que por lo tanto no poseemos la seguridad de que ellos hayan pretendido estar inspirados, por nuestra parte contestamos: si escritores anónimos publicaron obras falsificadas calzándolas con los nombres de los apóstoles, ¿cómo se explica que estos falsificadores hayan puesto la presunción de la inspiración en labios de aquellos hombres cuyos nombres falsificaban, á menos que estos mismos estuviesen acostumbrados á sostener tal título? Cuando un individuo desempeña el papel de otro, ¿lo hace con naturalidad ó con afectación? Además, ¿cómo explicar el hecho de que tantos genios anónimos apareciesen al mismo tiempo, con aptitudes suficientes para imitar perfectamente á los apóstoles, dotados de tan grande modestia que siempre se mantuvieron ocultos, y caracteri-

zados por malevolencia tal que sin escrúpulo alguno cometieron el fraude más estupendo? Las hipótesis de la crítica escéptica requieren para su propio apoyo tantos cadáveres de gigantes que con sus huesos bastaría para cubrir el lúgubre valle de la visión de Ezequiel. Sin embargo, nunca han logrado conseguir que sople viento sobre sus creaciones cretáceas para levantar una siquiera que dijese su propio nombre. Hace algunos años que Herr Emilio Brush rescató de sus escondites en Deir-el-Bahari las momias de los Faraones, y surcó las aguas del Nilo, rumbo á Cairo, con su cargamento de "armazones reales." Aunque habían estado sepultadas desde los tiempos de Moisés y el Éxodo, bien se ha podido determinar sus nombres. Mas en vano bogan los críticos en agujereadas barcas, esforzándose por ascender la corriente de la historia apostólica, y cargados de gigantes históricos tan misteriosos é inconcebibles como los protagonistas de las *Mil y Una Noches*. Y aun más, ¿cómo es posible que iglesias en donde comulgaban tantos judíos, educados desde su infancia á ver con reverencia los escritos inspirados, hayan sido tan fácilmente engañadas por gigantes anónimos? Además, aún no se extingue el genio de la raza. ¿Por qué no presenta alguno de los críticos de nuestros

días una buena imitación de Pablo, ó Pedro ó Juan? Á juzgar por lo que dicen los críticos hoy nos confronta una magnífica oportunidad para manufacturar una nueva epístola de San Pablo. Nos alegan que se ha perdido una epístola dirigida á la iglesia de Laodicea. Laodicea no estaba á gran distancia de Éfeso y Colosas, y todo el material necesario para reconstruir la historia de aquella región y época están al alcance de los críticos. ¡Que alguno de ellos escriba una epístola que pueda colocarse entre las de Efesios y Colosenses, las cuales han sido atribuidas á San Pablo por la Iglesia, sin causar en el ánimo de los hombres tremendos disturbios! Alguno de ellos, ó todos juntos, si les fuese posible ponerse de acuerdo siquiera por un solo día, deberían mostrar capacidad suficiente para ejecutar una obra que ellos mismos atribuyen á escritores anónimos de la primera y segunda centurias de nuestra era. "Algunos de ellos se atreven á tratar á Pablo como un tutor trata á sus discípulos; se atreven á arreglar de nuevo sus pensamientos, á señarles los de mayor y los de menor importancia, á mostrarle donde se desvía de su tema y en que partes pierde la ilación de sus discursos."[1] Con

[1] "Bases de la Fe," por Wace, página 75.

toda seguridad hombres tan doctos bien puedeñ escribir la epístola que debería haber sido enviada á los cristianos de Laodicea, si no les es posible recobrar la que según ellos se ha perdido. No les exigimos que encuentren la que se perdió, porque carecen por completo de las aptitudes necesarias para encontrar cosas perdidas en la edad apostólica, habiendo perdido toda una generación de genios anónimos que pertenecen á aquel período. Pero saben hacer buen uso de la imaginación. Que se imaginen una epístola á los Laodicenses. Aunque no sea extensa. Quedaremos satisfechos si nos proporcionan una de la extensión de los ocho versículos que constituyen el mensaje á los laodicenses, contenido en el tercer capítulo de la Revelación de San Juan.

Mas no hay que aventurarse. Bien sabe el mundo lo que pueden producir hombres faltos de inspiración y de lo que son capaces cuando pretenden hacer hablar y obrar á los apóstoles ante nosotros. ¿Por ventura no poseemos los Evangelios apócrifos? ¿Acaso no contamos también con las obras de los autores de *Ben Hur* y *Quo Vadis?* Que cualquiera persona imparcial, si está dispuesta para hacerlo, compare la relación contenida en los Actos, de la experiencia por que pasó San Pablo en el camino de Damasco, con

la aparición de Cristo á San Pedro contenida en el capítulo sesenta y nueve de *Quo Vadis*. Sienkiewicz no carece de imaginación ni de fuerza en sus expresiones; pero entre su novela y la narración de San Lucas media una distancia inmensa. Parece poseer todo lo que el arte meramente terrenal puede proporcionar y con lo cual no contaba San Lucas; y sin embargo, en fuerza y en la nobleza de impresión que deja en el ánimo del lector muy inferior al escritor apostólico. Parece faltarle cierta cualidad elevada y ultraterrenal que aparece en cada página de los Actos, y si se nos preguntara que designásemos el nombre de la cualidad que falta, ¿podríamos acaso emplear término más oportuno que inspiración?

Mas no estamos obligados á recurrir á argumentos de este género; si bien es cierto que son de efecto. La Iglesia no es institución de ayer. Su testimonio merece consideración especial. Y tened presente que lo que se invoca no es su autoridad, sino su testimonio. El canon del Nuevo Testamento no fué determinado por concilios, sino establecido por la evidencia. Tampoco apela á impresiones subjetivas al fijar la base de su aceptación. Últimamente ha venido popularizándose en determinados círculos la costumbre de fijar criterio tan vano y movedizo como me-

dio de prueba de las Escrituras. Uno de los exponentes de esta escuela expresa así la posición tomada por él y sus compañeros de armas contra la ortodoxía: "Nosotros determinamos la inspiración del libro juzgando su carácter interno y la voz del Espíritu Santo hablando en él al creyente."[1] Y nosotros con todo el respeto debido interrogamos si el Espíritu Santo nada dijo á la Iglesia durante las primeras cuatro centurias cuando el canon aceptado, por tanto tiempo el código de la Iglesia, se estaba formando? Además, ¿quién sería capaz de determinar entre dos creyentes de nuestros días alguna controversia sobre la inspiración de un libro, en caso de que entendiesen de distinto modo el significado de la voz del Espíritu Santo? Á todas luces este criterio no comprueba la autoridad de las Escrituras, sino que hace de cada individuo una autoridad personal respecto de la revelación divina. En el fondo es el mismo que reconoce la Iglesia Católico Romana, apelando á un papa infalible ó á concilios dotados de infalibilidad. La única diferencia entre estos "Iluminati" de últimas fechas y los romanistas estriba en el número de papas

[1] Dr. C. A. Briggs en la "American Review," Julio de 1891.

que uno reconoce. Los romanistas cuentan con uno, y los "Iluminati" poseen tantos como individuos haya que desconozcan el testimonio de la Iglesia á través de las edades, como testigo venerable, y que apelen con ciega confianza á su propia conciencia, para determinar la verdad de la inspiración. Por nuestra parte, no estamos dispuestos á reconocer á un papa ni á multitud de papas. Parece ser mucho más prudente guiarse por la razón y del testimonio deducir conclusiones que someterse á las impresiones y elevar emociones pasajeras á la categoría de "Oráculos de Dios," ó más bien elevarlos por encima de los oráculos divinos. Apelamos á la ley y al testimonio: á la ley de la razón y al testimonio de la historia.

Antes de pasar á considerar el testimonio de la Iglesia primitiva relativo á la autoridad del Nuevo Testamento—la Iglesia que reconoció como justo y verdadero el título de inspiración que se atribuía á los escritos apostólicos—conviene hacer dos observaciones generales.

Es la primera, que tan profunda fué la impresión que estos escritos causaron en el ánimo de las iglesias primitivas que bien pronto se efectuó un trabajo asombroso por aquellos que se dedicaron á copiarlos y á hacerlos circular entre los creyentes. Con una rapidez admirable las Epís-

tolas enviadas á la iglesia de Corinto se propagaron en Siria, África, las Galias é Italia. Sorprende en verdad el hecho de que en una edad cuando era tan laborioso el procedimiento empleado para hacer libros, y cuando las congregaciones cristianas estaban constituídas en su mayoría por pobres y analfabetas, alcanzasen una circulación tan extensa los libros del Nuevo Testamento.

En segundo lugar, no se convocaron concilios para decidir qué escritos deberían considerarse como apostólicos y cuáles no. Cuestiones de esta naturaleza, si en alguna vez surgieron, parecen haber sido tratadas como asuntos acerca de los cuales todo aquel que poseyese los datos necesarios podría juzgar con criterio propio. Esto es cierto al tratarse de los principios del segundo siglo, así como al considerar la época en que escribió Eusebio. Y al efectuar la labor de la investigación no se procede con violencia ni se permite que domine la superstición. Las iglesias se portaron no como quien trata de hacer libros, sino como gente piadosa que procura descubrir y acatar libros sagrados ya hechos. La marcada tendencia hebrea de tributar la más profunda reverencia á los escritos inspirados evidentemente se perpetuó en las primitivas iglesias cristianas. Poco dispuestas estaban á "creer á todo

espíritu," sino que mas bien "probaban los espíritus," que se les presentaban en forma de libros que pretendían ser inspirados. (1.ª Juan 4.1.) Y ellos contaban con medios de prueba que no están á nuestro alcance—no, ni aun al alcance del crítico más recalcitrante. Sabemos, por ejemplo que Eusebio y Atanasio poseían preciosos manuscritos que no han llegado hasta nosotros.

Ante estas consideraciones, estudiemos, aunque sea someramente, el testimonio de aquellos á quienes se ha llamado "Padres," y el de sus inmediatos sucesores. En un capítulo anterior (el VIII) examinamos detenidamente las opiniones de varios de ellos. En seguida procederemos á hacer un breve resumen de lo que ellos han dicho referente al asunto que consideramos.

Un escritor moderno de reconocida competencia resume así gran parte de los testimonios: "Poseemos algunos restos de los que se han llamado los Padres Apostólicos, Clemente de Roma, Policarpo de Esmirma, é Ignacio de Antioquía, entre los años 90 y 130, por los cuales sabemos que para entonces los escritos de los apóstoles no sólo habían salvado los límites del círculo estrecho de su origen, sino que ya ejercían una influencia muy marcada en las enseñanzas religiosas de aquel tiempo. En ellos se mencio-

nan ciertas Epístolas de Pablo, la historia evangélica y ciertas palabras de Jesús, designándose ambas con los nombres de el Evangelio y la Epístola. En esta apelación á registros escritos encontramos el germen fructífero de la deferencia que subsecuente se ha concedido á los escritores del Nuevo Testamento. No se asegura que los Padres Apostólicos tenían á la mano un canon completo. Esto bien puede haber sucedido, mas no se sabe á punto fijo. El reconocimiento del canon fué indudablemente tan gradual como lo fué su formación. Todo lo que nosotros nos proponemos establecer es que estos Padres poseían autoridades sobre el Nuevo Testamento auténticas y decisivas, á las cuales con frecuencia se referían. En su poder estaba el Antiguo Testamento, y hacía mucho que habían aprendido á usarlo en público y en lo privado: mas ahora cuentan con algo más, esto es: la verdad cristiana contenida en la vida de Cristo, transmitida oralmente ó por escrito, y las instrucciones de los apóstoles, recibidas mediante las Epístolas, ó gracias á tradicionales arreglos hechos por ellos en las iglesias."[1]

---

[1] Talbot W. Chambers en "La Palabra Inspirada," páginas 301 y 302.

Á fin de exhibir este testimonio con mayores detalles, añadiremos que Clemente de Roma, quien fué contemporáneo de los apóstoles, apela á los Evangelios, la Epístola á los Efesios, la primera Epístola á los Corintios, la Epístola de Santiago, la primera Epístola de Pedro y la Epístola á los Hebreos; que Ignacio, quien sufrió martirio probablemente por el año de 107, cita de los Efesios, los Evangelios de San Mateo y San Juan, la primera Epístola de San Pedro, la Epístola de Santiago y las Epístolas Paulinas á los Romanos, los Corintios, los Tesalonicenses y Timoteo; que Policarpo, quien conoció á San Juan y llegó á ser cristiano antes de que el discípulo amado descendiese al sepulcro, cita los Evangelios Sinópticos, los Actos, siete Epístolas de San Pablo, la primera Epístola de San Pedro y la primera de San Juan.

Ya se comprenderá que el número de los libros del Nuevo Testamento en poder de los hombres, separados por tanta distancia y en aquel período primitivo, constituye en sí un testimonio admirable de la reverencia que se tributaba á los escritos apostólicos en aquellos tiempos. ¿Qué otra cosa sino el reconocimiento de la inspiración en aquellas obras pudo haber impulsado á los cristianos á copiarlas y distribuirlas con tanto

celo? No es extraño, pero ni en lo más mínimo afecta el argumento, que estos testigos venerables no nos proporcionen pruebas de que ellos poseían todos los libros. Lo que admira es que poseyesen tantos como manifiestan haber conocido.

Es muy probable que muchos de sus propios escritos hayan perecido y que si nos fuese dado poseerlos todos, en ellos encontraríamos citas de todos los libros del Nuevo Testamento. Lo que sí es cierto es que de sus inmediatos sucesores en el siglo segundo hemos recibido testimonios admirables.

El testimonio de algunos de estos apologistas del siglo segundo se resume así por el sabio y lamentado Dr. Summers: "Papías, Obispo de Hierápolis en Asia, quien vivió en la época en que acaeció la muerte de Juan el Evangelista, cita los Evangelios de Mateo y Marcos por sus nombres, y hace alusión á otros libros del Nuevo Testamento. Justino el Mártir (140 A.D.) se refiere con frecuencia á los Evangelios como Memorias de los Apóstoles y sus Compañeros, y cita de los Actos y de muchas de las Epístolas, y afirma: La Revelación de Cristo fué escrita por Juan, uno de los apóstoles.

"Taciano (172 A.D.) formuló un *Diatessaron* ó Armonia de los Cuatro Evangelios. Melito

(170) escribió un comentario sobre la Revelación de San Juan.

"Ireneo (170) da testimonio de cada uno de los libros del Antiguo Testamento, con excepción de la Epístola de Filemón, 3.ª Juan y Judas. Se refiere al Códice del Nuevo Testamento así como del Antiguo, y los llama Oráculos y escritos dictados por su Palabra y Espíritu.

"Clemente de Alejandría (200) describe el orden en que fueron escritos los cuatro Evangelios, y cita de todos los libros del Nuevo Testamento, designando á cada uno por su nombre, y son tan amplias sus citas que de recopilarse formarían un volumen de regulares dimensiones. Efectuó varios viajes en busca de datos, hizo investigaciones concretas y precisas, dando así bastante peso á su testimonio."[1]

Á estos añadiremos el testimonio de Orígenes, quien vivió por los años de 185 á 253, uno de los más fecundos escritores de su época. En sus escritos abundan citas tomadas de cada uno de los libros del Nuevo Testamento, llegándose á decir de ellas que si desapareciese la Biblia, su contenido bastaría para reconstruir casi en su totalidad el Nuevo Testamento. En sus escritos aparece

[1] "Teología Sistemática," página 425.

un catálogo de los libros que en la actualidad aceptamos.

Poseemos también un "fragmento" muy antiguo (170) llamado "Canon de Muratori," que fué encontrado en la Biblioteca de Ambrosio en Milán. Comienza con San Lucas, pero le llama "el tercero," demostrando claramente que la parte de la obra que ha desaparecido contenía á Mateo y Lucas, y comprende todos los libros que hoy reconoce la Iglesia, con excepción de las Epístolas de Pedro, la primera Epístola de Juan, la Epístola de Santiago y la Epístola á los Hebreos. No es fácil explicar la omisión de los libros mencionados, pero, siendo que contiene una referencia al Evangelio de San Juan y una cita de la primera Epístola de Juan, la omisión no implica que el autor haya desconocido los libros que omite. La explicación se encuentra probablemente en lo mutilado del texto, el cual parece haberse formado con piezas aisladas.

Y Eusebio (305), quien indudablemente debe haber tenido á su alcance manuscritos que no han llegado hasta nosotros, puesto que desempeñó un cargo en la corte del Emperador Constantino, en el tercer libro de su *Historia Eclesiástica*, afirma que en su época los libros que se consideraban como Escrituras se hallaban divididos en tres

clases: los universalmente aceptados; los que eran aceptados, pero no por unanimidad; y aquellos que eran casi del todo desconocidos. Menciona la Epístola á los Hebreos, las Epístolas de Santiago y Judas, la segunda Epístola de San Pedro, la segunda y tercera Epístolas de San Juan y la Revelación entre aquellas que no eran aceptadas por unanimidad. Los otros libros aceptados por nosotros son colocados por él entre los universalmente aceptados. Todos los demás libros que menciona los clasifica entre los que se desconocían casi por unanimidad. Así vemos que un historiador sincero, con magníficas oportunidades para investigar, llega á una conclusión que con todo candor expresa. Los libros que él designa como no aceptados por unanimidad, según hemos visto, son confirmados por otros testigos fidedignos antes de su época. Entre los testigos contemporáneos de Eusebio ó que hayan vivido poco después mencionaremos los siguientes: Atanasio (315), Epifanio (370), Rufino (390), Agustín (394), y los cuarenta obispos que constituyeron el Concilio de Cartago (397), todos los cuales reconocen el mismo canon que nosotros aceptamos. Los catálogos de Cirilo de Jerusalén (340), del Concilio de Laodicea (364), y de Gregorio Nacianceno (375) están de conformidad con

nuestro canon, á excepción de que se omite la Revelación. Filarte, Obispo de Brescia (380), omite en su lista los Hebreos y la Revelación, aunque en otra parte de sus obras los reconoce, atestiguando así que una omisión no es siempre evidencia conclusiva de que se ha rechazado algún libro.

Todos estos testimonios ponen de manifiesto el escrupuloso cuidado con que se examinaban los libros del canon en la edad postapostólica, y cuán profusamente circularon en la apostólica. Si nos fuese dado encontrar la décima parte de pruebas semejantes relativas á alguna obra de Tácito ó de Heródoto recientemente descubierta, tal obra sería recibida por los críticos inmediatamente y sin ninguna controversia. Si la Iglesia primitiva desde los días apostólicos no hubiese reconocido estos libros como inspirados, nunca hubieran despertado tal interés en el ánimo de aquellas generaciones, y es una verdad admirable que hasta en nuestros días el Cristianismo universal, ya sea que se halle en las iglesias Protestante, Romana ó Griega, reconoce el mismo Nuevo Testamento. Difieren en otros puntos, mas cuando se trata de la norma de verdad, termina toda controversia. ¿Existe acaso algún otro problema en el terreno de la discusión acerca del cual se haya alcanzado tal unanimidad?

Además, estos libros poseen característicos que los singularizan entre todos los demás. De tal manera están en ellos marcados estos característicos que cuando se discutía el canon, durante el período de su formación, nunca se trató de aceptar otros libros no contenidos en el canon actual, sino que la discusión versó siempre sobre si aceptar ó no algunos de los libros que reconocemos. Esta tendencia no manifiesta un espíritu supersticioso buscando escritos portentosos, sino más bien espíritu de cuidado escrupuloso, analizando toda evidencia, á fin de que ningún error se colase entre los libros sagrados de la Iglesia.

Y en añadidura á todo este cúmulo de pruebas históricas, podemos apelar también á la evidencia interna. El pensamiento de Coleridge: "todo lo que me encuentra da testimonio de sí mismo que ha procedido del Espíritu Santo," del cual tantas veces se ha abusado, contiene mucho de verdad. Hay algo de divino en los acentos del Nuevo Testamento. Á este respecto dice Neander: "La marcada diferencia entre los escritos de los apóstoles y los de los Padres apostólicos, á pesar del corto tiempo que media entre las épocas en que escribieron, constituye en sí un fenómeno por demás singular. En otros casos las transiciones se efectúan de una manera

gradual, mas en el presente se nota un cambio repentino. No hay gradación paulatina, sino que de súbito se efectúa la transición de un estilo del lenguaje á otro, fenómeno que debería conducirnos al reconocimiento de la existencia de un agente especial del divino Espíritu en el alma de los apóstoles, y de un nuevo elemento creativo en aquel primer período."[1] Ninguno entre todos los escritores célebres de la tierra ha logrado alcanzar y repetir esos mismos acentos. De seguro no puede provenir de otro, sino del buen Pastor cuya voz sus ovejas oyen y reconocen.

Si en alguna parte se han conservado las palabras de Jesús y la mente del Espíritu, las encontramos en el Nuevo Testamento. Si se han perdido, nos hallamos frente á frente con acontecimientos históricos los más inexplicables que se hayan registrado en los anales de la humanidad. Dice Buckle: "Ninguna verdad una vez encontrada ha vuelto á perderse." Pero, si el Nuevo Testamento no es la Palabra de Dios, el Hombre-Dios, quien vino á dar testimonio de la verdad, ha desaparecido sin dejar tras de sí ninguna verdad acerca de su carácter; indujo á los apóstoles á que incurriesen en un engaño estupendo, el

[1] "Historia de la Iglesia." Tomo I, página 656.

cual continúa hasta nuestra época; y en torno de este engaño profano ha surgido la Iglesia, la más inexplicable entre todas las instituciones humanas, si consideramos los libros sagrados como fábulas; en la propaganda de estos escritos engañosos han surgido las civilizaciones más sorprendentes, y que prometen llevar á cabo la conquista del mundo. En resumen, la verdad más grande que haya aparecido entre los hombres ha perecido irremisiblemente desde la partida de Jesús, y el engaño más estupendo ha venido á tomar su lugar: y recordad, ese engaño monstruoso es la esperanza de los hombres, y contiene la única revelación de Dios á los hombres.

XII

¿HAN LLEGADO HASTA NOSOTROS EN ESTADO DE PUREZA LOS LIBROS QUE DIOS RECONOCIÓ COMO AUTÉNTICOS, DURANTE SU PERMANENCIA ENTRE LOS HOMBRES?

"Secóse la hierba, y la flor se cayó; mas la palabra del Señor permanece perpetuamente. Y esta es la palabra que por el Evangelio os ha sido anunciada."—*San Pedro.*

"Si, por una parte, estamos obligados á confesar que las investigaciones de los sabios sólo nos ofrecen sucesivas aproximaciones á un resultado cuya adquisición absoluta es imposible, por la otra debemos congratularnos por el hecho en el cual todos los sabios más conspicuos están de acuerdo: que en nuestra incapacidad para formular un texto absolutamente perfecto nuestra pérdida es prácticamente infinitesimal, pues en ello no se halla comprometido ningún principio importante de la religión cristiana."—*J. J. Lias.*

"Encuentro más seguras señales de autenticidad en la Biblia que en cualquiera historia profana."—*Sir Isaac Newton.*

"Todos los descubrimientos humanos parecen efectuarse con el único fin de confirmar más y más la verdad contenida en las Sagradas Escrituras."—*Sir Juan Herschel.*

XII

¿HAN LLEGADO HASTA NOSOTROS EN ESTADO DE PUREZA LOS LIBROS QUE DIOS RECONOCIÓ COMO AUTÉNTICOS, DURANTE SU PERMANENCIA ENTRE LOS HOMBRES?

Se han imaginado algunos que, á menos que una sucesión no interrumpida de milagros haya acompañado á las Escrituras para preservarlas de corrupción, no podemos estar seguros de que poseemos los libros tal cual fueron inspirados primitivamente: sin embargo, se nos asegura que su origen es divino. Hace algunos años, por ejemplo, el Rev. H. R. Haweis, de la ciudad de Londres, con una ligereza imperdonable, dijo en un discurso, pronunciado ante los estudiantes de la Universidad de Harvard, que la doctrina de la inspiración comprendía necesariamente la noción de copistas inspirados, tipógrafos inspirados y hasta de "chícharos" inspirados.[1] Esta expresión tan superficial como irreverente envuelve una teoría infundada que constituye á la vez la superstición de gente piadosa, pero irreflexiva, y la bravata de cerebros escép-

[1] "La Palabra Inspirada," página 14.

ticos é igualmente irreflexivos. Y por demás curioso es el hecho de que la superstición de los piadosos los haya aproximado más á la verdad que el escepticismo de los incrédulos. Harto conocido es el hecho de que sin intervención milagrosa, ó sin la intrusión de la autoridad eclesiástica, las Escrituras han llegado hasta nosotros en una forma más convincente que si estuviesen calzadas con el autógrafo de escritores inspirados. ¿Si poseyésemos tales autógrafos, quién nos los identificaría, y cómo sin un milagro continuo podría poseerse una sucesión no interrumpida de tales confirmaciones á través de las edades? Mas, como ya se ha visto (Cap. II), un método de milagros interminables no solamente vendría á subvertir el orden natural establecido por Dios, lo cual no cuadra con el plan divino, sino que también haría imposible la revelación, desde el momento que aniquila los únicos medios por los cuales se puede acreditar una revelación. Tanto el Dios de la naturaleza como el Dios de la revelación se valen de lo portentoso con poca frecuencia. Por lo tanto, "No se efectuó ningún milagro al fijar el canon de la Escritura ni al preservar la letra del texto. Tal proceder habría sido distinto á los que se han reconocido en el plan divino, pues no es común el que Dios interven-

ga de esta manera en los dominios de la agencia humana."[1]

Mas ¡contemplad al milagro entre los milagros! Dios, sin recurrir á milagro alguno, ha efectuado lo que ningún milagro ni serie de milagros hubiera sido capaz de realizar. Poseemos Escrituras tanto mejores que ejemplares autógrafos como un documento protocolizado y autorizado es mejor que otro que no se ha registrado ni confirmado, á pesar de ser genuino. El Dios para quien no han faltado testigos en ninguna de las naciones del orbe (Actos 14.17) ha rodeado á las Escrituras hebreas y cristianas con una gran multitud de testigos para que su Palabra corra libremente y sea glorificada por todos los pueblos y por todas las edades.

Cuatro figuras majestuosas custodian las Escrituras del Antiguo Testamento: La Iglesia Hebrea, la Griega, la Católica Romana y la Protestante. Ningún libro ni pasaje puede introducirse en el canon, para corromper, sin que uno ó todos estos testigos descubran y expongan el fraude. Y la fuerza de esta aclaración, lejos de amenguarse, se robustece al recordar el hecho de que el Concilio Católico Romano de Trento,

[1] "Los Testigos de Cristo," por el Obispo A. W. Wilson, página 238.

reunido en Diciembre de 1545, insertó en su canon lo que se conoce con el nombre de libros apócrifos, y que en 1692 la Iglesia Oriental siguió el ejemplo vicioso. La fecha de la operación en ambos casos lo desacredita. La proposición que tuvo por objeto reconsiderar el canon se presentó demasiado tarde, más de mil años después del momento oportuno, y no debió de haberse tomado en consideración. Siendo que el motivo propulsor fué el afectar y entorpecer el desarrollo de los reformadores luteranos, desde luego salta á la vista su total ineficacia. El Judaísmo, testigo venerable, refuta este testimonio apóstata, el cual se nota á todas luces que fué formulado á capricho. El Protestantismo, testigo fiel y unánime, lo desconoce. Y, sobre todo, el testimonio de Jesús se levanta contra él; nunca, según los Evangelios, citó el Salvador un solo renglón de los libros apócrifos, ni siquiera un "eco," haciendo uso del término oportuno de que se vale el Obispo Ellicott. Respecto de la integridad de los demás libros del canon, los testigos todos manifiestan su conformidad en términos solemnes y sublimes, y de acuerdo con ellos habla también el célebre Filo, contemporáneo de los apóstoles, y Josefo, otro de sus contemporáneos más célebres.

En cuanto á la pureza del texto, con seguridad podemos confiar en el testimonio de varones doctos, quienes, poseyendo á su alcance todos los medios necesarios para efectuar profundas investigaciones en asuntos de tal naturaleza, se han dignado publicar las conclusiones por ellos alcanzadas. Al tratar de los admirables medios de seguridad de que se han rodeado las Escrituras del Antiguo Testamento, el Dr. William Henry Green, sabio cuyas palabras son de gran peso entre los eruditos, dice: "Con toda verdad puede afirmarse que ninguna otra obra de la antigüedad ha sido transmitida en semejante estado de perfección."[1] Y ningúna autoridad competente, de cualquiera escuela que sea, se atreverá á negar esta conclusión formulada por el respetable "Profesor de Literatura Oriental y del Antiguo Testamento" de Princeton. Además, queda confirmado por el hecho que ningún crítico puede obscurecer ni los de corto entendimiento mal interpretar, que los judíos y cristianos, de todas las sectas y credos, aunque difieren acerca de casi todas las demás cuestiones, dando origen á interminables controversias, todos están de acuerdo respecto del punto que consideramos.

[1] "Introducción General al Antiguo Testamento," página 181.

Las Escrituras del Antiguo Testamento, corriente por la cual se transmite á los hombres la verdad de Dios, como el gran canal de Suez, están resguardadas por la defensa unánime de todos los creyentes en la revelación en todas las partes del orbe, defensa que viene á ser poco menos que un milagro. Están, pues, á cubierto por la "tregua de Dios."

¿Mas qué diremos acerca de las inexactitudes que cierta escuela de críticos pretende haber descubierto en las Escrituras del Antiguo Testamento? ¿Aceptaremos en conjunto libros inculpados, haciendo á Jesús responsable por las perfecciones que ellos encierran? De ninguna manera. Mantengámonos firmemente en la posición expresada por Coleridge: "Aquel que principia por amar al Cristianismo más que la verdad continuará amando á su propia secta ó Iglesia más que al Cristianismo, y acabará por amarse á sí mismo con mayor predilección." Pero al amar la verdad con afecto supremo, cuidémonos de no incurrir en el error de aquellos que consideran algo verdadero, sencillamente porque ciertos críticos así lo declaran. Existe en la mente una disposición centrífuga que arrastra á varios individuos fuera de la órbita de la verdad, donde aparecen más dispuestos á creer en la infalibilidad

de los críticos que en la inspiración de las Escrituras. Y sin embargo, nada es más cierto que el hecho de que el Cristianismo ortodoxo por casi veinte siglos ha logrado sostener todas las posiciones esenciales que ha tomado en defensa de la verdad transmitida á los santos, mientras que la crítica se ha visto obligada á abandonar una tras otra innumerables "Fortalezas de la Duda." Conviene á los fines del argumento y la ilustración el trastocar algunos de los casos en consideración. No hace mucho que los críticos aseguraban que San Lucas había caído en un error cuando en su relación de la visita de San Pablo á Chipre había llamado "procónsul" al gobernador de la isla, afirmando ellos por su parte que Sergio Paulo debería haber sido llamado "pro-praetor," puesto que Strabo y Dion Casio Cociano hablan de Chipre como de un distrito imperial y, por consiguiente, su gobernador debería mencionarse como un "pro-praetor." Pero más tarde se descubrió que el mismo historiador Dion Casio Cociano había escrito que, durante la época en que Chipre fué provincia romana, Augusto cambió la isla por otro distrito, llegando ésta á constituir una provincia senatorial, en donde se daba al gobernador el título de "procónsul." Después se encontraron monedas acuña-

das por aquel tiempo, y en ellas también se titula procónsules á los gobernantes. Y más tarde el general Cesnola, en sus excavaciones efectuadas en Chipre, encontró una moneda que contenía esta inscripción: "en el proconsulado de Paulo." Así vemos que Lucas, después de todo, sabía lo que escribía, que de otro modo indudablemente hubiera incurrido en el error de usar la palabra "pro-praetor," título con que generalmente se había llamado al gobernador de Chipre, pero que dejó de ser el verdadero designativo después de la permanencia de Pablo en aquel lugar. Y á propósito de esto se nos ocurre preguntar: ¿En qué se basaron los críticos para declararse en contra de Lucas y á favor de Strabo y Dion Casio Cociano? ¿Acaso poseen los críticos un criterio contrario á todo documento, con tal que no sea pagano? ¿Por ventura han tenido las historias paganas alguna iglesia ó institución que las haya conservado puras á través de los siglos?

Además, hasta hace quince ó veinte años los críticos se burlaban de las "inexactitudes de la Biblia respecto de los heteos." Pero las inscripciones egipcias y asirias han proyectado refulgente luz sobre la historia de los heteos, y la historia bíblica ha venido á confirmarse, mientras que los críticos han quedado confundidos. Hubo un tiem-

po en que los críticos trataron de corregir el libro de Daniel en la parte que trata de los reyes de Babilonia. Mas la arqueología con obstinada veracidad ha sostenido á Daniel, combatiendo á los críticos. Estos todavía continúan esforzándose por mantener sus posiciones contra Daniel, hallándose en la actualidad perturbados en gran manera por ciertos nombres griegos de instrumentos musicales á los cuales alude el profeta, y partiendo de premisas insignificantes ya se atreven á formular inmensas inferencias. Pero el Señor Flinders Petrie ha descubierto en sus excavaciones egipcias que, mucho tiempo antes del Éxodo, griegos y judíos deben haber estado comunicados en Tapanes, y que "los términos griegos con que se designaban los instrumentos de música deben haberse escuchado en las cortes del templo de Salomón."[1] Así es que por segunda vez resulta correcta la narrativa de Daniel, para confusión de sus críticos. De todos modos, si se permite una ligera chanza, diremos que la ortodoxia nunca huirá despavorida al escuchar las notas de estos instrumentos musicales, abandonando al Dios de Daniel y sus amigos para ren-

[1] "Diez Años de Cavar en Egipto," página 54, citado por J. J. Lias en "Principios de Crítica Bíblica."

dir culto á la imagen que los críticos presentan. Los críticos no cuentan con hornaza más ardiente que la moderna estufa de gasolina, en la cual, á imitación de Nabucodonosor, bien pueden arrojar su fe. Los leones con los cuales pretenden infundir pavor en el ánimo de los indoctos son meros rateros de alzada, alimentados de la mesa del Cristianismo, y envalentonados por haberse hartado de buen número de roedores atrapados en los archivos cristianos. Ningún daño causarán á los moradores de la casa, y, á menos que cometan algunas travesuras, acabarán por servir de algo.

Al comentar los resultados de las excavaciones llevadas á cabo por el Señor Petrie, un escritor juicioso ha dicho: "Tantas son las imposibilidades de los críticos que han resultado ser verdades comprobadas por la historia, que bueno es reflexionar antes de admitir la veracidad de un argumento basado en lo que, después de todo, no es sino la base de nuestra (frecuentemente profunda) ignorancia de las condiciones de la vida en épocas remotas."[1] Á este mismo respecto, y con mayor vigor, dice el Profesor Sayce: "Siempre que la historia bíblica se pone en contacto con la

[1] "Principios de Crítica Bíblica," por el Prof. J. J. Lias, página 253.

de sus poderosos vecinos, pudiendo probarse por los monumentos contemporáneos de Egipto y Asiria-Babilonia, resulta confirmada hasta en los insignificantes detalles."[1]

¡Pero podrán alegar algunos que bien podrán efectuarse descubrimientos que vengan á mostrar los errores del Antiguo Testamento! Y bien, la Iglesia hará entonces lo que su Cristianismo le aconseja en todos casos: aceptará la verdad. Mas podemos estar seguros de que á la luz de los descubrimientos ya efectuados, y en consideración á las tendencias actuales, la Iglesia nunca se verá obligada á ceder un solo ápice del cuerpo de doctrina de sus enseñanzas divinas recibidas del cielo para la redención del mundo. Pequeñas modificaciones en su manera de interpretar bien podrá hacer, siempre que los hechos bien confirmados así lo requieran. Puede ser posible que el Antiguo Testamento que Cristo reconoció como auténtico haya diferido en pequeños detalles del que obra en nuestro poder. Mas la diferencia resulta infinitesimal comparada con todo el cuerpo de verdad inmutable que hemos heredado de los siglos pasados.

Hagamos ahora algunas reflexiones respecto

[1] Citado por el Canónigo Talbot en "Nuestra Biblia," página 18.

de la conservación del Nuevo Testamento. Hemos visto con cuánta rapidez se copiaron y circularon ejemplares del Nuevo Testamento en los primeros siglos de la era cristiana. Hemos observado cuán abundantes son las citas que de ellos tomaron los escritores patrísticos. También se hicieron traducciones, contándose entre las más notables la "Vetus Latina" y "El Peshito," ninguna de las cuales puede haber sido hecha en época posterior al siglo tercero, pues ambas probablemente pertenecen á la segunda centuria. La "Vetus Latina" fué usada por las iglesias de Norte África y "El Peshito" por las iglesias de Siria. El número de manuscritos griegos originales que se han encontrado asciende á 1,583: 127 (unciales) que se remontan á los siglos cuarto al décimo, y 1,456 (cursivos) que comprenden del siglo décimo al quinceavo. Existen, además de la "Vetus Latina" y el "Peshito," muchas otras versiones antiguas conocidas de los críticos del Nuevo Testamento. Admira verdaderamente que hayan llegado hasta nuestros tiempos tantos manuscritos antiguos y autoridades, preservando el texto del Nuevo Testamento. De las historias griegas de Heródoto no existe un solo ejemplar escrito antes del siglo noveno. Los manuscritos de las obras de Platón tampoco se remon-

tan á época más remota. Hay en la actualidad menos de cuatro ejemplares manuscritos de las obras de Heródoto y de Platón. Los sabios lamentan la pérdida irreparable de tantas de las composiciones de Libio. Mucho de lo que escribió Tácito se ha perdido también. Y las obras de Eurípides, Esquilio y Sófocles han corrido igual suerte. Más admirable aun aparece el inmenso caudal de lo que se ha escrito sobre el Nuevo Testamento, comparado con lo que queda de los escritos clásicos, cuando se toman en consideración las persecuciones de Decio y Diocleciano, persecuciones que tenían por principal objeto destruir el Cristianismo mediante la destrucción de sus Escrituras. Los escritos de Grecia y Roma han perecido de igual modo. Estos fueron estimados menos y menos odiados, porque nadie los ha considerado como la Palabra de Dios. Pero los primitivos cristianos veneraban de tal manera los libros del Nuevo Testamento que siempre estaban dispuestos á morir por ellos. Los libros del Nuevo Testamento eran para la Iglesia primitiva lo que las Escrituras del Antiguo Testamento habían sido para los judíos, de quienes dice Josefo: "En los judíos parece ser la expresión de una convicción innata llamar á las Escrituras enseñanzas de Dios, acatarlas y, si necesa-

rio fuese, morir por ellas."[1] De un heroísmo semejante ha provenido nuestra rica herencia encontrada ya en los manuscritos del Nuevo Testamento. Y no es improbable que haya muchos otros valiosos manuscritos aún por descubrir. Uno de los más importantes manuscritos conocidos, el Códice Sinaitico, no fué encontrado por el Profesor Tischendorff y traído á la Biblioteca Imperial de San Petersburgo sino hasta el año de 1859. Ni Pio IX permitió que se publicase el Códice Vaticano hasta el año de 1868. Y el Códice Alejandrino fué envíado á Carlos I por Cirilo, el Patriarca de Constantinopla, en el año de 1628. Á propósito de esto conviene recordar el hecho admirable de que cada una de las ramas de la Iglesia Cristiana posee uno de estos importantísimos manuscritos. El Protestantismo tiene en su poder, en el Museo Británico, el Códice Alejandrino; el Romanismo guarda, en la Biblioteca del Vaticano, el Códice Vaticano; y la Iglesia Griega posee el Códice Sinaitico, que con religiosidad custodia en la Biblioteca Imperial de San Petersburgo. El Gran Libro jamás podrá perderse ni corromperse.

No menos admirable es el hecho, relacionado

---

[1] "Contra Apión," Libro I, página 1837.

también con nuestra discusión, de que Erasmo, sin tener á su alcance ninguna de las autoridades mencionadas, recopilase un texto tan aproximado á la perfección que sólo ha requerido la más leve revisión para que concuerde en todos sus puntos con las autoridades subsecuentemente encontradas. Comentando este incidente, el sabio Dr. William Milligan, de Aberdeen, dice: "Erasmo y sus discípulos poseían sólo unos cuantos manuscritos modernos los cuales podían consultar al preparar sus ediciones del Nuevo Testamento. Y esos pocos eran de tal carácter que sólo merecían poca confianza. Para demostrar cuán limitados eran los medios de que disponía Erasmo, basta recordar que sólo contaba con un manuscrito del Apocalipsis, y ese incompleto. Así pues, parte del Nuevo Testamento habría faltado por completo, en la primera edición, si no se hubiera aventurado á suplirla con una traducción del latín. Valiéndose de la Vulgata se atrevió á traducirla al griego. Sucediendo así que en las ediciones ordinarias del Nuevo Testamento Griego hay muchas palabras que, lejos de basar su traducción en algún manuscrito autorizado, ó de pretender haber sido inspiradas, clara y confesamente fueron insertadas en el texto por una mera conjetura. Sin embargo, el Nuevo

Testamento Griego reclama nuestra más profunda admiración y respeto. No podemos menos que considerarlo como un milagro providencial. Aunque desde que se formuló mucho se ha hecho para proyectar luz sobre el verdadero texto de la Escritura, aquello que en un principio se aceptó continúa esencialmente lo mismo. Dios nunca ha intervenido en asuntos de libertad humana; no obstante, basta una ojeada á la historia de la Biblia, especialmente á la parte que consideramos, para convencernos de los medios admirables de que se ha servido para conservar intacta su Sagrada Palabra. Con verdad y agradecimiento podemos asegurar que él fué quien guió á Erasmo y á sus discípulos por caminos de ellos desconocidos, á fin de lograr la exactitud necesaria en las transcripciones que del Nuevo Testamento ofrecían al mundo."[1]

Y si Erasmo pudo determinar con tal exactitud el verdadero texto, con cuánta más certidumbre puede fijarse por los sabios de nuestra época, en que los tres códices en Londres, Roma y San Petersburgo, y otros testigos fidedignos, del todo desconocidos para Erasmo, se levantan

---

[1] "Las Palabras del Nuevo Testamento," por Milligan y Roberts, páginas 73 y 74.

para señalar el camino que los investigadòres deben seguir para llegar á "la verdad tal cual es en Jesús." Con toda confianza podemos aceptar la sustancial exactitud del Nuevo Testamento. Como asegura el erudito Tischendorff: "La Providencia ha dispuesto las cosas de tal manera que el Nuevo Testamento puede apelar á mayor número de fuentes y autoridades originales que todo el resto de la literatura antigua."

En verdad se ha cumplido el prenuncio de Jesús, cuando dijo que, aunque los cielos y la tierra pasasen, ni el Antiguo Testamento ni su Palabra pasarían. Las palabras de Moisés y los profetas, de Cristo y los apóstoles, al leerlas y ponderarlas, bien podemos pensar los pensamientos de Dios después de él, y encontrar el camino de vida eterna y de verdad, sin peligro de incurrir en error. Poseemos la luz clara y cierta.

La Palabra de Dios ha desafiado la insensatez de Antioco, el furor de Dioclesiano, el odio de los reyes y la rabia de los eclesiásticos. Y perdurará eternamente. Los millares y centenares de millares de "lecturas varias" de que nos hablan los críticos en nada afectarán su pureza. Esas lecturas indican la multitud de copias que durante el siglo primero se hicieron del Nuevo Testamento, y contribuirán al perfeccionamiento

de la pureza del texto que se usará en el último siglo de la historia del mundo, cuando el Nuevo Testamento será aún el gran Maestro de la humanidad. Ellas fueron el polvo levantado por los carros de la verdad al cruzar las primeras centurias, y, gracias á la alquimia de la Providencia, en vez de opacar las sagradas páginas, se han convertido en hojuelas de oro para iluminarlas. Con cuánta energía lo ha expresado el docto Bentley: "Presentad vuestras treinta mil, si tal cifra puede alcanzar la multiplicación de copias; tanto mejor para el lector serio é inteligente, puesto que así tiene más de donde escoger lo que considera como auténtico. Mas colocadlas en manos de un perverso ó de un insensato, y no será capaz de extinguir la luz de un solo capítulo, ni de desfigurar la verdad del Cristianismo, de tal manera que todos sus característicos no continúen resplandeciendo como antes."[1]

El futuro no oculta peligro alguno consistente en descubrimientos que se puedan efectuar en cualquier sentido. Ya hemos palpado los resultados que pueden obtenerse mediante las investigaciones más minuciosas, referentes á la revisión del Libro, en la Versión Moderna reciente-

[1] Las "lecturas varias" se estimaban entonces en 30,000.

mente terminada. "La pesquisa más diligente y prolongada en busca de errores é interpelaciones no ha logrado sacar á luz nada que afecte las grandes verdades del Evangelio ó las doctrinas que desde el principio han constituído la sustancia de la fe y enseñanzas de la Iglesia. El odio y persecuciones, el clamoreo y controversias de las edades en nada han logrado afectar ni siquiera la letra del texto sagrado."[1]

El porvenir todo está de parte del Gran Libro. Vivimos en una edad de exploración y descubrimientos. Egipto y Asiria están entregando sus muertos. Babilonia y Nínive despiertan de su prolongado sueño para rendir su testimonio. ¿Quién puede determinar cuáles son los tesoros que se hallan escondidos en Constantinopla y en Roma, y qué manuscritos podrán desenterrarse? De una cosa estamos seguros: la luz divina no se opacará, sino por el contrario será como las veredas del justo, "que brillan más y más hasta el día de perfección." Por lo tanto, la Iglesia fomentará la investigación, atenderá á la crítica reverente, probará todas las cosas, retendrá lo bueno, y continuará por sendas de luz.

---

[1] "Testigos de Cristo," por el Obispo A. W. Wilson, página 239.

Sus hijos leales, no sus enemigos, están efectuando exploraciones en el Oriente. Comprenden que el pasado también está de parte del Gran Libro, y se afanan por desenterrar los registros de la antigüedad para su mayor confirmación y exposición. El presente despierta interés y el futuro inspira confianza. El Cristo viviente avanza frente á su Iglesia.

XIII

¿ESTÁ IMPRESO EL SELLO DE DIOS SOBRE EL LIBRO RECONOCIDO POR CRISTO COMO AUTÉNTICO? EVIDENCIAS INTERNAS DEL ORIGEN DIVINO DE LA BIBLIA

"Toda Escritura es inspirada divinamente y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruído para toda buena obra."—*2.ª Timoteo 3.16, 17.*

"Las Escrituras reconocen á Dios como su autor; la eternidad con su fin supremo; y la verdad sin mezcla de error por tema."—*Juan Locke.*

"Al contemplar la Catedral de Milán, cuya piedra angular se colocó en 1386, no puede uno menos que reconocer que aquella obra es producto de un solo cerebro, cualquiera que haya sido el número de obreros que hayan cooperado para levantar sus muros y pináculos de mármol. La unidad de su diseño no puede ser obra de la casualidad. No, los obreros no fueron el arquitecto. Cada lápida fué recortada y modelada á fin de constituir parte del conjunto. Y así pasa con la Biblia: esa gran catedral de las edades. Quienesquiera que hayan sido los obreros, el arquitecto fué Dios."—*A. T. Pierson.*

XIII

¿ESTÁ IMPRESO EL SELLO DE DIOS SOBRE EL LIBRO RECONOCIDO POR CRISTO COMO AUTÉNTICO? EVIDENCIAS INTERNAS DEL ORIGEN DIVINO DE LA BIBLIA

Si sobre la superficie del universo nos es fácil distinguir las huellas de Dios, con seguridad deberíamos descubrir los característicos de la Escritura Divina en un libro reconocido como que proviene de él. Y de hecho así sucede. Sobre la Biblia se halla impresa la mano divina. Contiene evidencias internas de su origen divino.

Un sér meramente humano nunca podrá imitar con éxito la voz divina ni hacer pasar sus modos como celestiales, tratando de representar el papel de Dios ante el mundo, sin ser descubierto. Por lo tanto, todas las religiones procedentes de los hombres necesariamente ostentan señales que revelan la paternidad humana. Sus palabras mismas los delatan. Á primera vista se comprende que son terrenales. Las imperfecciones é impaciencia del hombre las mancillan.

1. Una de las faltas que en esas religiones se notan es que desde al nacer pretenden haber al-

canzado ya completo crecimiento y, de acuerdo con lo que sus autores se imaginan que constituiría una revelación de Dios, desde luego tratan de hacer pasar portentos tan caprichosos como grotescos. Esto proviene necesariamente del hecho de que son producto del cerebro de un hombre ó, cuando más, fabricación de un pequeño círculo de individuos. El Islamismo surgió del cerebro de Mahoma en pleno uso de sus facultades. De igual modo nació la religión de Confucio. Mas la Biblia consta de sesenta y seis libros escritos por cerca de treinta personas distintas, residiendo en Egipto, Arabia, Palestina, Grecia, Asiria é Italia, y que vivieron en épocas tan diversas que entre las fechas en que sus obras fueron escritas figuran quince siglos. Y sin embargo, á pesar de tal separación de tiempo y de lugar, escribieron un libro que por su unidad y simetría acusa ser la obra de un solo Intelecto y de un solo Autor. ¿En qué literatura antigua ó moderna puede encontrarse semejante unidad de forma y uniformidad en el fin propuesto, aunque la obra haya sido escrita por treinta autores distintos? ¿Acaso es posible coleccionar sesenta y seis libros tomados de entre las literaturas inglesa, alemana, latina ó griega, formando un solo libro que pueda causar, por su

unidad é indivisibilidad, una impresión semejante á la que la Biblia deja en el ánimo del lector?

2. La unidad de este libro proviene del hecho de que todas sus partes giran en torno de una sola Persona. Hasta cierto punto en el desarrollo de la obra todos los escritos se fijan en el porvenir, reconcentrando todas sus atenciones en ella; después, todos los demás vuelven sus miradas hacia una era histórica por demás peculiar, para volver después su faz hacia el porvenir y fijarse en un punto lejano en el futuro, donde parecen descubrir á aquella misma Persona volviendo hacia ellos. Aquellos que profesan haberla visto en la carne y recibido sus enseñanzas la tratan como ningunos discípulos han llegado á tratar á su maestro. Nadie le envidia y nadie se atreve á pretender superar sus enseñanzas. Estos no son característicos propios de los sistemas formulados por los hombres.

3. Cuando los humanos se proponen fabricar religiones, sus esfuerzos quedan limitados por el horizonte terrenal. Sólo pueden emitir reflexiones sobre las cosas que observan en su derredor, y sobre las condiciones mentales que experimentan dentro de su propio ser. Por lo tanto, los sistemas que formulan necesariamente llevan las señales de los moldes en que toman forma. El sello

de la naturaleza aparece en todas ellas. La natura constituye su principal problema á la vez que aparece como su señor. Pero la naturaleza posee diversos modos, y el hombre que, falto de inspiración, observa hoy una sonrisa y mañana un gesto infiere naturalmente que existen dos dioses; y al seguir la sucesión de cuadros que pasan ante su vista, multiplica las divinidades para explicar la variedad de fuerzas que ante su presencia se desarrollan. De esto proviene el dualismo de Zoroastro y el politeísmo de la mayoría de las naciones paganas. Ó si llega á escapar de los errores del politeísmo, pasa de las confusas contradicciones á la conclusión de que no hay Dios, llegando á convertirse en ateo, ó deduce que Dios tiene su morada fuera de los dominios de la creación y que no puede volver á ellos, según la creencia de los antiguos gnósticos ó los modernos deístas; ó identifica á Dios con todas las cosas, buenas y malas, como los panteístas, quienes, valiéndose del concepto de la omnipresencia, preparan una especie de barniz deífico para abrillantar con él la faz del universo. Mas la voz de la Biblia, desde el Génesis hasta la Revelación, es la palabra que proviene de Israel: "El Señor nuestro Dios, un solo Señor es." Ante su presencia el ateísmo, el dua-

lismo, el politeísmo, el deísmo y el panteísmo se disipan como desaparece la niebla ante el sol saliente. La voz del Gran Libro no es la voz de un intérprete de la naturaleza, sino la voz ultraterrenal que habla á los hombres acerca de un mundo superior.

4. Por la misma razón la Biblia no responde por ningún sistema científico, verdadero ó falso. Moisés, instruído seguramente en la enseñanza de astronomía según el sistema de Tolomeo, jamás la sostiene en sus escritos. Ni guíado por la inspiración enuncia el sistema de Copérnico. De haber aceptado lo primero, sus libros no podrían sostenerse en nuestros días. Y si hubiera adoptado lo segundo, los libros no hubieran merecido crédito en aquella época. Observando un silencio milagroso respecto de tales asuntos, existió la fe en Israel errante por el desierto, y el moderno Cristianismo ha contado con sus Galileos, Keplers y Newtons. "Admirable es en verdad una narrativa formulada de tal manera que, sin la menor contorsión, resulta adaptable á una edad de ignorancia y á una época de luces; se ha sostenido en su puesto durante millares de años de errores astronómicos, y ha desafiado los ataques de sus enemigos durante centenares de verdades astronómicas bien comprobadas; y en una edad de

obscurantismo en todo lo que se relacionaba con las ciencias, logró establecer las bases de una religión universal capaz de resistir el más severo análisis que se puede efectuar en un siglo de civilización sin paralelo."[1] La ciencia nunca será capaz de declarar á la Biblia como libro extemporáneo, puesto que no es ella una exposición de lo natural, sino una revelación de lo sobrenatural.

5. Además, todas sus verdades religiosas y principios éticos son decisivos. Llenan la medida de lo posible en los dominios del pensamiento y la certidumbre.

Muestra á Dios como un Padre, y respecto de Dios nada puede concebirse que sea superior y más noble que la Paternidad. En esto sobrepuja á las doctrinas del panteísmo de las religiones de la India y á las hipótesis enervantes del moderno materialista.

Proclama la confraternidad universal, verdad sublime que en extensión no puede ser superada por ninguna otra. En esto muestra una superioridad sobre todos los demás credos éticos del mundo.

Enuncia un sistema de ética tan perfecto que

---

[1] "Razones que apoyan la Fe en el siglo diez y nueve," por J. McDowell Leavitt, página 13.

desde que se terminó y se publicó no se ha concebido ni una sola virtud nueva, ni se ha llegado á descubrir ni un solo nuevo vicio. La humildad, la pobreza de espíritu, el perdón, la tolerancia, la filantropía, el amor á los enemigos, la abnegación y la pureza de corazón son excelencias que allí se encuentran reveladas, y para las cuales tuvo que conquistar puestos en el mundo, y sostenerlas en medio de la oposición de los hombres. En todo el parloteo de las lenguas del orbe jamás se había pronunciado la palabra "filantropía" con significado igual al que Jesús le impartió, y la expresión "cargo con la cruz," la más noble abnegación, se deriva del instrumento de su ejecución.

No sólo ha revelado un código perfecto del deber, sino que á la vez imparte la inspiración que requieren los hombres para practicar los deberes que aconseja. No es simplemente un sistema de moral como el Confucianismo y el sistema de los estoicos. Recomienda é imparte la santidad de vida, evitando con el perfecto equilibrio de su fuerza vital tanto la relajación de principios por una parte como el asceticismo por la otra. En la edad más corrompida de la historia de la humanidad sus discípulos brillaron como antorchas en una tierra bendita, con resplandores tan bellos

que Gibbon, el historiador escéptico, no pudo menos que reconocer la "pureza y moralidad austera" de aquellos creyentes.

Su revelación del destino humano es tan trascendental como decisiva es la proclamación del deber. Y así como nada hay más elevado que su doctrina de paternidad divina, nada más amplio que su revelación de la fraternidad humana, nada más puro y profundo que lo que demanda en el sentido de la santidad personal, así también su doctrina de la resurrección del cuerpo y la vida eterna después de la muerte satisface con largueza los deseos implicados en las esperanzas más bellas del hombre. Por lo tanto, siendo que todos sus principios característicos son verdades finales, ni por medio de la filosofía, ni por la ciencia puede el mundo sobrepujarlas.

6. Además, admira en verdad el hecho de que todas estas verdades sublimes se hallen reunidas en un solo libro, combinadas de tal manera que queda excluída toda idea de eclecticismo. No sucede así con el Corán. No pasa así con las filosofías de Grecia y Roma. Tampoco es esto cierto respecto de los libros sagrados de la India. Esta luz pura y refulgente proviene del Sol de Justicia.

7. Y no es que todas estas verdades estén enun-

ciadas como si fuesen conclusiones del esfuerzo y la labor en raciocinios lógicos. Su expresión es confidencial. Ni una sola palabra hay en este libro que acuse la vacilación que notamos en las expresiones de Sócrates y Platón, que anhelantes buscaban alguna "Palabra de Dios" que los guíase con rectitud. Como su divino Maestro, habla "como uno que tiene autoridad y no como los escribas" del Judaísmo y del paganismo, antiguo ó moderno. En todas las páginas de la Biblia se descubren claramente las señales y la confianza plena de un dominio universal sobre los ánimos de los hombres.

8. Íntimamente relacionado con esta cualidad de verdad implícita se distingue un estilo admirablemente bello por su sencillez. Nada hay en él que sea forzado ni en lo más mínimo afectado. Sus autores parecen haberse despreocupado completamente de los efectos retóricos. Á veces parece la expresión tan agobiada por el peso de la verdad que se expone, que el lenguaje humano resulta inadecuado para el fin propuesto, y parece estallar bajo la inmensa presión que sufre. Pero jamás se nota ni la más ligera insinuación de quien pretende ocultar la flaqueza de ideas con el vigor de las palabras. La expresión dibujada sobre la faz de las Escrituras es tan tran-

quila como lo que se observa en la superficie de la naturaleza, reflejando en sus profundidades de reposo y serenidad las alturas del cielo.

9. Y con todo esto, á través de las páginas sagradas se deja escuchar una voz penetrante dotada de acentos divinos. Un acento es demasiado sutil para poderse analizar y, sin embargo, el oído menos afinado es capaz de percibir los atributos de tierna majestad, alegría seria y santa esperanza que resuenan en este libro sobrehumano. Su voz revela á un Padre noble, fuerte y tierno, recorriendo los caminos torcidos de hijos descarriados, invitándolos á que vuelvan al seno del hogar.

10. Efectúa también, mediante su poder para renovar el carácter personal, la purificación de los sistemas sociales y de la vida nacional. Aquellas naciones que están formadas por individuos que con sinceridad acatan sus enseñanzas son las preponderantes en el mundo, cualquiera que sea la zona terrestre que pueblan ó el número de habitantes que las constituyen. Las naciones paganas, total ó casi completamente destituídas de la enseñanza bíblica, son torpes organizaciones que se apresuran hacia la muerte. Y aquellas que están sólo parcialmente compenetradas de su contenido manifiestan señales de flaqueza ó de fuerza, en exacta proporción con la ignoran-

cia popular ó el conocimiento que de la Biblia poseen. Tomás Carlyle, al tratar de la Revolución Francesa, confirmó esta misma verdad cuando dijo: "El período de la Reforma fué el día del juicio para la Europa, cuando á todas las naciones fué ofrecida una Biblia abierta, juntamente con toda la emancipación del corazón y del intelecto que se halla comprendida en sus sagradas páginas. Inglaterra, Alemania Septentrional y algunas otras potencias aprovecharon la oferta, y desde entonces data su creciente desarrollo nacional. Francia la rechazó, y en su lugar ha aceptado el evangelio de Voltaire con toda la anarquía, miseria y derramamiento de sangre causados por aquellas continuas revoluciones que no reconocen otro origen que tal evangelio." Las naciones católico-romanas, Italia, España, Austria y Portugal, también han rechazado la Biblia, reteniendo el romanismo, aunque sin aceptar las doctrinas de Voltaire, y se han quedado muy atrás de las naciones del Norte en la marcha del progreso. En el hemisferio occidental las naciones católico-romanas, como México, Centro América, las Indias Occidentales y Sud América, están muy lejos de alcanzar la prosperidad y poderío de que gozan el Canadá y los Estados Unidos, donde la Biblia es el mentor de la familia.

Todas estas señales que en las páginas sagradas ha dejado la mano de Dios fueron resumidas por Teodoro Parker como sigue: "Desde cualquier punto de vista que la consideremos, la Biblia resulta ser un fenómeno admirable. Ninguna otra colección de libros ha logrado posesionarse del mundo de una manera tan completa. La literatura de Grecia, que asciende como el incienso de aquella tierra privilegiada de templos y de heroísmos, no ejerce ni siquiera la mitad de la influencia que posee este libro de una nación despreciada tanto en la antigüedad como en épocas modernas. En los templos del Cristianismo se escucha su voz domingo tras domingo. El sol nunca se pone sobre las páginas luminosas de este libro. Visita con igual solicitud la cabaña del labriego y el alcázar del prócer. Se halla en íntimo consorcio con la literatura del sabio y colora la conversación familiar. Derrama sus bendiciones sobre el recién nacido; determina los nombres de la mitad de los cristianos; se regocija con nosotros; simpatiza con nuestras tristezas; tiempla nuestros dolores. . . . Algo así como mil autores surgen en cada siglo, conquistan fama y se hunden en el olvido. Mas el hilo de plata de la Biblia nunca se revienta, ni su copón de oro se quiebra jamás, mientras el

reloj del tiempo marca los siglos y siglos de siglos. ¿Acaso se ha hundido la raza humana en el torbellino de la demencia? . . . Sólo el corazón puede hablar al corazón con acentos verdaderos y profundos; una mente puede hablar á otra mente; una alma á otra alma; la sabiduría al sabio, y la religión al piadoso. Debe haber en la Biblia mente, corazón y alma, sabiduría y religión. Si así no fuese, ¿cómo podrían millones llegar á considerarla como legislador, amigo y profeta? Algunas de las instituciones humanas más grandiosas parecen estar basadas sobre la Biblia; y á nadie se oculta que tales cosas no pueden descansar sobre montones de paja, sino sobre montañas de roca."[1]

Haciendo abstracción de la inspiración, ¿cómo se explicaría la existencia de libro semejante? Si se perdiera y sus enseñanzas se borrasen de la memoria de los hombres, ¿sería capaz el cerebro más ilustrado, ó todos los sabios juntos, de formar otra semejante?

En contestación á interrogaciones de esta índole ha dicho Russeau: "Confieso que la majestad de las Escrituras me inspira admiración, y la pureza del Evangelio ejerce un influjo directo en

[1] "Discurso sobre la Religión," páginas 317 á 320.

mi corazón. Recorred las obras de nuestros filósofos; y, con toda su pompa de dicción, ¡cuán pequeños y cuán despreciables aparecen al lado de las Escrituras! ¿Es posible que un libro á la vez tan simple y tan sublime sea obra del hombre? ¿Es posible que el Personaje sagrado cuya biografía contiene sea meramente un hombre? . . . ¿Estaremos en lo recto al considerar la historia evangélica como una mera obra de ficción? ¡Ah! querido amigo, no se encuentran en ella las señales de la ficción; por el contrario, la biografía de Sócrates, que nadie se atreve á poner en tela de duda, está menos comprobada que la historia de Jesús. Una proposición de tal carácter sólo tiende á alterar la dificultad sin remediarla; es más inconcebible el que varias personas se hayan puesto de acuerdo para escribir una historia de tal naturaleza que el que una sola haya proporcionado el tema de que trata. Los autores hebreos nunca hubieran podido alcanzar la pureza de dicción, y los extraños desconocían la moralidad contenida en el Evangelio, cuyas señales de verdad son tan marcadas y tan difíciles de imitarse que el inventor tendría que ser un personaje más admirable que el mismo héroe."[1]

---

[1] Cita de "Institutos de Watson," Parte I, página 130.

"Los siglos van y vienen; cambian las épocas y las costumbres; surgen y se derrumban grandes instituciones; las civilizaciones se suceden unas á otras; mas este Libro vive y perdura eternamente. Conduce á la humanidad hacia adelante y hacia arriba y, al determinar cada peldaño en la escala del progreso, señala nuevas y más gloriosas victorias que alcanzar. Es en verdad lámpara á nuestros pies y luz en el camino que recorren millones de almas anhelantes de saber todo lo bueno y noble. ¿Qué podremos decir acerca de obra tan admirable? ¿Acaso no es el verdadero Libro de Dios?"[1]

Si no lo es, no existe ahora, ni ha existido jamás, ni existirá en el futuro, obra alguna que pueda ser reconocida como Libro de Dios. Su pérdida vendría á ser para la humanidad la mayor calamidad que pudiera sobrevenirle, así como su aceptación universal sería la más grande de las bendiciones.

---

[1] El Rev. J. E. Gilbert, en un discurso publicado en "La Palabra Inspirada," página 207.

XIV
CONCLUSIÓN

"Bienaventurado el que lee y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas."—*San Juan en la Revelación.*

"Peregrino soy yo en la tierra: no escondas de mí tus mandamientos."—*El Salmista.*

"Á la Biblia vuelven los hombres; y ¿por qué? Porque no pueden prescindir de ella. Porque la felicidad es el fin supremo de la vida, y la felicidad es atributo de la justicia, y la justicia se halla revelada en la Biblia. Por esta sencilla razón los hombres siempre volverán á la Biblia así como un hombre que tratase de abandonar toda alimentacion, por considerarla superflua, tendría que apelar de nuevo á ella para poder subsistir; ó como si un hombre tratase de dejar el sueño, por creer innecesario el dormir, tendría que volver al cumplimiento de las leyes naturales."—*Mateo Arnold.*

"Su Sermón del Monte no tiene paralelo, y cualquiera que sean las sorpresas que nos tiene reservado el futuro, nadie será capaz de sobrepujar á Jesús."—*Renán.*

"Cada uno, según el don que ha recibido, adminístrelo á los otros, como buenos dispensadores de las diferentes gracias de Dios."—*San Pedro.*

"Á griegos y a bárbaros, á sabios y á no sabios soy deudor."—*San Pablo.*

XIV

CONCLUSIÓN

QUEDA concluida nuestra pesquisa. Muchas de las evidencias por medio de las cuales el Cristianismo comprueba su autoridad, ante el tribunal de la razón, han sido consideradas detenidamente en las páginas precedentes. Procedimientos lógicos aplicados á verdades inconcusas y á testimonios bien fundados nos han conducido á conclusiones que bien merecen la confianza de mentes racionales. Hemos probado que, al presumir la existencia de Dios, necesariamente tenemos que reconocer la existencia de una revelación divina. El propio concepto de Dios, considerado en sus relaciones con las insaciables necesidades de la humanidad, impone la conclusión de que, si Dios existe, en alguna parte y en alguna vez ha concedido á sus criaturas errantes y pecadoras alguna revelación de lo alto, y que tal revelación debe estar registrada en la forma más adecuada para continuas consultas y preservación perpetua: la de un libro. Volviendo nuestras miradas en busca de evidencias de la existencia divina, hemos encontrado huellas de la Divinidad en toda la faz del orbe. Y pasando

de la observación del universo creado á la consideración de la historia humana, hemos llegado al convencimiento pleno de que, si en alguna ocasión el Dios de la naturaleza se ha manifestado visiblemente en Persona, esa Persona es la de Jesús. En él hemos discernido tales característicos sobrenaturales que nos impiden clasificarle entre los hombres. Estuvo en el mundo, mas no fué de él. Ninguna imaginación humana pudo haberlo inventado, y nadie menos que una personalidad divina pudo haber mantenido su naturaleza impecable ó haber vertido expresiones tan sublimes. Paso á paso le hemos seguido á través de su vida sin paralelo y le hemos visto descender al sepulcro, sólo para surgir de nuevo y fundar en el mundo una Iglesia y una fe tan sobrenatural como él mismo. Hemos observado que la historia de todas las edades reconcentra en él sus miradas así como los ojos de los siervos se fijan en la mano de sus amos. Lo hemos identificado como el Hijo del hombre, y ese mismo hecho le ha mostrado ante el mundo como el Hijo de Dios. Hemos considerado los libros en los cuales presumíamos encontrar la revelación que Dios ha transmitido al mundo y los hemos encontrado plenamente confirmados é inspirados por esta Personalidad divina. Datan de edades muy

remotas es cierto, pero han sido preservados con gran cuidado y han llegado hasta nosotros sustancialmente en el mismo estado que cuando fueron entregados á los varones justos de la antigüedad. Gracias á ellos podemos sentarnos, como los antiguos, á los pies del Confirmador é Inspirador de estos libros, asombrados y subyugados por las palabras de gracia que vierten sus labios. Sus palabras penetran hasta las profundidades de nuestra alma, como si fuesen seres vivientes y omniscientes ante quienes se manifiestan nuestros secretos más íntimos. Como la mirada de un buen cuadro de Jesús, nos acompañan por doquiera que vayamos. Parecen emitir una luz sobrenatural que viene á iluminar las conciencias. Y al influjo de esta luz surgen nuevas manifestaciones de vida. Cediendo á esta luz y confiando en Jesús, se pierde la conciencia de la culpabilidad que tanto pesa sobre nosotros, y se rompen los encantos del pecado que tanto oprimen. Esa nueva vida que así recibimos es semejante á la que nos transmitiría alguien que hubiese sido libertado de los dolores de la muerte, porque no había sido posible sujetarlo á ella. Parece ser de un tipo imperecedero. Así viene á ser Jesús para nosotros la esperanza de la gloria. Nos conduce á un mundo ultraterrenal.

Y los ángeles de la oración y la paz ascienden hacia él.

No abrigamos esperanza de encontrar otra luz más refulgente. Ésta es la mejor revelación de Dios que podemos esperar, á menos que él mismo venga á nosotros. ¿Qué debemos hacer con ella?

En primer lugar, despojémonos de dudas y temores. Hemos encontrado la verdad, aceptémosla sin vacilaciones. No hemos efectuado esta pesquisa por el mero placer que proporciona una excursión. Espíritus serios y sinceros no pueden buscar la verdad en ese estado de ánimo. Habla en vano y con ligereza aquel que dice: "Si el Omnipotente, sosteniendo en una mano la verdad y en la otra la pesquisa de la verdad, me invitase á escoger, optaría de seguro por lo segundo."[1] La pesquisa de la verdad no es una expedición en busca del placer, sino el viaje de un mercader que busca perlas preciosas hasta encontrar una que por su valor supere á todos los demás tesoros del mundo. Tal es el tesoro que hemos encontrado en aquel "en el cual están escondidos todos los tesoros de sabiduría." (Colosenses 2.3.) Aquel que vino al mundo á dar testimonio de la verdad nos ha transmitido la

[1] Lessing.

verdad viviente. Sus expresiones son finales. "Ninguna edad perdurará tanto como Cristo."[1]

En esto podemos permanecer con seguridad y confianza.

Pero si alguien nos lanzara el cargo de que nosotros, grandemente necesitados de luz, hemos estado demasiado dispuestos á aceptar la dirección de Jesús, que hemos examinado sus credenciales con una mirada demasiado benigna, que basándonos en evidencias insuficientes le hemos reconocido como Dios, que obrando con precipitación hemos recibido sus palabras como si fuesen una revelación del cielo, contestamos: ¿De qué otro modo podemos obrar mejor? ó ¿qué procedimiento de más saludables consecuencias se nos puede recomendar? Si él no es Dios, y si aquel que es Dios ha permitido que este poderoso engaño del Cristianismo continúe por tanto tiempo sin ser expuesto como lo merece—más aún, si ha concedido á ese engaño tal confirmación providencial—no nos puede inculpar á nosotros por haber incurrido en la misma decepción. Por lo tanto, cuando nos presentemos delante de él para ser juzgados no podrá en justicia condenarnos por haber seguido á Jesús y obedecido los

[1] Juan Campbell Shairp.

preceptos del Gran Libro: la luz más clara que el mundo ha encontrado ó que espera llegar á vislumbrar en lo futuro. Ningún Dios silencioso revelado en la naturaleza, sin alma é incapaz de articular sonidos, podrá jamás tildarnos por haber aceptado el Cristianismo.

En segundo lugar, con toda la presteza que nos es posible debemos propagar esta verdad entre los hombres. Nuestra obligación de diseminar esta verdad está limitada sólo por el número de individuos que en este mundo tienen necesidad de ella y por nuestras propias aptitudes para propagarla, valiéndonos de la luz que se nos ha concedido. La posesión de una revelación impone á todo individuo la más solemne obligación de transmitirla á los demás. Cruel por demás sería un Dios, monstruo elevado al apoteosis, demonio deificado, si, pudiendo impartir luz suficiente, se contentase con abandonar al mundo en medio de densas tinieblas. Mas ya hemos demostrado que lo mejor que en materia de revelación se puede hacer en pro de los humanos es la concesión por parte de Dios de la revelación de la verdad, y la imposición sobre éstos de transmitirla á los demás. Así como el profeta que suprimiese la palabra inspirada que recibiera del cielo, ahogándola en su garganta, cuando en su

rededor los hombres anhelasen escucharla, merecería los más tremendos anatemas; así se hacen acreedores á la eterna maldición aquellos que, habiendo recibido las palabras del profeta, se rehusan á transmitirlas á los que no las han escuchado.

Y ¡cómo se acentúan las negruras de la humanidad cuando á su lado se coloca la revelación de inefable amor manifiesto en Cristo Jesús! Se nos ha revelado un Salvador crucificado como el alma de la historia y el Señor del universo. Jesús nos ha mostrado al Padre, revelándonos en él profundidades de amor que el hombre ni se imaginaba siquiera que existiesen en el Padre. El Dios de la naturaleza, en medio de su apacibilidad, nunca hubiera sugerido la idea de la posibilidad del arrepentimiento en el hombre, ó de que había lugar á perdón. Esta primogenitura de redención, que las naciones no evangelizadas han despreciado por ídolos para tratar en vano de recobrarla mediante las lágrimas de la amargura y cruentos sacrificios, según la voz de la naturaleza, se ha perdido irreparablemente. Mas Jesús ha venido á nosotros predicando el privilegio del arrepentimiento y revelando la esperanza del perdón. En él ha hablado lo sobrenatural, pasando por alto los decretos de lo natural. En él descubrimos que el alma del universo no es

un poder inflexible, sino un amor redentor. Un varón inspirado nos ha dicho que "todo fué creado por él y para él." (Colosenses 1.16.) Y el apóstol que reclinó sus sienes sobre el pecho de Jesús á la hora de la Pascua, y que después lo volvió á encontrar en el destierro de Patmos, nos enseña que: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que es hecho, fué hecho." (Juan 1.1–3.) Su mano lacerada modeló el mundo. El amor creativo y redentor acompañó al Hijo de la Mañana. Pero ¡oh tristeza! los hombres no lo supieron. "En el mundo estaba, y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció." El delirio del pecado hizo á los hombres que le confundiesen con el terror. Y ¡cuánto ha rabiado la fiebre delirante, y cuánto ha perdurado la noche tenebrosa, mientras unos con palpitantes corazones han velado y esperado su venida, como se espera el despuntar del alba!

Mas le conocemos, porque hace años que escuchamos su Palabra, y por mucho tiempo ha estado con nosotros. ¿Privaremos á un mundo agonizante de los consuelos que imparte este secreto de amor divino?

TRABAJO HÁBIL PARA EL MAESTRO.

OPINIONES DE LA PRENSA.

[El *Esfuerzo Cristiano* de Madrid, Abril de 1907.]

Con título tan sugestivo acaba de publicarse la traducción española de una obra escrita por el obispo Hendrix, con el propósito especial de guiar y auxiliar en su trabajo pastoral á los ministros de la Iglesia Metodista Episcopal del Sur, en la cual el autor ocupa un puesto distinguido, y también con la esperanza, bien fundada, de que el libro llegará á ser útil á todos los obreros cristianos que lleguen á leerlo.

Efectivamente, gran parte de las acertadas y provechosas indicaciones que la experiencia de un pastor inteligente y celoso ha recogido en esta obra son de aplicación general á cuantos desean adquirir mayor habilidad y destreza en el trabajo que hacen para su Maestro, como podrá deducirse de la simple enumeración de los títulos de algunos capítulos: El predicador ungido; El ministerio de la intercesión; El sacramento del sufrimiento; Mi parroquia es el mundo; La Iglesia del futuro.

El estilo es conciso, enérgico, vivo y ameno. Las citas de grandes autores, los ejemplos, las

anecdotas, de que la obra está llena, hacen interesantísima su lectura y dejan grabadas en la memoria sus enseñanzas.

El Rev. Primitivo A. Rodríguez ha hecho una traducción esmerada y castiza y ha escrito para la edición castellana un nuevo capítulo en que se ocupa de la literatura española, haciendo una rápida revista de los autores y obras que podrán ser útiles á los obreros evangélicos en sus estudios y lecturas.

El libro está esmeradamente impreso en tipo grande y excelente papel. Se ofrece á la venta en rústica ó primorosamente encuadernado á la inglesa. Los pedidos pueden dirigirse al Rev. Franklyn G. Smith, Camelias, 31, Gracia, Barcelona; ó á la Librería Nacional y Extranjera, San Bernardo, 20, Madrid.

[*La Luz* de Madrid, Abril de 1907.]

La Casa Editorial de la Iglesia Metodista Episcopal del Sur, de los Estados Unidos, ha aumentado su catálogo de obras con la traducción de la del obispo Eugenio Hendrix, titulada *Trabajo Hábil para el Maestro.* Aun cuando esta obra fue escrita para los candidatos al ministerio de la Iglesia Metodista, debe ser leída por los que se preparen para el de cualquiera otra; pues tra-

ta de importantísimos asuntos, como: La biblioteca del predicador; El decaimiento del predicador; Períodos de abatimiento; Perplejidad de un pastor, y otros. El traductor de la obra, Rev. Primitivo A Rodríguez, ha agregado un capítulo, titulado Literatura española, que es una enumeración de aquellas obras que el ministro puede y debe leer como modelos para depurar su lenguaje. En el trozo de la Literatura protestante, dice, entre otras cosas, lo siguiente: "Obra original netamente evangélica es el *Manual de Doctrina y Controversia Cristiana* dispuesto por el obispo Juan B. Cabrera, que todo pastor evangélico debería tener en su biblioteca. De todos los himnarios evangélicos que se han publicado, y cuyo número es legión, el único que está escrito en poesía castiza es el que coleccionó el mismo ilustre prelado. Las traducciones que de algunos himnos famosos ha hecho son exactas, castizas y elegantes."

El obispo Galloway, en la introducción puesta al libro, dice: "Este es un libro oportuno y que hace pensar, escrito con un santo propósito y que tiene asegurada una misión amplia y bienhechora. Nació en el corazón de un ministro inteligente y fervoroso, y de su divino anhelo por la mayor utilidad y más profunda consagración de sus her-

manos y colaboradores. El título es sugestivo y todas sus páginas instructivas.

"En este valioso volumen los pastores celosos encontrarán sugestiones útiles para sus dificultades en la congregación, y todos los predicadores una nueva inspiración para prepararse con mayor esmero y más oración para sus predicaciones."

[*El Estandarte Evangélico* de Sud América, Abril 4 de 1907.]

Así se intitula un libro que llega á nuestro poder, obsequiado por la Casa Editorial, de Nashville, de la Iglesia Metodista Episcopal del Sur.

Su autor es el obispo Eugenio R. Hendrix, quien con lenguaje sencillo trata de encaminar á los que se dedican al ministerio, por la senda del éxito, exponiendo su valiosa experiencia.

La obrita está dividida en 21 capítulos de fácil lectura y de creciente interés. El libro del obispo Hendrix es una obra más que viene á enriquecer la biblioteca del habla castellana.

La recomendamos para su adquisición, muy especialmente para los que se dedican al ministerio.

[*El Evangelista Mexicano Ilustrado*, Mayo 1 de 1907.]

La Casa Editorial de nuestra Iglesia, establecida en Nashville, Tennessee, E. U. A., ha puesto á la venta últimamente una obra muy interesante, la cual viene á llenar un vacío que desde hace tiem-

po se dejaba sentir. El libro se titula *Trabajo Hábil para el Maestro*, producto de la bien cortada pluma del señor obispo Eugenio R. Hendrix, doctor en ambos derechos. El autor supo dividir su obra de una manera magistral é interesante; y le imprimió un sello esencialmente cristiano: no podía ser de otra manera, puesto que su propósito fue preparar individuos para la gran obra de la evangelización; alistar maestros verdaderamente útiles para la Escuela Dominical. Los propósitos del venerable Obispo no quedaron defraudados; supo, como hábil escritor, dar en el blanco; su obra es completa, bien escrita y, sobre todo, útil.

No vacilamos en recomendarla á todos los pastores, superintendentes y maestros de Escuela Dominical como una grande ayuda para la preparación y desempeño de sus nobles tareas en la Iglesia de Dios.

Todos los que lean *Trabajo Hábil para el Maestro*, todos los que paladeen las dulzuras de sus enseñanzas y almacenen en su mente y corazón los cristianos consejos del autor; más, los que en la práctica estimen los resultados, recomendarán con entusiasmo la obra de que nos venimos ocupando, y no resistirán la tentación para seguirla estudiando, y no solamente leyendo.

El último capítulo, "Literatura Española," fue escrito por el inteligente profesor Primitivo A. Rodríguez, con lo que basta para asegurar que es demasiado interesante. El mismo profesor Rodríguez tradujo la obra, como él sabe hacerlo bien, muy bien.

Debemos felicitarnos por tener en nuestro idioma un libro de tanta utilidad, y al profesor Rodríguez por su afán en enviarnos obras selectas. Que Dios le bendiga y le conceda salud para que siga enriqueciendo con sus traducciones la literatura evangélica, pues cada día estimamos más la necesidad de ella.

[*El Abogado Cristiano Ilustrado* de México, Mayo 30 de 1907.]

Tal es el título de una preciosa obra del obispo Eugenio R. Hendrix, de la Iglesia Metodista del Sur, traducida por el reputado profesor Don Primitivo A. Rodríguez, publicada recientemente por la casa de Nashville.

El título nos hizo pensar por lo pronto en un tratado pedagógico, mas bien que en una obra de teología práctica, que no es otra cosa el mencionado libro.

Viene amparado por el nombre de un Obispo á la vez que muy intelectual, de una experiencia religiosa muy profunda y de una larga práctica

en el ministerio cristiano, y por el de un traductor cuya competencia en este género de trabajos, así como un buen sentido para seleccionar del inglés aquello que más puede beneficiar á los obreros de habla castellana, son perfectamente reconocidos. Estos datos serían ya suficientes por sí solos para recomendar el referido libro, si no abundaran otras razones en su favor.

La obra en cuestión, como hemos dicho, no se ocupa de dar instrucciones al maestro para desempeñar bien su trabajo, sino en suministrar una serie de valiosos consejos al ministro evangélico para hacer una obra más eficiente para el Maestro de los maestros.

La tentación que el pastor evangélico tiene, por el mismo carácter de su trabajo, á descuidar su propia cultura intelectual, es un escollo en el que han naufragado multitud de obreros destinados por sus cualidades á mejor suerte en el seno de la Iglesia.

El número de los que se han hundido en esa vorágine del abandono, convirtiéndose al poco tiempo en completas nulidades, es ya legión. El libro del obispo Hendrix es una advertencia oportuna á los que se hallen en este caso ó estén próximos á caer en él; en capítulo aparte hace un estudio de la clase de obras que no deben fal-

tar en la biblioteca del ministro á la vez que hace una juiciosa censura de la costumbre perjudicial de andar á caza de ayudas, ilustraciones, sermones ya hechos ó de bosquejos, muletas del predicador como él les llama, en lugar de buscar, mediante el estudio concienzudo y metódico, la disciplina y el desarrollo mental que pondrán al obrero en aptitud de arrojar de sí toda clase de muletas.

Presenta la obra del pastorado cristiano una serie tan complicada de dificultades de un orden tan espiritual, social, educativo, administrativo, y que sé yo qué más dificultades terminadas en *ivo*, que no pocas veces el obrero, concienzudo se entiende, se encuentra perplejo ante numerosos casos que se le presentan en su ministerio práctico. Con qué criterio tan sano, con cuánta seguridad adquirida en el mismo terreno de la experiencia y con cuánta piedad el autor trata todas aquellas cuestiones que dan al ministro la razón de sus dificultades ó las indicaciones que le han de enseñar el camino para vencerlas.

Es además, un libro devocional. Es imposible leerlo con cuidado sin sentirse con el sincero deseo de buscar un desarrollo espiritual más amplio y completo. No se olvidan fácilmente tan espléndidos capítulos como aquel que lleva por título

Isaías como predicador de la ciudad, y será siempre muy digno de tomarse en consideración el magnífico resumen de la literatura castellana escrito por el inteligente profesor Rodríguez é inserto al fin de la obra.

No vacilamos en recomendar el libro del obispo Hendrix á nuestros compañeros en la obra. Se halla de venta en nuestra Casa de Publicaciones. Por el precio de $1.50, en elegante impresión y magnífica pasta de percalina, puede el pastor evangélico obtener un libro excelente en muchos respectos. EPIGMENIO VELASCO.

Acabóse
de imprimir este libro
en Nashville, Tenn., en la Casa Editorial de la
Iglesia Metodista Episcopal del Sur,
en Mayo de 1907.

AUG 2 1907

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: August 2005

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 012 039 382 0